Cartas a mi MARINERO

Cristina Ogazon Rivera



Per un amore che
non si racconta nelle
favole, bensì nella realtà

♡ Tu marinero

Letrame
Grupo Editorial

1500.jpg

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© Cristina Ogazón Rivera

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes

Diseño de cubierta: Rubén García

Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 978-84-1068-415-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

.

A Andrea, mi marinero, por ser una de las personas más bellas que se han cruzado en mi paseo por la vida.

A mis hijos, por ser dos tesoros maravillosos que logran que el universo cuente con un mundo infinitamente más bonito. Cómo les expresé un día: «Daros la vida ha sido y es el viaje más fascinante y mágico de la mía».

Prólogo

Una de las cosas más bonitas que te puede pedir una persona en esta vida, es que escribas el prólogo de su libro, si encima quien te lo pide es una persona a la que admiras, la belleza se duplica, y si además el libro es mucho más que una maravillosa historia de amor… es como ir paseando y encontrarte una Udumbara (1), algo que muy pocas personas van a tener la suerte de vivir, por eso Cris, te estoy agradecida.

Ya lo habíamos hablado, hacía bastante tiempo, pero como Cris (como buena sagitariana) es bastante impredecible, no se sabía cuándo.

También yo soy sagitario, por eso nos entendemos, tenemos una amistad atípica (como no puede ser de otra forma entre dos sagitarios) nos encontramos muy de vez en cuando, no nos escribimos durante largos periodos de tiempo, pero no creo equivocarme si digo, que si una de las dos, llama a la otra pidiendo ayuda, esta última paralizará el mundo si hace falta porque sabrá que realmente, algo importante pasa.

Es más, pienso que Cris es de esas amigas que (aun siendo abogada), si la llamo una noche diciendo que he matado a alguien, me ayuda a deshacerme del cadáver ja, ja, ja.

Cuando me envió el libro con un «ahí va» le dije que no sabía si iba a poder leerlo hasta después de junio (estábamos en abril) que lo entendía si no se podía esperar, ella me dijo «me da igual, lo prometido es deuda, tienes que ser tú, te espero».

Estaba claro que la que no podía esperar era yo, cometí el error de empezar a leer unas líneas (hasta la una de la madrugada duraron las líneas (2)) imposible dejarlo, pero como mi despertador, aunque le anules la alarma suena a las 06:00 de la mañana, cerré el ordenador y apagué la luz, pero me costó conciliar el sueño, mi mente seguía navegando por la bella Italia.

Cartas a mi marinero es una ventana por la que asomarse al amor, a la más pura esencia de la vida, a lo natural, a lo importante del día a día, un pensamiento me acompañaba en cada letra, en cada palabra, en cada línea, en cada página «¿Y si todo el mundo viera la vida así?», sin lugar a duda ¡viviríamos en un mundo mucho mejor!

Me gusta leer a mujeres (llámame feminista), me gusta más su voz, el color de sus letras, y de verdad Cris, he disfrutado con tu libro como con los de Allende o Tamaro (lo juro por mis runas 😉 que no exagero)

Segundo día con el libro de Cris ya considerado uno de mis bienes más preciados, tengo mucho trabajo y paso el día deseando que llegue la noche para acabar de leerlo.

Llega el momento deseado, me subo al barco y navego por las suaves olas de las letras de estas cartas, pensamientos, vivencias, relatos, cuentos… la brisa humedece mi piel, el sonido de las

risas, de los brindis llenan mi estancia, el aroma de la albahaca me acompaña, pero para mi desgracia, todo lo que empieza acaba y… Arrivo allá fine di un libro pieno d'amore, aneddotie e soprattutto, speranza per la vita.

Si estás leyendo esto, ponte «A son de mar» y disfruta de la travesía.

Ángeles Calero

(Mari Gel para muy muy pocas personas)

(1). Udumbara: Se describe en los textos como flor acunada de leyenda, según la filosofía budista, no se marchita e incluso se levanta a pesar de ser aplastada. Su nombre significa flor del buen augurio que viene del cielo y en diferentes textos se narra que «la udumbara es producto de un fenómeno misterioso y sobrenatural; es una flor celestial que no se encuentra en el mundo terrenal. Cuentan que si el Rey de la Rueda Dorada desciende al mundo humano, la flor se manifestará debido a la aparición de esta gran virtud y bendición» (Udumbara, una flor de leyenda 03/03/2017) por New Garden System.

(2) mensaje enviado tras el inicio de la lectura: «Es precioso. Lo tienes que publicar sí o sí, hoy seguiré saboreándolo, porque no es un libro para leer, es para disfrutar sus aromas, escuchar su música, sentir su brisa. Me encanta».

Antes de mi primer viaje a la Liguria (Italia)

Estoy haciendo un café con un cliente de mi despacho de abogados. Hemos llegado a un acuerdo en un proceso judicial y lo estamos comentando. Él es italiano de la Spezia, perteneciente a la provincia de la Liguria, colindante con la Toscana. Una vez ya despachados los asuntos de trabajo, me espeta: «Cristina, ya no te lo digo más veces. Tienes que venir a Cinque Terre, a conocer uno de los lugares más bonitos del mundo». En ese instante, noto que es la primera vez, de tantas, en que me ha sugerido este viaje, que se enciende en mí un deseo de visitar ese lugar, esa zona de Italia. Así que, sin pensarlo, en esa misma mañana escribo a dos amigas en un chat que tenemos que se llama «A navegar» y les propongo pasar unos días del mes de agosto en Liguria. En un primer momento, la propuesta es muy bien recibida, luego decae porque una de mis amigas pincha, y sorpresivamente, dos semanas antes de la supuesta fecha de partida, nos escribe un mensaje diciendo que sí, que nos vamos, que necesita desconectar y por una serie de cuestiones personales, reír, estar en contacto con el mar, la naturaleza. Y, así es como coordino con el cliente que nos recoja en el aeropuerto de Pisa, que nos busque hospedaje y nos indique que visitar y que hacer por esas tierras. ¡Qué bien!

Entre fechas de plantearse el ir a Italia y el viaje estoy buceando en Internet sobre conductas humanas para un caso que llevo de derecho de familia en el despacho. Un criterio de búsqueda me lleva a otro, y así es como me aparece un título enunciado como Tú, ¿en que frecuencia resuenas? (blog Gaby Vargas 12/04/2019). Me llama la atención.

En el año 2005, escribí en una especie de bitácora personal llamada Cuaderno de Cosas bonitas, una reflexión sobre si primero pensamos y luego sentimos, o es a la inversa. Indagué en procesos mentales y neuronales. Me leí, entre otros, un resumen del trabajo de Rita Levi-Montalcini, mujer y neurocientífica (Premio Nobel en 1986) de noventa y seis años, que expresaba que el secreto de tener un cerebro lúcido pese al tiempo es tener a las neuronas estimuladas. Las neuronas que nos restan con la edad se organizan para hacer exactamente las mismas funciones que antes hacían entre todas las demás y solo necesitan para ello estímulos que se consiguen a través de pasiones, curiosidades, ilusiones. Después de diferentes estudios, llegué a la conclusión de que primero pensamos, y luego sentimos. Ese descubrimiento personal me abrió una capacidad de autocontrol y conocimiento brutal. La mente suele ser nuestra primera traicionera en nuestros estados anímicos, así que si consigues cambiar de dirección tus pensamientos puedes reconducir esos estados. Nuestro cuerpo y nuestra mente no está compuesto de parcelas desconectadas. Todo es un conjunto que interactúa de forma constante, por lo que, para que tu mente funcione, el corazón se ha de ir llenando de cosas bonitas.

El artículo sobre la frecuencia en la que vibramos las personas va un paso más allá de mi descubrimiento en aquel año, afirmando que sientes lo que piensas y vibras lo que sientes, y esas vibraciones son las que transmites al exterior, a las personas con las que te relacionas. Así Gaby Vargas escribe:

¿Cómo te sientes? Pregúntatelo; pues, ¿sabías que lo que piensas lo sientes, lo que sientes lo vibras y lo que vibras lo atraes? Veamos…

Einstein decía que «todo en la vida es vibración». Cada átomo y cada molécula oscilan, por lo tanto, tienen vibraciones que se miden en frecuencias. Estamos rodeados de las ondas y frecuencias que emite el entorno, vivimos dentro de un acuario de energía.

Es asombroso saber que, en este preciso momento en que lees estas líneas, la Tierra gira a una velocidad de 1,496.69 km por hora. Y que, a su vez, gira alrededor del sol a una velocidad de 106,998.845 km por hora; lo que genera una vibración de la cual, jamás nos percatamos. Como tampoco nos percatamos de tantas y tantas otras cosas que nuestra capacidad limitada, no alcanza a percibir.

Durante el siglo XX, los físicos descubrieron que la materia es en realidad energía. Los seres humanos, como un elemento más del universo, con los árboles, las plantas, las flores, las constelaciones, los átomos, los muebles, los animales, las piedras, incluso el mar y las montañas, el aire, los colores y los lugares, emiten energía y, por lo tanto, una frecuencia vibratoria que, si bien no vemos, sí percibimos y nos afecta de manera constante.

Si observáramos cualquier objeto sólido con un microscopio muy potente, podríamos comprobar que la estructura más ínfima de las cosas no es materia —como quizá pensábamos— sino ¡vacío! Ese vacío es energía. Y dicha energía vibra y tiene una frecuencia, ¿me sigues? Además, la energía tiene dos cualidades: es fuerza y es información. Las cosas se ven sólidas porque su energía vibra un poco más despacio que la velocidad de la luz.

Somos seres eléctricos, somos un imán.

El significado de la palabra «vibración», tal como la usamos en la actualidad, tiene origen en los inventos del científico Nicola Tesla, quien descubrió que absolutamente todo tiene frecuencia eléctrica y energía vibratoria. Somos seres eléctricos hechos de células que vibran rápidamente, cada átomo en el universo oscila a diferente velocidad. Todos nos conectamos e intercambiamos energía de manera constante, la mandamos y la absorbemos. Nada está aislado de nada y nada está inmóvil.

Stephen Hawking, el científico inglés, decía que «lo que ahora parecen paradojas de la física cuántica, será algo de sentido común para los hijos de nuestros hijos». La realidad es que nos cuesta trabajo comprender lo que algunos científicos se atreven a afirmar.

Los pensamientos crean emociones y las emociones son energía en movimiento, ¿de acuerdo? Este movimiento genera una vibración y esta vibración manda información, señales eléctricas que enviamos incluso a distancia. Es decir, somos una gran antena que emite y recibe constantemente vibraciones electromagnéticas.

Lo interesante es que, cada momento del día, seamos o no conscientes, emitimos vibraciones de

amor, de enojo, de aceptación, de rechazo, en fin. Y la energía que emanas, siempre regresa a ti; no tengas la menor duda, se trata de una ley universal. Esa ley guía el cómo cumplimos o no nuestros sueños. Asimismo, el universo no te da lo que quieres sino lo que eres, lo que vibras. Cuando cambias tu vibración, cambias tu experiencia del mundo por completo, y créeme, esto no es filosofía new age, es ciencia. El solo conectarte con la gratitud, te conecta con lo macro, con lo bueno, con el bien.

Por eso, el universo no nos da lo que queremos, sino lo que somos, lo que vibramos. Cuando cambiamos de vibración, cambiamos por completo la experiencia del mundo. Tú ¿en qué frecuencia resuenas? ¿te lo has preguntado?

Esta teoría me hizo pensar que la decisión que tome en el año 1993 de dejar de vivir con los dogmas de fe, impuestos, con los juicios de valor, los prejuicios; dejar de vivir desde el miedo y optar por vivir desde el amor es lo que genera que vibre en esa frecuencia, y por ello atraiga a las personas que se acercan a mí. Hasta la fecha nunca había entendido muy bien dónde erradicaba mi poder de atracción. Tal vez por ello, años después ya me hice un auto regalo por mi cuarenta aniversario, que rezaba:

A los 40 lo que toca es poesía

Estoy a la mitad de lo qué la estadística

llama mi esperanza de vida

¡Qué arriesgada verdad¡, ¡que ridícula afirmación¡,

¡que posible mentira!

Me quedo con lo que llevo de vida

Y pienso en disfrutar al máximo el resto de todos mis días.

Aquí me detengo en mis 40 años llenos de lamentos

luchas, y, sobre todo, de alegrías.

Si tiro del sabio refranero español:

A la vejez, viruelas

A las penas, alegrías

Al mal tiempo, buena cara

Y, este es mío: a los 40 lo que toca es poesía.

Nací, cómo todos, sin creencias.

Decidieron por mí hacerme católica

Y a los 23 añitos, aposté por ser agnóstica

Viví contra costumbres, enseñanzas y dogmas sin razón

Para ser tirana ya me valgo yo, no requiero mentor.

He aprendido de los que me engañaron

de los que me sedujeron,

también de los ocasionales amantes,

de los fieles y de los embusteros.

Albergo más amor del que cabe en mí

por eso igual sigo robando corazones

en un mundo que aún no sabe compartir.

Así estoy a los 40, con aguda madurez

de mis desgarradores desengaños

de los que aprendí que el dolor luego se vuelve en contento

si sabes vencer a tu propio, y a veces, traicionero intelecto

No me quejo, no va conmigo, más bien todo lo contrario

Me considero afortunada de poder sentir el sol

contemplar la luna y dejarme seducir por las estrellas

pensando que, tal vez, en algún momento

me he sentido una más entre ellas.

Y por eso escribo que a los 40 lo que toca es poesía

Porque poesía es vida y si uno quiere

la vida también puede ser, con o sin rima, pura poesía.

Cristina 19/12/2007

Este descubrimiento sobre las vibraciones lo hago pocas horas antes de partir. Necesito tiempo para reflexionar sobre ello y analizar muchos matices, pero ya se ha grabado en mi mente. Salgo, del proceso de una ruptura de una relación que, tras varias idas y venidas, se acabó en el 2020 y que me afectó muchísimo a mi autoestima, aun así, he cerrado esa etapa agradecida, recordando los momentos bonitos y todo el aprendizaje que me ha aportado.

A una de mis acompañantes de la escapada le digo que me apetece muchísimo ir a Italia, pero que no voy con ninguna expectativa porque sé que, aunque me las pusiera, la realidad de lo que nos iba a acontecer, las sobrepasaría.

Marcho primero a Menorca y luego viene la escapada a Italia. Vamos a ver que me depara el seguir paseando por la vida. Y, empiezo de la única forma que sé, sintiéndome por encima de todas las cosas llena de energía bonita, libre y mujer.

Cristina (30/07/2021)

Cinque Terre I

Para Andrea, mi marinero con alma de

capitán

.

Una de las sensaciones más auténticas que me invaden de mi viaje a Italia es paseando en escúter a primera hora de la mañana por las calles semivacías de la Spezia. Tengo en la mano una rosa grande y preciosa de color amarillo intenso cuyos pétalos acaban en tonos rojizos. Voy despeinada, con un casco sin abrochar y cogida a Andrea, quien maneja la moto con soltura. Me siento como si tuviese quince años, ni más ni menos, queriendo disfrutar de todo y como si el todo aún tuviese que llegar a mi vida.

Ahora me veo en el restaurante Antica Osteria Dell'Uva, ubicado en el casco antiguo de la Spezia, cenando con Andrea, su gran amigo Ori, y mis entrañables amigas Carla y Marta. Empiezan a traer los primeros platos típicos de cocina italiana. A cuál más bueno, y de repente cuatro músicos callejeros amenizan a los comensales de los restaurantes, los cuales nos agolpamos muy cerca los unos de los otros. La luz de las calles, las mesas repletas de gente en los bares y restaurantes de alrededor, el maravilloso ambiente que se respira, la música, la conversación y las risas de las personas que me acompañan, el buen vino y la excelente comida y, pienso: «que, maravilla que mi vida pase por estar aquí en este preciso momento. Qué bueno que viniste a Italia, Cristina (Cri, Cri)».

La tarde que precede a la cena fuimos en el barquito de Andrea, quien se había ofrecido la noche anterior a darnos un paseo por el mar. Las chicas teníamos muchísimas ganas de navegar. Andrea vino acompañado de su amigo Ori por un único motivo: -contar con un buen amigo en dicho paseo-. Si salía bien, para que lo disfrutara, también, y, si no salía tan bien, por disponer de una alianza. No había pasado ni media hora de trayecto que Andrea se miraba con Ori expresando: «Este paseo promete». Y así fue como en muy pocos minutos se generó una armonía entre todos simplemente perfecta. Risas, risas y más risas. Vino, vino, y más vino. Mejillones, mejillones y más mejillones (ja, ja, ja). Toldo, toldo y más toldo. Música, música y más música (entre ellas a destacar, Jersusalema, Jerusalema y Jerusalema: «Ngilondoloze, Uhambe nami, Zungangishiyi Lana», con la coreografía de Marta, quien estuvo, en cinco palabras, ES-PEC-TA-CU-LAR). Tabaco y otros, otros y tabaco. Todo ello fue lo que amenizó una tarde maravillosa, disfrutando de seis horas de mar, de las diferentes luces del atardecer en la Spezia, de ganas de vivir, de sonreírle a la vida, de disfrutar todos los momentos. Ganas de compartir.

Ese compartir trajo consigo la gran noche del viaje, la cena en casa de Andrea. Todo discurrió en la cocina, la parte más importante, fundamental de la casa. A todos nosotros se nos sumó, otro

más, el padre de Andrea, quien asistió de inmediato como quien responde a la llamada de un buen amigo. Todos los invitados nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y después de un par de botellas de vino, Andrea se levantó para empezar a cocinar. Esa imagen que duró muchas horas es sencillamente preciosa. La normalidad que nos rodeaba era la propia de un buen ambiente familiar. La amabilidad, hospitalidad y generosidad de Andrea nos tenía a todas fascinadas y tremendamente agradecidas de hacernos partícipe de los momentos más auténticos que una persona se puede traer consigo después de un viaje, compartir mesa y mantel en la casa de un autóctono del lugar que se ha ido a visitar. Es difícil describir todo lo que ocurrió aquella noche. Seguro que cada uno de nosotros tiene sus propias apreciaciones. Pero, estoy segura, que un sentimiento común y compartido, fue el de ser una tremenda, intensa y divertidísima velada regada con mucho vino, amenizada con comida casera italiana, buena música, mucho baile, risas por doquier e inmensa alegría de estar allí en esa increíble noche orquestada por el cariño de un excelente y radiante anfitrión.

De este viaje por La Spezia, Portovenere y las Cinque Terre, tenemos las tres amigas innumerables momentos de alegría, divertimento, y tremendas anécdotas, constatando que las tres Marías tenemos personalidades muy diferentes y a la par nos aportamos mucho, nos sumamos. Nos hemos reído hasta el infinito, casi proporcional a lo que hemos sudado y todo el vino que nos hemos bebido. Las quiero mucho, como antes del viaje, pero ahora las siento más mías, más dentro de mí.

De los días y sus noches, las conversaciones entre dos lenguas que parecían unirse con un mismo idioma, los mensajes, las fotografías y vídeos con Andrea, podría escribir muchas letras, pero él me ha pedido que lo haga en un folio a mano y se lo entregue personalmente. Así, que eso es lo que haré. Dicho esto, no puedo dejar de anotar en este escrito, que conocer a Andrea ha sido la experiencia más especial y bonita de este paseo por Italia.

Todo empezó con una mirada la segunda noche del viaje. Estaba sentada con mis amigas tomando un vino en la terraza del Distró, un bar muy auténtico en el casco viejo de la Spezia y de repente observo que un chico, con una camisa de lino blanca preciosa, se acerca por el otro lado del mostrador que divide la terraza en dos mitades para pedir una cerveza. Planea con su mirada una vista de izquierda a derecha de todo el exterior del local (y pensé: como cuando un marinero divisa el horizonte en la proa del barco). En ese momento yo tenía ya la mirada agachada, pero los ojos, si quieren, tienen visión de retrovisor. Así que sintiéndome observada decidí cruzarme la mirada y después de unos segundos susurré en voz alta: «Las miradas, mejor con una sonrisa», y sin darme cuenta ya estaba sentado con nosotras a mi vera, y a los pocos minutos, invitándonos a dar un paseo en barco. Carla se quedó su contacto y yo el sello de esa preciosa mirada, que no me dejó indiferente…

Tal y como les dije a mis amigas el último día de viaje:

¡la sonrisa es la curva más atractiva de una mujer!

Cri, La mami (27/08/2021)

Entre el primer y segundo viaje a Italia

Llego a Barcelona. Tengo muchísimas ganas de escribir. Cuando me regaló la preciosa rosa amarilla Andrea, le dije que iba a escribir sobre este viaje, que me gustaba mucho escribir, que era una de mis pasiones. Al igual que Brahms, el gran compositor, cuando le preguntaban en qué estado se sentía cuando creaba, podría contestar «en suspensión, en otro mundo».

Antes de ponerme a ello miro mi chat con Andrea. Ya está repleto de mensajes cruzados, algunos de ellos escritos con auténtico cariño, de fotografías, vídeos, desde que nos diéramos nuestros contactos en la tarde del paseo en barco. Su último mensaje expresa que está muy contento de haberme conocido y qué si quiero escribir, que lo haga regresando a Italia, en un folio a mano y se lo entregue personalmente. Mensaje acompañado con un emoticono de un corazón.

Escribo Cinque Terre I, se lo envío con un «En España decimos: lo prometido es deuda», acompañado de una fotografía de su flor que tomé solo llegar al hotel, con el mensaje de que una rosa tan bonita no se puede quedar sin dedicatoria.

Después de la segunda noche que pasamos juntos en el yate dónde trabaja en que le hablé de mis hijos a Andrea y él de la pasión y admiración que siente hacia su madre (la mama) me empezó a llamar «mami» y yo siempre, desde entonces cuando me llamaba así le contestaba «mi bebé».

Su respuesta a mi carta fue: «Mami, ¿de dónde vienes tú? Me he quedado sin palabras, solo emociones. Partiría en un navío solamente para abrazarte. Te quiero mucho. No veo el momento de leer la próxima carta. Espectacular. Una flor sin tiempo eres tú»

Así es como nace que Andrea me pida leerme más, que quiere que le envíe escritos míos para cómo expresa él así poderme vivir, aún, en la distancia.

Dicho y hecho, hago una pequeña selección y le mando algunos de mis escritos. Ahí van, mi marinero.

Diciembre 2011

«3, 4, 14 y 28» son los números mágicos de mi hija Max, de cuatro añitos de edad.

Todas las noches me pide un cuento, ella pone el título o indica el tema y yo lo narro, incluyendo siempre en el relato un mensaje de amistad, compañerismo, solidaridad, ayuda, lucha, creencias, ánimos, valor, amor…

Después de ese momento entrañable siempre me dice: «Mami abraçam, abraçam ben fort. T’estimo per sempre», [Mami, abrázame, abrázame bien fuerte. Te quiero para siempre], y en ese ambiente de cariño pronunciamos en voz alta los números mágicos antes de que se ponga a

dormir.

Cuando en la vida se me presenta una situación difícil, busco refugio en ella, la contemplo, observo su sonrisa, su alegría, su demanda incesante de atención y su entrega de cariño y ahí siempre encuentro la calma.

Ella me enseña. Su esquema principal es rodearse de la gente que quiere, amarse y compartir, disfrutando del momento sin parar si después vendrán o no otros. Einstein afirmó que a lo largo de su vida había sufrido mucho por cosas que nunca le ocurrieron y el otro día una buena amiga me espetó que ella disfrutaba mucho imaginándose cosas que no sabe si alguna vez le ocurrirán…

Siempre se ha dicho que las penas con dinero son menos penas. En la mayoría de los cursos y libros de autoayuda se insiste en cómo hacer para superar el dolor, en cambio, personalmente siempre he pensado que será mucho más interesante saber convivir con él y las penas, porque de ellas está la vida llena.

Son tiempos difíciles y muchos los afectados en aspectos básicos, importantes, pero no olvidéis que el apoyo que nos podamos brindar, los gestos, las muestras de afecto y de cariño, el ofrecer, sumar y compartir son el mejor regalo y, no solo en Navidad.

¡Feliz año y «3, 4, 14 y 28»!

(Cristina 19/12/2011)

Per molts anys

Es el brindis que se ofrecieron una entrañable pareja de ancianos y que tuve la maravillosa oportunidad de apreciar, grabar en mi mente y, almacenar en mi corazón un día cualquiera.

Sabía que tarde o temprano lo trasladaría en un papel.

Era sábado primaveral. Había llovido días atrás y el día era nítido, el sol tenía fuerza. A pesar de que entraba la luz en la habitación y de que no suelo despertarme tarde, esa mañana hice una excepción. Las sábanas no dejaban de arroparme suavemente invitándome a remolonear placenteramente más de lo habitual. Concedida la primera licencia, las demás se sucedieron dentro de la más absoluta normalidad. Había cambiado, sin premeditación alguna, todos mis quehaceres de sábado (deporte, tareas, compra) por ir a desayunar sin ninguna prisa ni orden del día a mi granjita preferida de Valldoreix.

La granjita de Valldoreix es un lugar romántico dónde tomar café. Su calificativo no lo empleo tan solo por su decoración, que también se ha de decir guarda cierto encanto, sino porque el lugar me provoca una sensación de tremenda agradabilidad. La persona encargada de hacer las pastas y los pasteles me evoca la misma pureza del recuerdo infantil de mi madre en la cocina de la casa familiar; el olor entre los dulces que salen del horno, el pan, el café, los zumos naturales,

alimentan y aúnan el sentido del olfato con el del paladar; el uniforme pulido de las camareras, su exquisita educación. Todo es confortabilidad.

En ese ambiente me senté en la terracita acompañada de unos cuantos diarios de entre prensa deportiva, revistas y periódicos. Ya con el primer sorbo del café con leche y dispuesta a empezar, como siempre, la lectura del periódico por el final, levanté la cabeza llamándome la atención el caminar lento de dos viejecitos que se dirigían hacia mi ubicación. El ritmo era pausado, de pasos muy cortitos. Venían juntos de la mano. Se sentaron justo en la mesa de al lado.

Enfundada en las gafas de sol seguí sus movimientos. Tomaron asiento en la dirección opuesta a mí, buscando los rayos del sol. Eran muy guapos, sobre todo, el señor. Tenía un cráneo con unas medidas perfectas, nariz perfilada, facciones muy varoniles. Ella también guardaba mucha armonía. Pensé que con menor edad tendrían que haber tenido una belleza espectacular. Sus vestidos eran sencillos pero el porte era muy elegante.

Creo que la señora sufría la enfermedad del Parkinson y el pulso de él tenía la inestabilidad propia de la edad. A penas podía mantener el diario firme la mujer. Él cuidadosamente le iba pasando las páginas sin que ella le dijese nada, como sabiendo que ya había acabado de leer el titular, que es a lo máximo que le debía alcanzar la vista. Ninguno de los dos llevaba gafas y no creo que esté muy equivocada al pensar que ninguno era más joven de los noventa años entrados. Todo eran atenciones entre ellos. A los pocos minutos el señor metió las manos en los bolsillos y sacó un paquete de tabaco de liar. Con el pulso que tenía pensé que dicho menester le llevaría el resto del día. Para mi sorpresa en esa tarea los dedos parecían los de un pianista. En pocos segundos el cigarro estaba listo. Sus caladas denotaban el aprecio de un placer sabedor que no le seguirá después de esta vida y, entre una y otra, a intervalos prácticamente iguales, eran continuos los detalles de cariño que le profesaba a su mujer.

Les sirvieron una cerveza muy fría con dos vasos. Él, la repartió de una sola vez procurando que las medidas fuesen iguales y, llamando la atención de su mujer, buscó su mirada, aireó su vaso descendiéndolo suavemente, esperando encontrar la altura que le permitiese coincidir con el que sostenía el aún más delicado pulso de su mujer y, lo brindó con un «per molts anys». ¡Qué imagen!

Pagaron la cuenta con muchas monedas de pequeña cuantía, al igual que el que rompe la hucha para hacerse el regalo que tanto desea y, después de buscar el calor de los rayos del sol con la cabeza hacia atrás durante varios minutos, ya acabada la consumición, siguieron el camino por donde vinieron, al mismo ritmo pausado y cogidos de la mano.

No sé si venían del Casal de la tercera edad que hay a mitad de la calle o de alguna pequeña casita dónde igual viven. No sé si tienen la costumbre de hacer una cerveza las mañanas de los sábados de primavera. Lo que sí sé es que ese día en la granjita yo fui testigo del amor, el respeto, el cariño, la adoración y el entrañable compartir entre dos personas que caminando juntas se dan la mano. Aprendí que la vida no tiene edad.

Cristina (12/05/2010)

Existe una tribu en África

Existe una tribu en África, donde la fecha de nacimiento de un niño no se toma como el día en que nació, ni como el momento en que fue concebido sino como el día en que ese niño fue «imaginado» por su madre.

Cuando una mujer decide tener un hijo, se sienta sola bajo un árbol y se concentra hasta escuchar la canción del niño que quiere nacer.

Luego de escucharla, regresa con el hombre que será el padre de su hijo y se la muestra. Entonces, cuando hacen el amor con la intención de concebirlo, en algún momento cantan su canción, como una forma de invitarlo a venir.

Cuando la madre está embarazada, enseña la canción del niño a la gente del lugar, para que cuando nazca, las ancianas y quienes estén a su lado, le canten para darle la bienvenida.

A medida que el niño va creciendo, cuando se lastima o cae o cuando hace algo bueno, como forma de honrarlo, la gente de la tribu canta su canción.

También si en algún momento de su vida, esa persona comete un acto socialmente inaceptable, se lo llama al centro de la villa y la gente de la comunidad lo rodea y entonces, le cantan su canción.

La tribu reconoce que la forma de corregir un comportamiento antisocial no es el castigo, sino el amor y la recuperación de la identidad. Cuando uno reconoce su propia canción, no desea ni necesita hacer nada que dañe a otros.

Y así continua durante toda su vida.

Cuando contraen matrimonio, se cantan las canciones juntas.

Y finalmente, cuando esta persona va a morir, todos en la villa cantan su canción, por última vez, para él.

Cuando escuché esta bellísima historia el mensaje me fascinó. Si haces algo bien te canto tu canción, para que te sientas orgulloso. Si haces algo mal, te canto tu canción, para que recuperes tu identidad si andas perdido. En las celebraciones y también cuando estas lastimado, y al nacer y al morir, como parte de tu viaje, te canto tu canción. Es simple y a la par inmenso. No se necesita nada más. El reconocimiento y el reproche parten de recordarte quién eres, simplemente con tu canción. Cuánto hemos de aprender en las sociedades actuales de esta tribu de África. En la sencillez se encuentra la ruta de la vida y su grandeza pasa por llenar y llenar el corazón.

Cada uno de nosotros tenemos nuestra propia canción. Tal y como me escribió una persona muy querida «la canción de una vida». «Cuando escuchas tú canción, depende del ánimo, te llega de una manera o de otra. Si estás contento, la cantas en voz alta, que te oigan. Si estás triste, la

tarareas, la murmuras. Pero nunca deja de ser tu canción».

Cristina (19/12/2015)

Vivan los novios

Breves momentos antes de darse el «sí quiero» el concejal que impartía la ceremonia propuso a los invitados dedicar unas palabras a los novios. Oí a Montse decirme: Cris, habla en nombre de todas las de Pineda de Mar. En ese momento se me agolparon miles de imágenes. Reviví mentalmente el paseo nupcial de la novia acompañada de su hijo, bailando por el puente que cruza el río de Ibiza en un marco inmejorable a ritmo de felicidad. La llegada previa y divertida en un meari blanco decorado para la ocasión de un novio resplandeciente y la fusión de los dos en un solo latido en presencia de sus seres queridos. Todos guapísimos, vestidos de blanco. Mari Gel, su cara, su sonrisa, el espectacular brillo de sus ojos, sus gestos me trasportaron a su imagen de infancia. A esa niña feliz, familiar, de cabellera interminable. Siempre abrazada a su perro Pachi. Torciendo la pierna al reírse. Juguetona, saltarina. Y esa preciosa niña más hermosa que nunca era la que estaba en el altar.

Joaquín su hijo mayor tomó la palabra. «Gracias», fue su primer mensaje. «Gracias porque vosotros sois mi vida». Llegaron los anillos y Mari Gel antes de esposar a José lo miró y le dijo «Gracias. Gracias por todo lo que me has dado. Te amo».

Me quedé embriagada. Estar agradecidos a la vida por haberle ofrecido a uno amar y ser amado en mayúsculas y con todo lo que comporta: alegrías, penas, desgarros, superación, pérdidas, fuerza, ilusión, esperanza, unión. Pensé en lo afortunado que era José y en lo bien que lo tenía que haber hecho para que los suyos tuvieran la necesidad de gritar frente al mar en un momento tan especial y en presencia de todos: «Gracias».

Y, «gracias», es el mensaje que os quiero trasladar. Por haberme permitido compartir el enlace de vuestra unión. Por haber estado abrigada de los vuestros, que son personas sencillamente encantadoras. Por permitirme hacer una escapada de lo cotidiano en un día cualquiera a una hermosa isla balear para ser testigo con vuestro entorno más íntimo de una comunión entre dos personas que les une la maravillosa palabra amor.

Gracias porque he vuelto con el corazón más llenito. Me invade la sensación de lo inmenso que es la amistad.

Montse, cariño. Ya ves, en aquel momento no pude hablar, pero por supuesto que en nombre de aquel grupillo de princesas que jugábamos en un pueblo costero llamado Pineda de Mar: «¡Vivan los espectaculares novios!».

P.D.: Ha sido tan bonito todo que me han entrado ganas de volverme a casar (Ja, ja, ja).

Cristina (3/05/2018)

¿La celebramos?

9.50 de la mañana del 10/05/2018. Suena la música. Me llama la atención. Es una especie de ranchera mexicana. Salgo a la terraza a fumar un cigarro. Decido asomarme al patio de abajo, dónde salen los enanos que van a la guardería del principal en cuyo primer piso (tercero de altura real) tengo ubicado mi despacho profesional de abogacía. Caigo en el detalle de que deben estar preparando la coreografía del evento similar al fin de curso de los colegios. Dos años, de edad debe ser la media de los participantes del baile. Las dos monitoras dan las instrucciones precisas y se forman dos filas de unos ocho componentes todos en paralelo en cada una de ellas. Me fijo, una es de niños y otra de niñas. Todos con bata gris a rayas. La de los niños me queda a una distancia perfecta de mi campo visual. Llama mi atención el segundo niño de la izquierda, una monada de pelo muy rizado que me transporta a la serie de dibujos animados de Tom Sawyer. Las monitoras tocan las palmas y al cambio de ritmo de la música les recuerdan lo que tienen que hacer: «Va, ahora vais corriendo al son de la música a buscar a vuestra compañera y os dais un fuerte abrazo». Me fijo en la hilera de niñas. La que le toca abrazar al que ya llamo Tom Sawyer es una niña rubita de pelo corto. A su lado, en el último extremo de la fila, diviso a una princesita de cabello largo castaño claro. Con la palmada de salida los niños empiezan su andadura con un ritmo de carrera más propio de un rock and rol que de una ranchera, pero más o menos todos van al mismo paso. A medio metro de llegar a la meta observo que Tom Sawyer, sin pensárselo, desplaza de un manotazo a su compañero y se abalanza sobre la princesita que no le correspondía. Se funde en un fuerte abrazo y de regalo le plasma un prolongado beso en la mejilla. Los otros dos, sin darse cuenta de lo que ha pasado, se quedan cruzados, se miran con extrañeza y deciden darse el abrazo.

Ja, ja, ja, qué gracia. Tom Sawyer es muy pequeño y ya seleccionando con quién quiere abrazarse, quién le gusta, con quién siente verdadera química. A eso se le llama atracción.

Mi memoria viaja y me vienen recuerdos de hace unos nueve años cuando iba a buscar a la Puchimú con dos añitos a la guardería. Siempre estaba en compañía de un niño de color, siempre. No recuerdo su nombre. Cuando no estaban en la tierra jugando, los encontrabas por los columpios o dentro de una casa de juegos de madera situada en el patio. Al siguiente año también coincidieron en la misma clase. Un día la estaba bañando. Me encantaba hacerlo —Puchimú era y es una niña preciosa de cabello rubio, ojos azules inmensos abrigados con unas pestañas negras interminables, culete respingón y muy blanca de piel—, y empezó a ponerse triste y a llorar, a hacer pucheros. Cuando le pregunté que le pasaba me dijo: «Es que, mami, jo vull ser negra». (Ja, ja, ja). No podía parar de reír. Era tanta la atracción que sentía por su compañero que deseaba haber nacido de color. No creáis que fue un deseo pasajero. Bien, bien le duró hasta los cuatro añitos. No sé, igual existe otra mujer blanca, rubia y con ojos azules que haya querido ser durante dos años de su vida una mujer negra, pero yo solo conozco a mi hija.

Sigo con la atracción personal buceando por Internet y encuentro, según se relata en el Blog de Macarranozo (16/01/2013. El experimento de Dutton y Aron “La teoría de la atracción errónea”) que «en Canadá, se llevó a cabo un experimento en 1994 por los psicólogos Dutton y Aron. Se fueron al cañón del Capilano, donde hay un puente colgante de madera, de ciento cincuenta

metros de largo, bastante inestable, y otro puente con menor altura, más ancho y estable. Los voluntarios eran todos hombres, la mitad de ellos cruzaron por el puente colgante y la otra mitad por el puente estable. En la mitad del recorrido se cruzaban con una muchacha que les hacía preguntas de un cuestionario sencillo y relacionado con un experimento supuesto, al finalizar les daba su teléfono y les decían que podían llamarle si necesitaban alguna aclaración (se les insinuaba discretamente). El resultado fue que un mayor número de hombres que cruzaron el puente inestable llamaron a la mujer, se sintieron más atraídos que los que caminaron por el puente estable. La explicación que dieron es que en el puente inestable los hombres achacaban su aumento de ritmo cardíaco a la mujer, y no al peligro del puente, sus cuerpos engañaron a su cerebro pensando que la aceleración del ritmo cardíaco se debía a la mujer, pensando que algo habían sentido por ella».

Así que chicas, si queréis mantener viva la llama del amor, nada de paseos tranquilos, proponer vivencias excitantes y con emoción. Por ejemplo, casarse a lo hippie en una playa de Ibiza (Ja, ja, ja).

Ahora me transporto más allá en el tiempo y en otro tipo de selección, las amistades, en las que, sin lugar a duda, también intervienen factores de atracción. Hay química, semejanzas, afinidad, reciprocidad. Y me veo de niña en los meses de verano en Pineda de Mar. Son innumerables los recuerdos que me agolpan (columpios, juegos, con las piernas entrecruzadas en las olas del mar, salidas en bicicleta, auto de choques, largos paseos, confidencias, escapadas, besos, encuentros, bares, copas, discotecas, compartir con mis amigas todos los días de todos los veranos durante muchos años con una sensación de agradabilidad inmensa). Sí chicas. Sigo embriagada por la boda de Mari Gel, por sus palabras de agradecimiento después de enviar mi mensaje. Por sentir cómo nunca su tremenda ilusión de haber estado con ella en un día tan especial. Y, me agolpa la necesidad de celebrar nuestra amistad, de seguir compartiendo vivencias y deciros en voz muy alta que os quiero.

Cristina (10/05/2018)

Un pedacito de mi vida

Te encontré sin buscarte y ahora sé que tengo un tesoro. No sé si la vida me regala lo que doy o si las fuerzas ocultas del universo provocan que dos personas se conozcan. Lo que sí sé es que tu presencia en mi vida hace que me sienta mejor persona.

Siempre he deseado escribir un cancionero, relatar historias amenizadas con notas que hagan vibrar, estremecerse, saltar o acompañar su melodía a altas horas de la madrugada, abrigados por la luna y embriagados de copas.

Sé que puedo hacerlo. Tengo mil historias que explicar, experiencias vividas y cientos de miles de conocidas, aunque la inspiración no funciona con el haber ni con lo que tienes, llega cuando sientes.

No quiero hablar de mí, ni de ti, ni de nosotros, aunque tal vez sí de ese periodo de tiempo que nos une a todos y que se llama vida.

Y, yo quiero la vida para amar, para sentirme llenita cada día, para compartir momentos de alegría, para acompañar en los lamentos y hacerme fuerte con cada despedida.

Quiero vivir con humildad, hacerme grande solo por gestas importantes, aportar mi granito de arena a mejorar la humanidad, seguir dialogando para poder crecer y nunca dejar de conciliar.

Quiero dejarme abrigar por las estrellas, que el sol me guie las horas del día y sentir la lluvia como maná, fuente de vida. Experimentar con diferentes culturas, oler aromas nuevos, ver otros colores, dejarme envolver por el aire, el fuego, el mar y el viento y a veces, por la melancolía.

Quiero seguir celebrando mi cumpleaños con alegría, que cada mes de diciembre mi alma se una de nuevo al cordón umbilical que me dio la vida, y no dejar de relatar los escritos que comparto en esas fechas alumbrada por un duende que siempre me inspira. Yo, de mayor, quiero seguir siendo niña.

Quiero correr y saltar, bailar hasta sentir verdadero dolor en mis pies, embriagarme de licores varios esperando cualquier improvisado amanecer y nunca dejar de decir esos números mágicos que son «3, 4, 14 y 28».

Hoy, más que ayer, apuesto por las relaciones hermosas en que no se pretende poseer al otro, ni intercambiar dependencias, necesidades o autoestimas, sino simplemente disfrutar de su compañía.

Sé que no estoy escribiendo la letra de una canción. En cambio, en todo lo que expreso siento melodía que empapa sutilmente mi corazón. Tal vez en este texto no quepa la música, pero sí tu voz, y con ella tu alma y también tu amor.

Eres ese gran hallazgo que no busqué y que se ha convertido en un tesoro que me acompaña en mi paseo por la vida y que quiero que esté, que siga sumando cada día.

Mil gracias, amigo, amiga, por ser, por existir, por permitirme compartir, porque estando a mi lado también sin pretenderlo y sin buscarlo formas parte de mí. Ya eres un pedacito de mi vida.

Cristina (16/07/2020).

Y, así es como empezamos a escribirnos, después del viaje, explicándonos nuestro día a día, sus rutas en barco, mi trabajo, salidas, anécdotas, platos que hemos cocinado, hasta que recibo un mensaje en su navegación por Portofino que me dice «Estoy mirando el cielo estrellado y pensándote mucho y quiero compartir contigo esta maravilla del mundo». Me manda una canción de Jovanotti-Bella, que en parte de su estribillo dice «No me interesa el vestido que llevas. Me gustas tú». No me lo pienso. Le contesto el 24 de septiembre, es fiesta en Barcelona, me tienes allí.

Sus mensajes son diferentes. Andrea me envía fotografías de la luna llena tomadas en Montemarcello dónde ha acudido con un amigo y un telescopio para observar los planetas; del mar allá donde esté navegando, del cielo, de sus atardeceres. La mayoría de sus halagos son sobre mi personalidad, la forma de entender la vida, la manera en que me relaciono con las personas de mi entorno y cuando quiere describir mi belleza me dice que en una fotografía parezco formar parte de una postal, o que soy una fábula. Es como si todo fuese intangible, difícil de medir y al mismo tiempo muy valioso. Lo de la fábula me llega al alma, porque es una obra literaria que atrapa a los niños y sirve a los mayores para de una forma directa y sencilla transmitir valores y principios. Sus textos son románticos: «Formas parte de mis pensamientos cuando me voy a soñar y en lo primero que pienso cuando me despierto», incluso cuando habla de sus amigos, de su familia, del mar, desprende amor por todos los poros.

Para mi marinero, después de leer mis escritos, ya soy la poeta del mar. Cuando recibo esta definición, mi mente viaja al Golfo dei Poeti, que es el primer lugar dónde nos llevó mi cliente, al recogernos en el aeropuerto de Pisa a las tres Marías, y antes de traernos a la Spezia con un: «Cristina, era obligado hacer un pequeño desvío, tenía que enseñarte este lugar». La vista es sencillamente maravillosa. Entiendo que fuese fuente de inspiración de tantos autores. «Así lo bautizó en 1919 elcomediógrafo Sem Benelli que escribió en su villa de San Terenzo su obra maestra La cena delle beffe, él lo nombró como «de los poetas» por la cantidad de escritores, poetas e intelectuales que se dieron cita en sus márgenes, entre otros Dante Alighieri, Lord Byron, Mary Shelley, George Sand, Gabriele D'Annunzio, Paolo Bertolani, Emma Orczy, Filippo Tommaso Marinetti, Marguerite Du, entre tantos otros» (Golfo de los poetas. WikipediA. La enciclopedia libre). Es más, solo observar esa vista tuve la sensación, que en esas tierras podría encontrar la inspiración para escribir un libro. Escribir y compartir con el mundo mi escritura es para mí un sueño. De hecho, parte de los escritos que le envié a Andrea, los he enviado en el mes de diciembre de cada año, desde unos quince años, aproximadamente, a mis clientes, compañeros de profesión, amigos, familia, como forma de darles la bienvenida al año nuevo. Al principio no era consciente de lo que este hecho me iba a representar. Los mensajes de cariño, agradecimiento y afecto que recibía de todas las personas a las que enviaba mis escritos, mis breves relatos eran infinitamente extraordinarios. Así es como tomé mayor conciencia de que, entregando amor, recibes amor, del poder que tienen las palabras con mensajes bonitos, del efecto de una sonrisa, de una caricia al alma y de que mi vida solo la quiero vivir desde el compartir.

Estoy contenta. Quedo con un amigo para tomar una copa al regreso de las vacaciones. Estoy pletórica explicando mi viaje. Él, sin embargo, empieza a reconducir la conversación sobre su estado anímico de tristeza, que achaca a la enfermedad de su padre, cáncer y el progreso y deterioro corporal de esa enfermedad. Sin desmerecer ese trance, percibo cuando se va que su tristeza no tiene una relación directa con la enfermedad de su padre, sino con su vida, es lo que yo llamo tristeza vital, que es la falta de coherencia entre lo que piensas, sientes y haces; cuando no hay conexión entre mente y corazón. A las pocas horas de nuestro encuentro recibo un mensaje: «Espero no haberte robado ni una pizca de tu alegría». Y, yo, sin dudarlo y sin pensar, le contesté: «No lo has hecho. Vengo de golpes muy duros para tener esta actitud alegre. Aunque parezca contradictorio, es precisamente su consecuencia».

Me vienen recuerdos de momentos muy duros, pérdidas de personas importantes en mi vida, dos de ellas muy jóvenes, mi amiga Ester y, especialmente por intensidad, la pérdida de Manel, al que yo llamaba Mimelón, y que fue mi pareja después del Papi de Máxima en una relación de seis años. Recuerdo el homenaje que le hicimos en casa, mis dos hijos y yo, pintando el cuadro de su fotografía preferida de sus niñas (sus princesas, como las llamaba) el cual sigue estando en un caballete ubicado en la habitación de pintura y música de casa y editando un cuaderno titulado A la estrella Melón (Stand my be), dónde se emitía un emotivo mensaje y se transcribían los textos que oralmente relatamos Pol y yo con todo su entorno personal y familiar el día de su despedida, el cual enviamos a sus hijas. Pol lo leyó de una carta, y yo lo recité a capela.

A la estrella melón (stand my be)

Prólogo dedicado a Mimelón

Han pasado varios meses desde que Manel ya no está con sus seres queridos. Aunque ya había experimentado con anterioridad la muerte de una persona querida, es la primera vez que se me va alguien tan cercano a mí, que ha formado parte de mi vida más íntima, con inmensos lazos familiares por parte de mis tesoros, sus princesas, mi familia, la suya, de sus amistades, las mías, y aquellas que habíamos conocido juntos, un nuevo entorno creado desde nuestra convivencia.

He sentido desgarro, tristeza y, muchísima añoranza. Distintas emociones que afloran se van, se quedan, se alejan, se transforman y vuelven en diferentes momentos. No obstante, creo que puedo asegurar que su ausencia se ha convertido en absoluta presencia. Es como si hubiese pasado a formar parte de mí. En cierto modo, mi persona es parte de él, de estos últimos años convividos con muchísima intensidad.

Sus Papis, Tita y las niñas se han llevado y repartido las pertenencias y cosas que Manel tenía en casa, pero Mimelón se ha quedado aquí, en Valldoreix, para siempre. En todos los rincones del jardín y de la casa tengo recuerdos con él, momentos compartidos, así como en todos los lugares donde íbamos de paseo, a comprar o a cenar. Su memoria me agolpa.

Poco a poco el entorno de casa, allí dónde solíamos ir a cenar o a comer, se enteran de la pérdida de Manel. Cuando me los encuentro, me buscan para compartir unas palabras, aflorar sus sentimientos. Después de manifestada su incredibilidad por el veloz desenlace, todos desprenden muchísimo afecto sincero hacia Manel. Tal y como expresé el día de su funeral, cuando Manel se cruzaba en la vida de uno, no pasaba de largo, Manel se quedaba en el corazón. Por ello, hay muchos corazones en Valldoreix que llevan escrito su nombre, Manel.

Propuse en casa hacerle una especie de homenaje. Pensando, pensando, se me ocurrió pintar la fotografía que más le gustaba. Una en la que sale con sus princesas cuando eran pequeñas. Él siempre me decía que era su favorita porque cada una salía retratada tal y como era. La gatito, sentada en sus piernas, unida a él y haciendo caras. La San, expresándole su amor, abrazadita a los hombros de su Papi. Y, su Papi, orgulloso, exultante, feliz al lado de sus princesas. En ese retrato cada uno de nosotros pondremos nuestras pinceladas y ese cuadro siempre estará en el

caballete de casa para pintar, cómo una obra que no quieres acabar nunca, que siempre quieres que esté ahí, sin poner la brocha final.

El tete Pol y la Puchi han crecido con este proceso. Es como si parte de ellos hubiese madurado rápidamente, siendo muy conscientes a partir de ahora que en cualquier momento la vida te puede robar, y sin avisar, un trozo muy importante de tu corazón. Pero, en esta desgarradora historia han sacado lo mejor de sí, siendo tremendamente generosos en afecto, dedicación, cariño, y en gestos, como entregar a su perrito del alma Scooby para que este pasara a convivir con San y An (la gatito). Y, al mismo tiempo, recordando constantemente con alegría a Manel, por lo que oír su nombre a diario por casa es habitual. Y, con su nombre, hay risas compartidas, multitud de anécdotas y recuerdos maravillosos. El tete Pol me ha dicho que cuando tenga su propio restaurante habrá una mesa muy especial que se llamará Mesa de Manel. Qué precioso detalle. Y, cuando con la Puchi busco la estrella Melón, veo que se guía por la luna y siempre me indica la más bonita, la más grande, la que más brilla. Tengo la certeza de que el amor no se acaba, se lleva dentro y siempre formará parte de nosotros.

He de confesar que me siento muy unida a las princesas de Mimelón, que en cierto modo las siento también como mías. Y, el Tete Pol y la Puchi sienten un profundo y verdadero amor, amor de hermanos. Todos en casa tenemos muchas ganas de abrazarlas, de compartir, de estar y saber de ellas. Sé que para ellas Manel era fuente infinita de amor y de cariño y al mismo tiempo les significaba entereza, protección y seguridad. Un fuerte vínculo de puro amor entre Papi y sus princesas que ahora ya es eterno. Estoy convencida de que la Estrella Manel es feliz desde el cielo cuando nos ve a todos interactuar o estar juntos, con Scooby, también.

Estoy muy agradecida a Papi Xesco por la generosidad que me ha brindado. De él nace la idea de que este prólogo dedicado a Mimelón inicie un especial regalo y, además, se ofreció, a colaborar como el que más en la composición del cuadro. Él pinta muy bien. Cuando le dije a Papi Xesco que Melón estaba muy malito se ofreció a ayudar en todo lo que hiciese falta. Le pedí que por favor no le llamara porque no contestaba a mensajes y solo decirle eso le envió un mensajito que empezaba «pasando de las indicaciones de la jefa, que sepas…». A Melón, le gustó mucho.

También estoy muy agradecida a toda mi familia por el apoyo y cariño que le dedicaron a Manel y a su familia en sus últimos días. Nunca olvidaré la llamada de mi hermana Pilar desde Menorca cuando se enteró de la gravedad de la enfermedad de Mimelón ofreciéndose a donar algún órgano si a Manel le hacía falta. Qué llamada tan emotiva y bonita. Mi familia lo quiere mucho.

Estar al lado de Manel en sus últimos días nos ayudaron a los dos a sellar nuestra relación con mucho cariño, y a poder transmitirle paz, calma, y un apoyo incondicional. Guardo en mi corazón una última conversación mano a mano, en el hospital, en tarde de domingo, haciéndole un masajito en la pierna para activarle la circulación, con comentarios sobre lo cotidiano, planes nuestros sobre paseos entre semana a la orilla del mar, anécdotas de nuestros niños, llena de inmenso afecto que él acabó con un último guiño y con un mensaje maravilloso: «Gorda, te estoy haciendo caso —sin que sirva de precedente—. Estoy haciendo limpio, soltando lastre, situaciones, pensamientos, personas. Y, quiero que sepas, que de las pocas personas con las que me quedo, tú estás entre las primeras». Fue precioso. Esa tarde está grabada en mi alma para

siempre.

Las niñas fueron a esparcir las cenizas de Papi a Soller, no podía ser otro lugar. Ahí, es donde Manel quería estar, su amada tierra de la Isla de Mallorca. Le pedí a San que me avisara cuando fuesen al mar. Al mismo tiempo que ellas estaban en Soller los niños y yo estábamos en Cadaqués, en un rincón de la playa dónde fuimos todos juntos después del salto de paracaídas de San y el Tete Pol el año pasado. Pol y yo nos quedamos sentados contemplando el mar y la Puchi mojándose los pies en un agua helada, tal y como hizo con Melón ese día. Así nos despedimos del inicio del viaje a la eternidad de Manel, conectados con el mar, la tierra, sus hijas, su vida.

Una de las costumbres que adquirí estando con Manel era leer en voz alta nuestros horóscopos cuando traía la prensa a casa. Con el tiempo, se convirtió en una especie de ritual que él me pedía, haciendo broma sin parar sobre el día que tendría el supuesto becario al que le daban la citada columna. Hoy por hoy, los domingos cuando voy a comprar la prensa, sigue siendo lo primero que hago. Leo en voz alta para Manel su horóscopo. Si augura un buen día, le digo que se lo va a pasar muy bien y, si en cambio no es positivo, le doy el mensaje de que no se preocupe, que a él esos problemas ya no le afectan. Es una forma muy nuestra de conectarme con él. De hecho, el único tatuaje que tengo grabado en mi cuerpo es su horóscopo, el signo de leo.

No sé qué experiencias nos depararán a todos el día de mañana. Personalmente, estoy muy contenta de haber tenido la oportunidad de haber conocido a Manel, de haberlo amado inmensamente, de querer a sus hijas, de que mis hijos disfrutarán de su compañía y él pasara a formar una parte muy importante de sus vidas y, de haber creado unos lazos familiares entre todos que siempre formarán parte de cada uno de nosotros.

Sé que seguiré escribiendo. A Manel le gustaban muchísimo mis escritos y, escribir, me ayuda a aflorar emociones y sentimientos. Al mismo tiempo tengo infinitas ganas de transmitir valores importantes. La vida hay que morderla cada día. Hay que estar contentos, agradecidos y alegres. Vivir sin miedos y, desde el amor. Perseguir los sueños y soñar despiertos. Vivir en armonía y paz, y sobre todo, compartir. Ese es el regalo más valioso de la vida, compartir lo que uno es y lo que uno tiene.

Un abrazo inmenso Manel, de aquellos que dabas tú, en que lograbas que se detuviera el tiempo convencido el que lo recibía que en ese instante se encontraba en el lugar más seguro del firmamento. Allí donde estés, como dijo Tita, tú siempre estarás con nosotros y nosotros contigo. Te echamos muchísimo de menos, muchísimo.

«Stand my be» era tu canción, como me escribiste un día, la canción de una vida. Aún no soy capaz de escucharla entera sin que mis ojos lloren y mi corazón se encoja. Sé que poco a poco sus notas entrarán con más luz, pero siempre esa canción de amor, serás tú.

Este es nuestro pequeño y gran homenaje. ¡te queremos siempre (3, 4, 14 y 28)!

En Valldoreix, a primeros de mayo 2015 y para tus princesas.

Tete Pol, Puchi y Cris

Mensaje dedicado a Manel a capela el día de su despedida

Mi hija pequeña tiene siete años. ¡¡¡Cómo decirle!!!

Así que el martes por la noche, nos cogimos de la mano con la peque y el Tete Pol, este pedazo de hombre que acaba de hablar, y le explicamos que cuando saliésemos al jardín por la noche a hablar con las estrellas y, entre ellas buscar a la estrella Yayo Eusebio, a la estrella de mi amiga Ester, a partir de aquella noche, tendríamos que buscar una estrella muy especial, la más bonita, la que brillara más y la llamaríamos estrella manel.

Un poco más tarde acordamos, que la estrella Manel debería tener forma de colchoneta, por qué así es cómo lo llamaba Puchi en casa cuando se abrazaba a él: mi colchoneta.

Son maneras de decir, de transmitir mensajes. Hace unos años escuché a un hombre despedirse de un ser muy querido con la expresión: «Te me has adelantado». Acto seguido, añadió: «De hecho, en este preciso instante muchísimas personas en este mundo se estarán adelantando a sus seres queridos».

Me gustó mucho la naturalidad del mensaje. Es cómo entender la vida cómo un paseo, en el que simplemente unos lo acaban antes que los otros.

Manel, se nos ha adelantado. En su paseo por la vida un día se cruzó con cada uno de nosotros. Cuando Manel se cruzaba en tu camino, no pasaba de largo, Manel se quedaba.

¿Por qué se quedaba? Supongo que cada uno tendrá su singular y particular respuesta, aunque estoy convencida que en todas y cada una de ellas se encontrarán las palabras honradez, generosidad, nobleza, y bondad, las que transmitía este gran hombre.

Algunos de los que estamos hoy aquí tuvimos la maravillosa oportunidad de participar en un regalo muy especial por el cincuenta aniversario de Manel. Un libro, titulado 50 años queriendo a Manel. Escrito por nuestros propios testimonios llenos de anécdotas, vivencias compartidas, bromas, relatos, letras de canciones, música, amor, es decir, repleto de pura y auténtica poesía.

Se lo dimos el pasado 27 de julio los niños y yo. ¡Cuánta emoción!, ¡qué momento más mágico! Lloró cómo un niño, con todo lo grande que es. No paraba de acariciarlo, abrazarlo, diciendo en voz alta: «¡¡¡Es el regalo más bonito que me han hecho en mi vida. Es el regalo más bonito que me han hecho en mi vida!!!».

Mis hermanos siempre me han dicho: Cristina, cómo te ha sumado Manel. Y, es verdad. Estos años a su lado he brillado como una estrella. Hoy, soy mejor persona. Manel, me ha sumado muchísimo. Ha sumado a mis tesoros, mis hijos. Ha sumado a sus princesas, sus hijas. Ha sumado a su mami, su papi, su hermana Tita, a su primera mujer. Ha sumado a toda su familia. Ha sumado muchísimo a la mía. Ha sumado a todos sus amigos, a los míos, a sus compañeros. Ha sumado a todos y cada uno de los que estamos hoy aquí.

Nosotros le hicimos un regalo: 50 años queriendo a Manel. Y, él durante estos cincuenta años nos ha estado regalando esa suma. Esa suma que cada uno de nosotros lleva y llevará siempre dentro de sí.

Así qué: gracias Manel por tu maravillosos regalo.

nos vemos cuando acabe mi paseo. te querremos siempre.

Cristina.

Me acaricia la memoria mi querida amiga Ester, a la que admiraba profundamente de jovencita. La conocí en mi primer trabajo en una agencia inmobiliaria en la cual inicié mi andadura profesional para poder pagarme mis estudios de derecho a los dieciocho años, de edad. Enseguida me llamó la atención su personalidad, su amplia autoestima y su independencia, de la cual obtuve dos grandes aprendizajes. Una noche, a los pocos años de empezar a compartir, salimos a cenar las amigas y Ester en gran parte de la cena estuvo hablando de ella, de sus inquietudes, aspiraciones, lo que pide en una relación, sus deseos, sus sueños, de sus rasgos de personalidad. Recuerdo que aquella noche al llegar a casa pensé en que gran conocimiento tenía Ester sobre ella misma y que ese trabajo personal yo no lo había hecho, pensando que mi destino, e incluso mi ser, era el que habían predeterminado mis padres y todo mi entorno por mí en mi educación. A partir de ese momento, empecé a mirarme por dentro y hoy en día aún sigo.

Ester, siempre celebraba sus cumpleaños haciendo una gran fiesta. Recuerdo que sus veinticinco fueron algo especial, por la asistencia de muchísima gente. Me fascinó el gran volumen de amigos que asistieron y el hecho que algunos de ellos hubiesen tenido con ella algún tipo de relación íntima de mayor o menor intensidad y estuviesen disfrutando de estar allí como un amigo más. Aquel día aprendí sobre la transformación de las relaciones personales, el saber adecuar y conducir a otra esfera sin ningún trauma, una relación sentimental cuando los sentimientos cambian.

Hará unos ocho años, un día cualquiera, estaba comiendo en el Brunaqui (bar restaurante italiano situado en la plaza Narcís Oller) un menú a la salida del gimnasio y me empezaron a entrar recuerdos de todas mis vivencias con Ester. En aquel momento llevaba unos dos años sin verla ni relacionarme a razón de un desencuentro provocado por una tercera persona. Fue como visualizar una película recordando anécdotas, vivencias, viajes —a destacar el de Cuba—, personas que conocíamos mutuamente. Fue de tan intensidad aquel momento, que decidí no ir a trabajar y quedarme en la terraza del bar tomando un segundo y tercer café, dejando que mis pensamientos y emociones siguiesen y transcurriesen sin querer detenerlas. A los pocos días recibí una llamada de mi amigo David desde Chile. David era mi mejor amigo desde la adolescencia y cuando le presenté a Ester vivieron un romance. El mensaje de David era que se había enterado qué Ester había fallecido. «Cristina, es la primera vez que se me va una mujer con la que he intimado y vivido una bonita relación, aunque fuese hace muchísimos años». Me quedé perpleja. Al decirme el día caí en la cuenta qué, fue exactamente el mismo en que me invadieron los recuerdos, sentimientos y emociones de mi vida con Ester. Siempre lo he interpretado como

que Ester se me vino a despedir y yo abracé ese momento.

Un año más tarde vino David a verme a casa. Llevaba por las Américas muchos años. Hacía tiempo que no lo veía. Recordando a Ester, le dije que aquella situación emocional que me pasó el día de su muerte, hacía unos días que me había vuelto a pasar; que sin guardar ninguna relación con mis pensamientos se me coló Ester en ellos de una forma brutal, pero que esta vez no sabía interpretarlo. A los pocos días murió Manel de forma totalmente inesperada. Igual mi querida amiga Ester sabía que otra alma muy importante en mi vida iba a acabar su paseo.

Mi relación de amistad con David fue especial durante muchísimos años. El seis de marzo del 2013, era el cumpleaños de Max y recibí un mensaje muy hermoso de él, que dejé reflejado en este escrito:

Hoy me han regalado un texto precioso. Es un correo que he recibido de mi amigo David, alias «el patito». Hace un par de meses que ha iniciado un espectacular viaje. Es una aventura hacia el interior de su ser. Recorrerá unos 5000 km en bicicleta desde Los Ángeles hasta México. Hoy me ha enviado este mensaje, que por su belleza dejaré transcrito de forma literal.

El Patito llama a Max «chichi-cul». Hará unos tres años y medio, David vino a comer un día a casa. Mientras estaba yo cocinando, Max espetó: «Tinc pipi i caca», y entró en el baño dónde David se estaba lavando las manos, soltó sus grandes heces y larga meada, y gritó: «Mami!!! i, ja estic, netejammmm…». Cómo no la oía por el ruido del extractor de la cocina, David empezó a repetir lo que decía Max. Le dije que estaba cocinando y que por favor lo hiciera él. Creo que era la primera vez que a sus cuarenta y tres años le solicitaban dicho menester y empezó a preguntar: «Pero, qué he de hacer… empiezo por el chichi… por el cul…», y de ahí qué cuando salió del baño, después de un buen rato y medio rollo gastado de papel, ambos empezaron a decir en voz alta «chichi-cul; chichi-cul»…

(Transcripción literal del mensaje de David)

¡¡¡Miles de besos!!!

¡¡¡Os adjunto últimas reflexiones!!!

¡¡Abajo está el Link!!

Veamos… es difícil expresar bien este viaje sin que parezca exagerado, quizás sea mi entusiasmo o también podría ser mi necesidad existencial de hacerlo.

Es un viaje a través de los sentidos y para los sentidos, es dejar atrás el pasado y descubrir una forma de vida «preciosa»… es descubrir simpleza, agua pura, transparencia y virginidad, es como si desde este punto se pudiese volver a empezar sin haber habido pasado, es una existencia sin filtros, sin toxinas, sin agentes extraños… la libertad se siente en su máxima potencia y pureza, no hay barreras entre uno y el todo, es un campo abierto, sin leyes, sin prejuicios, las decisiones no existen, nada regula nada y no hay nada que hacer más que avanzar y esperar, todo

fluye sin más, no decido absolutamente nada, solo observo como todo acontece con una precisión atómica, es un show perfecto, no existo como protagonista, solo soy parte de un todo… No me cuestiono nada, no opino, solo acato y sonrío, acepto y sobre todo, doy las gracias.

Sí, nunca me había salido el dar las gracias tanto a los acontecimientos, parajes… y a la vida, a mi mamá, a mis amigos, a mi pasado, a todo, siento la necesidad y me llena de satisfacción agradecer todo cuanto tengo en mi interior, sensaciones, pasado y presente… impresionante sentir como nace desde tan adentro y fluye ese agradecimiento!!!

Experimentando todo esto y creando símiles se pueden sacar muchas conclusiones, teorías y explicaciones, y poder así platicar bonito, y clarear a la vez, mucha de la razón de esta existencia.

Estoy francamente recuperando una fe perdida, y siento unas cositas nuevas, muy, muy gordas… besos a todos, os quiero muuuuxo!!!

Años antes (2009) de irse Ester y Manel, estoy en la Clínica Platón de Barcelona. Mi padre lleva seis días ingresado en la UCI con un infarto al corazón. Todos los hermanos y mi madre tenemos vía libre de entrada gracias a Toni, cliente del despacho y amigo, que colabora profesionalmente con dicho centro hospitalario. Último turno, entramos mi hermano Carlos y yo. Nos alerta la enfermera que ya está en las últimas, que prácticamente ya se ha ido, que no nos puede escuchar, que es cuestión de minutos. Entramos. Mi padre está tumbado en la camilla que está algo recostada, entubado y con un respirador en la boca que le ocupa toda la cara. Mi hermano se sienta en la silla. Yo, me quedo de pie. «Hoooola, papá. Sabes que me ha pasado. No te lo vas a creer. Ahora mismo nos vamos de aquí. Te he traído unos puros habanos buenísimos, como aquellos que te traje de Cuba hace unos años. Están frescos, y como huelen Papá. Y, la enfermera que está aquí fuera me los ha requisado. Estoy indignada!!!».

Mi padre se incorporó de aquella camilla hasta quedar sentado, se quitó el respirador y dijo. «¡Cómo! No me lo puedo creer. ¡¡¡Mis puros!!!». Acto seguido, me miró dulcemente. Vio mi sonrisa en la cara. Se dio cuenta de que era una broma. Sonrió. Mi hermano se quedó pasmado. «Carlos, le dije, nunca he creído que una emoción no pueda llegar al corazón de un enfermo». Estamos en el funeral y su hermana Pilar comenta «Mi hermano tan guasón, como siempre. Pues no veis la sonrisa que lleva incorporada». Sí, aquella noche, falleció, a muy poco de salir de esa sala y esa sonrisa se le quedó dibujada para la eternidad.

Leo mi frase después de enviarla a mi amigo, el que para mí está sufriendo tristeza vital, más de un par de veces. Me gusta, la siento, la afirmo. Sí, esta es mi actitud en la vida. Es esta.

Recibo una llamada al móvil, es Ramón, un contacto profesional, abogado y socio fundador de un prestigioso despacho de abogados de Barcelona con el que establecí relación para una posible colaboración de mi departamento de Derecho de Familia. Hará unos cinco meses que no sé nada de él. Quiere saber por qué no accedí a hacer un café con él para aclarar su comportamiento, sus incesantes mensajes después de la última comida. Le explico, la falta de control de sus ritmos en nuestra incipiente relación profesional con toques personales, derivados de por quién fue

referenciado. Hablamos de las intencionalidades, de los modos, de las formas de hacer. Me sugiere el poder tomar un día un café. Cómo ya no será ese café propuesto en su día, le digo que sí, que no hay problema. «Cristina, si te soy sincero, me fascinó tu alegría, tu sentido del humor, a la par que tu profesionalidad y, sobre todo, tu sensibilidad. Tengo grabado la ternura con la que explicaste tus orígenes como abogada, la relación con tu padre. El cómo, siendo él una persona autoritaria, dictatorial, que os inculcó unos valores y principios muy rígidos, religiosos y absolutamente machistas, tú decides ser rebelde (explicado por ti, con la definición del prestigioso psiquiatra italiano Vittorino Andeoli como aquella persona con la suficiente capacidad como para después de valorar lo que le viene dado y ver que es incompatible con lo propio decide decir no) y, aprender a contrario sensu (terminología jurídica que significa que existe otra realidad opuesta de lo que allí se expresa), e intentar entender qué le llevó a él a funcionar de esa manera. Así, tu crecimiento personal te lleva a un análisis desde el cariño, el respeto y al mismo tiempo desaprendiendo de todo aquello que viviste y no quieres que forme parte de tu vida. Cómo lograste, desde tu juventud, el mostrarle que eras un igual, y la transformación que obtuvo vuestra relación por ello, dónde se incorporó, sobre todo, respeto y un compartido sentido del humor. Me encantaría leer aquella carta que le escribiste y le regalaste con la fotografía de tu imposición de la toga como colegiada del Ilustre Colegio de Abogados de Barcelona, aun cuando la primera vez que se interesó por saber cómo iban tus estudios estabas en cuarto de derecho, y sobre la cual tu madre te dijo “No sé Cristina lo que le has escrito a tu padre, pero es la primera vez que le veo llorar”».

Qué curioso, cinco meses sin saber nada de Ramón y en este preciso momento, que estoy recordando a mi padre, me llama para transmitirme este mensaje. Ello me evoca el recuerdo de una de las etapas más duras de mi vida, que no narraré aquí, en la que me conectaba mentalmente con mi hermano Carlos, que estaba a miles de kilómetros, a través de la luna y del mar. Le enviaba dosis muy fuertes de energía bonita, de fortaleza, de lucha, totalmente convencida de que él las recibía. Nunca se lo he preguntado. Tendré que hacerlo algún día.

A los pocos días de haberle enviado ese mensaje a mi amigo, comparto una apreciación con una amiga y compañera del despacho. «No sé Claudia, me invade la sensación que, en este nuevo viaje a Italia, tengo algo de mí por descubrir». Mientras mi mente viaja a los recuerdos del viaje y a las lecturas que hice en distintos blogs sobre ese lugar, casi memorizadas de forma literal en mi mente, antes de partir. Los dos días de estancia en el pueblecito de Vernazza, en un pequeño hotel muy próximo a la iglesia de Santa Margherita di Antiochia y dónde se escuchaban perfectamente las campanadas a media tarde de la torre con su grande reloj, sus estrechas calles, sus preciosas tiendas, los negocios de artesanía con peces pintados a mano —allí le compré un precioso delantal a Pol de hilo blanco bordado con peces en tonos azules. Es precioso— los románticos restaurantes italianos, el casco antiguo de la Spezia que al estar de fiestas tiene un color y brillo especial, las excursiones y paseos realizados con mis amigas, las risas compartidas, la tremenda noche en casa de Andrea, mi baile de salsa con su Papi que acabé moviendo la puerta corredera de la cocina como insinuando que los demás no podían ver el final el cual provocó tremendas carcajadas entre los presentes, mis trayectos en la escúter con Andrea, los colores del atardecer rosados y anaranjados junto al intenso amarillo aterciopelado de las mimosas y el verde oliva de los olivos en los distintos pueblos medievales de Cinque Terre, los aromas que percibes paseando, la belleza del mar, el ritmo pausado de ese lugar, las nonnas que

caminan con sus bastones por las callecitas en zigzag, los genuinos músicos de las veredas, los variopintos artistas de acuarelas siempre pintando sus cuadros de cara al mar, los pequeños y más que lindos barquitos anclados en los puertos, la brisa del mar, la preciosa vista del golfo del poeta que se ha grabado en mi mente, el clima templado, la belleza atemporal e infinita de ese lugar, nuestra última noche en la que al acompañarme al día siguiente al hotel me susurró mi marinero al oído: «No sé Cri, esta noche he notado entre nosotros algo especial, una pincelada de amor».

Andrea contrata un apartamento en el centro de La Spezia, en el casco antiguo, justo al lado del Distró, el bar dónde nos conocimos. Me combino la agenda del despacho con la fiesta de la Mercè y preparo mi escapada del 22 al 26 de septiembre. No aprecio en mí ninguna preocupación por estar en un apartamento cuatro días y sus noches con Andrea. Él me escribe, que si en algún momento de mi estancia, necesito tiempo libre, que se lo haga saber. Yo, entre bromas, le pido lo mismo.

Le confirmo que voy vía Bolonia y él me dice que va bien, que como si quiero ir vía Milano o que me viene a buscar, que todo va bien. Así es como embarco en un vuelo Barcelona-Bolonia, sin caer que el aeropuerto está a una distancia de 226 km de la Spezia y ya teniendo como primer plan del viaje que me enseñará esa maravillosa ciudad que no conozco y cenaremos en un restaurante de cocina típica boloñesa. Emprendo mi viaje.

Vuelvo a la bella Italia.

Cinque Terre II

Voy en barca rumbeando por la costa cercana a la Spezia con destino a Cinque Terre, empieza el atardecer. Estoy abrazada a Andrea, piel con piel. El ritmo de navegación es lento, ideal para poder apreciar perfectamente el paisaje y disfrutar del mar en calma. Es tan auténtico el momento, que sobran las palabras. Navegamos en silencio. Ese espacio de tiempo se graba en mi corazón. Creo que puedo poner una única voz a nuestras emociones, está empezando a insinuarse la segunda letra de la palabra AMOR (la primera ya la puso él la última noche de mi primer viaje).

Vengo de mi segundo viaje a la Spezia y estoy como si mi vida ahora formara parte de un bonito y fabuloso cuento de hadas. Sigo embriagada de los lugares visitados, las nuevas personas que he conocido -destacando a la mama-, los menús de los restaurantes, el buen vino, los atardeceres, y, sobre todo, por los momentos compartidos con Andrea, llenos de risas y sonrisas, envueltos de conversaciones profundas, íntimas y otras más típicas estando con los amigos, de fiesta. Instantes repletos de caricias, de besos, de gestos y de infinidad de detalles.

Después del paseo en barca, destaco el aperitivo en casa de la mama. Sabía que la iba a conocer, aunque no quería tener prefijado un encuentro, sino más bien, que este surgiera en cualquier momento de mi estancia. Ahora entiendo más la esencia de Andrea, el origen de ser una persona tan especial, sencilla, sincera, leal con los suyos y con una filosofía de vida tan simple (que es lo difícil) de querer vivir y disfrutar de cada instante de la vida sin prejuicios, sin juicios, sin dogmas de fe, sin miedos impuestos.

Veladas, mano a mano con mi marinero en restaurantes, en las que Andrea consigue que me sienta tratada como cuando voy de invitada a casa de una buena amiga. Velada en casa de su papi, en la que noto que esta vez sí me está observando, como el que se va a interesar en conocer a quien ya sabe que no va a formar parte de un encuentro fugaz. Velada que me encanta cómo transcurre y cómo acaba: haciendo un cigarro en el balcón y como dos adolescentes pensando al unísono a través de la mirada que ya es hora de retirarse para continuar nuestra historia. Otras con amigos repletas de muchas copas y mucho humo, donde las risas nos definen a los dos. Se nos ve contentos, alegres, felices de compartir.

Tengo las vistas del mar de Manarola y en medio del caminito hay un banco. Lo que tenía que ser el tiempo de fumar un cigarro, se convierte en un compartir parte de mis intimidades, razones que me llevaron a separarme, vivencias de viajes, experiencias y anécdotas profesionales, el profundo amor que siento hacia mi madre, contenido de las relaciones con mis hijos, cómo nacen los números mágicos «3, 4, 14 y 28» y qué significado tienen y en cada pausa, recibo un «dime, dime» como el que no quiere dejar nunca de que le narre mi vida; como si en ese instante notase que su alma también se enriquece, se nutre y quiere más, más, más. Vamos a Manarola en el tren, y tal y como hacen los locales, uno de los billetes es sin pagar. Andrea sabía que era el único pueblo de las Cinque Terre que no tuve tiempo de visitar en el viaje de las tres Marías, así

que ya tenía reservado un día para que no me fuera sin poder completar mi ruta por esa preciosa tierra.

Cada vez con más precisión, mi mente puede dibujar las líneas, rectas y curvas de su cuerpo, y cada vez me gustan y me atraen más, al igual que sus tatuajes que para mí le identifican con el mar, con ser un marinero. Mi marinero.

Me vuelvo a traer una rosa, esta vez de color rojo intenso. Así me recibió mi marinero, con un ramo precioso de rosas rojas. Y, en mi cartera, hay un breve escrito que me acompaña y que no he dejado de ojear. Son pocas líneas entre palabras y números, y aunque no las acabamos de sellar con sangre, están escritas con latidos del corazón.

Llego a casa. Tengo ganas de escribir. Cuando me ve Celia, que es la señora que trabaja en el hogar, me dice: «Cristina, qué bien te ha sentado este viaje, qué guapa estás. Pareces una niña de quince años» (no dice ni uno más ni uno menos. Ja, ja, ja). Será verdad que sentimos lo que pensamos, y vibramos lo que sentimos. Y yo, desde mi primer viaje a este maravilloso lugar, vibro en frecuencia de quince años, como si todo estuviese por llegar y como si quisiera abrazar a ese todo.

Cri (27/09/2021)

Entre el segundo y el tercer viaje a Italia

En el aeropuerto de Bolonia, esperando el vuelo de regreso a Barcelona, escribo un mensaje: «Aún no me he ido y ya te echo de menos. He pasado a tu lado unos días maravillosos». Con una respuesta inmediata por su parte de: «La maraviglia di questi giorni sei stata tu. Spero solo di sognarti prima che torni. Te quiero ogni giorno di piu. Non riesco ad immaginare la mia vita senza te» [la maravilla de estos días has sido tú. Soñaré contigo antes de que vuelvas. Te quiero, cada día más. No soy capaz de imaginar mi vida sin ti].

Llego a Barcelona. No hemos dormido en toda la noche. El vuelo de regreso a la ciudad condal salía a las 8.00 de la mañana y claro, no caí en la distancia del aeropuerto cuando lo contraté, por lo que, para estar allí con el tiempo suficiente, teníamos que salir sobre las 4.00h a. m. de la Spezia, y así lo hicimos, obviamente sin querer destinar tiempo alguno a dormir. Deshago la maleta tranquilamente, ducha y me voy a comer a casa de mi amiga Carla, una de las acompañantes de mi primer viaje a Italia. Mientras comemos, le explico mi maravillosa estancia con Andrea, y ella, al finalizar, expresa algo similar a que con este viaje ya he puesto el sello (como quien envía una carta de despedida) a mi aventura con Andrea. En ese instante pienso, aunque no se lo comento, qué sello ni qué sello, si creo que esto más bien representa el inicio de una relación muy especial, un auténtico romance. En los postres observo que mi cabeza no se sustenta correctamente y que se me va a caer literalmente encima del plato, así que me despido afectuosamente de ella y me voy a casa directa al sofá, a hacer una larga siesta. Después de varias horas de estar desplomada en el sofá me escribe la otra acompañante del primer viaje a Italia, la cual me lanza el mensaje de que lo disfrute todo al máximo. Marta es un amor. Yo la llamo primavera. Me evoca flores, luz, color. Al explicarle esa misma noche a Andrea que estaba hablando con Marta del viaje, me escribe: «Más que un viaje es un inicio, mami». Ahí es nada. Los dos, exactamente, hemos tenido la misma apreciación.

Escribo Cinque Terre II y se lo envío a Andrea. Subo a mi habitación y guardo en la cajita de las rosas de Italia una rosa roja al lado de la rosa amarilla y el folio escrito a cuatro manos en el Restaurante 1918 de Lerici. En aquel banco de Manarola habíamos hablado sobre el orden de pensar, sentir, vibrar, en el que Andrea introducía la palabra emoción a caballo entre el pensar y el sentir, y yo, entre diálogos, le explico el juego de los relatos de cuentos que hacía con mi hija Máxima y la celebración al finalizar con los números mágicos. Así que cuando el día antes de partir le pidió a Silvia, la camarera y amiga que trabaja en dicho restaurante, un folio y un bolígrafo y Silvia trajo uno cuadriculado, que me recordó a las libretas del colegio, mi mente sin pensarlo escribió los números mágicos en horizontal «3, 4, 14 y 28» en las cuadrículas del papel y él el siguiente texto: «Creo que no existen palabras para expresar emociones tan auténticas. Podemos escribir solamente los pensamientos». En ese instante me preguntó cuándo iba a volver y sin pensarlo mucho, le dije en dos semanas. Y dos semanas en mayúsculas, acompañado del dibujo de un corazón, es lo que se tatuó en el antebrazo con el bolígrafo que había utilizado para escribir en el folio cuadriculado.

Recibo mensaje de Andrea a mi escrito: «Sei allucinante Cri, come una stella cadente che illumina il cielo di notte dopo un giorno de pioggia. Non vorrei perdermi nemmeno un secundi della tua o della nostra esistenza. Il tu marinero está contando otra vez los días». [Eres alucinante Cri, como una estrella fugaz que ilumina el cielo en la noche después de un día de lluvia. No quisiera perderme ni siquiera un segundo de tu existencia o de la nuestra].

Estoy despachando con mi equipo (para mí, mis niñas. Así las llamo en mis adentros) en el despacho. Y, al finalizar, formulo una pregunta: ¿me podéis decir en que fallo cuando delego, para que cualquier tema se me devuelva en cuestiones menores a los diez segundos? Se vuelcan opiniones, pero no se halla la respuesta precisa. Sigo teletrabajando esa tarde desde casa y me viene una luz, de plantearme porque no aplico mi forma de sentir, mis vibraciones tan positivas con mi equipo de trabajo. Me pregunto que podría generar si las aplicase. Caigo en la cuenta de que, en muchas ocasiones, en vez de transmitir conocimiento, que era mi intención, lo que les generaba era inseguridad, y de ahí la falta de confianza en ellas de que esa delegación la pudiesen abarcar, asumir, resolver. Redacto un comunicado, incluyo a todas, incluso a una colaboradora que ahora está en externo y antes estaba presencial en el despacho y les pido perdón, me disculpo, les comento mis errores, les digo que aprecio muchísimo su trabajo, les manifiesto mi total agradecimiento a su labor, que, sin ellas, sin equipo el despacho no sería el despacho, que cada una somos diferentes, alguna más técnica, otra más creativa, otra más comercial y que entre todas hacemos una gran suma, que confío en ellas plenamente. Este era el descubrimiento personal que me tenía preparado este viaje a Italia. Las respuestas extraordinarias, emocionantes, gratificantes. A destacar:

Buenos días.

Guau, la verdad es que me ha emocionado… Me ha emocionado sobre todo porque he aprendido mucho en este despacho, he conocido a gente maravillosa, he podido conocer temas que me han llevado directamente hacia demonios más profundos y otros al cielo.

Te agradezco el reconocimiento, creo que la forma de hablar, de apoyar al equipo, de saber que no estamos solas… es lo más importante en un despacho de abogados. Se crea una base segura que te lleva a trabajar mejor.

Los años que he trabajado en el despacho me han servido muchísimo para conocer el mundo del derecho desde dentro y para saber que, es lo que quiero.

OS MANDO UN GRAN ABRAZO!!!!!!!!

He generado emociones, entendidas, de una manera científica tal y como explican los expertos, como la traducción que realizamos de los cambios bioquímicos que se producen en nuestro cerebro junto a los comportamientos psicofisiológicos que generan en nuestro cuerpo, siendo la serotonina una de las sustancias químicas responsables de que se produzcan nuestras

reacciones emocionales, desempeñando un gran papel en el equilibrio de nuestro estado de ánimo, así como a la hora de enfrentar situaciones de estrés. Es por ello que cuando uno sonríe, disminuye la temperatura de la corteza cerebral por la contracción de los vasos sanguíneos que rodean los músculos faciales y, como consecuencia, se produce más serotonina y ello se transmite a través de tus vibraciones. (La mente es maravillosa. «Una sonrisa como paraguas para la vida»).

Reina otro ambiente en el despacho. Se ha generado un clima de comunión. Creo que se está fraguando la mejor versión de mí misma. La mejor versión de Cri (Cristina en italiano). Este detalle se lo comenté a Andrea en aquel banco de Manarola. Él me decía que la forma en la que explico mis experiencias de vida le parece fascinante, porque, aunque esté recordando momentos muy duros, difíciles, complejos, no dejo de transmitir afecto, amor. «Cri, me siento como un niño al que le están explicando cuentos maravillosos. DIME, DIME, quiero saberlo todo de ti». Cuando me hizo ese comentario le apunté que era porque no llevo colgada ninguna mochila emocional, ni sentimientos negativos, solo aprendizaje, crecimiento personal. De ahí, que todas las experiencias vividas me aporten serenidad, conocimiento y agradecimiento por haber formado parte de mi paseo por la vida. Le explico que ya en el 2005-11-04 tengo escritas muchas reflexiones de la vida sobre este y otros aspectos en mi Cuaderno de cosas bonitas y se las voy narrando tal y como las tengo escritas:

Esta tarde he hecho un descubrimiento personal respecto a la conocida frase de «el tiempo lo cura todo» y es que no es cierta, al menos no en el sentido literal de la misma y no en el concepto coloquial que se le presume. El tiempo por sí mismo no cura nada y en muchas circunstancias incluso puede alimentar y albergar emociones que se enquisten en los sentimientos de las personas. Es el espacio-tiempo personal, el mirar hacia dentro, el que cura y puede lograr que desvanezcan desdichas, hostilidades, rabias, ansiedades y un sinfín de sentimientos creados por nuestros propios pensamientos. El espacio es nuestra mente y el tiempo va desde la milésima de un segundo hasta lo efímero o eterno de nuestras vidas, de nosotros depende que hagamos con él. Ya lo afirmaba la psicoanalista Laura Kait Edelman al expresar que es falso que el tiempo lo cure todo y que lejos de cicatrizar el tiempo va creando agujeros más profundos que se pueden albergar en el olvido, reapareciendo en cualquier momento con más dolor acumulado.

En ese momento, sentados en aquel banco, me acordé de un libro que leí. Lo había escrito mi querido amigo Abel de Vega, al que yo llamo el Capitán. Le hablo de él a mi marinero, de su libro, la presentación de este, del conocimiento que tiene mi amigo de los mares, los astros y las estrellas, del gustazo que es navegar con él y contemplar el cielo mientras te va ilustrando sobre las constelaciones y lo fascinante de su voz interpretando a capela Caruso. Le explico que cuando leí el libro, también le escribí una carta a mi querido amigo, la busco y se la leo.

Antes y después del libro La sonrisa del loco

WhatsApp con Abel el jueves 8 de noviembre 2018 a las 21:14

C: Qué ganas de leerlo!!!

Gracias por compartir.

Te haré una crítica.

A: Me encantará!!! Gracias.

Salía de la presentación del libro LA SONRISA DEL LOCO, escrito por mi querido amigo Abel. Una vez le leí el prólogo «Por el amor de DOS» (en vez de DIOS) de un libro regalo titulado El Farruquete que redactamos entre varios amigos para hacerle un regalo a otro común y me fascinó. Así que acudía con ganas.

El acto no me dejó indiferente. La presentación del libro llevada a cabo por Rafael Puertas fue muy agradable y amena. Se transmitía entre ambos respetos mutuos y mucha consideración personal. Me gustó conocer la actividad de la ONG fundada por Rafael. Tras saber de ella, mi mente se quedó más predispuesta, si cabe, a saborear un rato agradable entre personas que quieren a Abel. Porque en aquel garito del gótico de Barcelona prestado para la ocasión, si algo había, aparte de ejemplares del libro y cava, era gente que se quiere. Y resulta que no solo estábamos nosotros, porque ahí había la de «Dos» —cada uno llevábamos a todos los que tenemos dentro—. Guau!!! Esa afirmación que pronunció Abel y que comparto me encantó y me hizo ya ponerme a reflexionar en mi silla de la fila quinta: «Ah, Cristina, por eso no te sientes sola y te gusta tanto tu espacio porque siempre estás acompañada. Y es verdad. Es una realidad».

Me hizo mucha gracia el símil utilizado por Abel en sus primeras palabras antes de darle la voz a Rafael: «Bueno, os presento a mi hijo. Y esto es como su bautizo. Qué bien que estéis todos aquí». Sé que Abel no es padre (al menos no me lo ha dicho. Ja, ja, ja), pero, también sé que puede perfectamente valorar qué significa, así que el símil era sencillamente idóneo.

En su turno, Abel intentó explicar el porqué de este libro. Cómo nace, se crea y se publica. Los avatares que le suceden en la vida desde que tiene la idea hasta que la materializa y los oportunos agradecimientos a quien él considera que forman parte de forma directa o indirecta de su existencia. Y terminó igual de locuaz que empezó: «Cuando le comenté la idea a mi hermana, me dijo «Si escribes sobre esto y lo escribes bien, será un éxito». Y eso espero, nos confesó a todos, que sea un éxito entendiendo como tal que el lector en algún momento se quede reflexionando.

Compré el libro, hice el correspondiente turno para atesorar la dedicatoria del autor, me tomé un par de copas de cava y me despedí del evento llevándome el libro en la mano, sin querer meterlo en el bolso. Lo quería acariciar. Después envié los mensajes.

Es miércoles, día 14 de noviembre. Estoy en el despacho, pero con toda la intención de dejar de lado los expedientes judiciales, no sin antes enviar un último mensaje importante, y cumplir lo anunciado. La crítica. En menudos berenjenales me meto, pienso en mis adentros.

Envío el mensaje al cliente: «En el juzgado parado pendiente de recibir informe de la Fiscalía».

Abro de nuevo la pantalla para transcribir los mensajes con Abel —así me ha nacido la inspiración de este escrito—. ¡Glups! Me doy cuenta de que el mensaje se lo he enviado a él. Esta crítica promete. Acto seguido le pido perdón y rectifico que no era su destinatario. Me contesta con un emoticono llorando de risa: Menos mal. (Ja, ja, ja).

ÉXITO TOTAL, MI QUERIDO AMIGO. Embriagada de emoción. Así me he quedado. Así estoy. Desde la página 80 más menos he sufrido un enganche brutal. Quería saber. El libro me ha acompañado como un atuendo de vestuario más.

Creo que lo que más me ha impactado es que mientras lees no solo caminas en la vida del protagonista y los demás personajes. Es inevitable pasear por la de uno mismo. Y, ahí es dónde haces tus propios paralelismos ante momentos difíciles y complicados, épocas de mayor bienestar, situaciones límite, calidad y cualidad de tus relaciones personales de toda índole, perfiles de personas que identificas en tu entorno, comportamientos aprendidos, conductas imitadas. Repasas tu infancia, los dogmas de fe impuestos, las luchas internas. Tus estrepitosos fracasos, tus éxitos. Tu crecimiento.

Dijiste que querías converger en un mismo libro trama novelesca y reflexión. Boina. Para mí incluso coexisten dos niveles de escritura. Cuando aparece el Loco, escribes con una soltura y una calidad de redacción espectaculares. Es como si estuvieses poseído. El tema te atrae muchísimo y te atrapa. Eres tú, Abel, con tus disquisiciones, planteamientos múltiples, propuestas, reacciones. Es el Abel que sabe valorar un paisaje, describir un cielo estrellado, escuchar y hablar con los demás. El Abel que investiga por qué y quiere saber, formarse, ilustrarse. Este libro tiene tu sello. El capitán.

Cuando pensaba que el Loco ya había tocado todos los temas con Ángel, se abría otro cajón, igual o más importante que los anteriores. Qué forma tan original y a la vez dulce de remover el alma. Con toques de suavidad. Al leerte me he sentido muy afortunada, el Loco me vino a visitar hace muchos años y sí, qué risa tan fantástica.

Me han hecho gracia ciertos detalles. Cuando hablas de cómo entiende cada relación amorosa Lola, me he sentido muy identificada —aunque no tenga mucho que ver con el perfil del personaje— porque en cada una de mis relaciones no es que me sienta como una niña con zapatos nuevos, sino que me siento como una niña con sus primeros zapatos (virgen, sin reproches, intacta para amar apasionadamente, dispuesta a saltar al vacío). A la misma edad que Abril, sufrí un trastorno alimentario. También sin tratar, sin que nadie de mi entorno quisiera ver —no sé si por ignorancia, desconocimiento, miedo o falta de interés— mis enormes señales de alarma, y también logré salir sola. Hace unos años en una sesión de una psicóloga sin venir a cuento (Ja, ja, ja), me preguntó cómo creía que me habían querido mis padres, parejas. Aquella tarde no fui a trabajar. Descubrí el «amor con trampa» de mi padre, el amor condicional. Tomé conciencia del impacto en mí que había representado, de tantas cosas que pensaba que formaban parte de mi esencia, de mi personalidad, y no eran mías. Menudo trabajo de desaprender que empecé a hacer y sigo. El abogado enfrentándose a la lectura de una sentencia tan esperada como temida. El dilema si empezar la lectura por el final. Cerrar la puerta. Estar a solas. Uff!!!, podría

enumerar muchos detalles de tu libro en los que me siento identificada, y sabes por qué, porque hablas de la vida, Abel, de algo tan fantástico, único e igual que nos une a todos los humanos: LA VIDA.

No voy a dejar este libro a nadie. No sé por qué ley natural los libros prestados nunca vuelven a su amo y este, al estar dedicado, lo quiero en mi librería. Dicho esto, a partir de hoy, que sepas que tienes una representante. Se lo pienso recomendar a todo el mundo.

Confieso que he llorado. No te podría decir si era por algo en concreto que leía. Ha sido un llanto de emoción y de contento.

De nuevo

, gracias por compartir

y, querido amigo, ya sé que la vida está muy cara pero el mundo necesita urgentemente que personas como tú tengáis familia numerosa. Ponte a ello. A Marta la vi muy cariñosa y entregada. Lo entenderá.

BESO GORDO!!!

Cristina (14/11/2018)

No tarde en recibir la respuesta del escritor:

Joder, Cristina, me han saltado las lágrimas. Tengo que releerlo varias veces para seguir encontrando mucho mucho más, porque seguro que está ahí y todavía no lo he visto. Pero, con lo que he leído solo te puedo decir que esta crítica la guardaré de por vida. Cosas tan bonitas y tan auténticas como estas no se pueden dejar en el olvido. La vida se compone de estas cosas. Gracias por aportarme algo tan grande para mí. Al margen te diré que tienes una gran capacidad para transmitir. Vive tu don y empieza a escribir. Hazme caso, yo lo hice… Un besazo gran amiga.

Es sábado y monto una cena en casa con mi amiga Carla y su hija (de las dos que tiene) que es pedagoga y que está ansiosa por conocer los detalles de mi último viaje. Máxima sale por la tarde con sus amigas y regresará para la cena, así que como vienen mis invitadas a media tarde ya para hacer el aperitivo, aprovecho para explicarle a la pedagoga mi historia de amor y pasión. En ese instante caigo en el pensamiento que para mí próximo viaje no le quiero decir a Máxima que es por trabajo -al tener un cliente allí-. Siempre he controlado y mimado mucho el estado emocional de mis hijos y los tiempos, los ritmos para comunicarles y hacerles partícipe de las personas que han entrado en mi vida en la esfera íntima, personal. Esta ocasión, por la edad de ellos, la siento

diferente, como si pudiese tener un diálogo más de tú a tú, de mi vida personal, de mi faceta de mujer sin el componente de núcleo familiar.

La cena transcurre de maravilla, risas y bailes, entre ellos varios TikTok propuestos por Máxima con mis invitadas -aunque Carla, no participa-, y cuando se van achucho a abracitos a mi hija en el sofá y le pregunto:

«Puchi [así la llamo], Tu vols que la Mami sigui feliç?». «Clar Mami, i tant». (¿Tú quieres que mami sea feliz? Claro, mami, y tanto).

Le envío los bailes a Andrea por WhatsApp.

Antes de que vinieran mis invitadas a cenar, mientras estaba preparando el aperitivo, le ordené a Alexa que me pusiera música de salsa. Al escuchar «Vivir lo nuestro» de Marc Anthony y la India no pude evitar marcarme un baile y enviárselo a Andrea. Así que cuando le estoy enviando los TikToks, él me envía un vídeo cocinando en casa de un amigo con la música de fondo de la canción «Vivir lo nuestro» y meneando la paella con una mano y a ritmo de salsa con la otra subiéndose la camiseta con un movimiento ondulado. En la primera salida en barquito con mis amigas estando con la música a tope, Andrea comentó de forma humilde y con algo de vergüenza que él no sabía bailar. En cambio, hace un movimiento con el estómago levantándose la camiseta que me pone loca. Es como si estuviese bailando la danza del vientre ondulando la caja torácica desde la pelvis hasta el pectoral. No tengo ni idea como lo hace, pero es un movimiento muy, muy sexy. Andrea tiene muy marcado el hueso pélvico que para mí es el hueso más atractivo e imponente en un hombre.

Es lunes por la tarde y voy en el coche con Puchi al recogerla de atletismo y le explico que en mi primer viaje a Italia cuando fui con mis amigas conocí a una persona y quiero seguir conociéndola; que me parece maravillosa y ha despertado en mí muchas sensaciones y emociones y todas ellas muy bonitas, y, que es por ello, que próximamente marcharé a Italia de nuevo, para que nos sigamos conociendo y compartiendo nuevos momentos. Después de la explicación le pregunto que qué le parece y me contesta «Molt bé Mami, em sembla molt bé» [muy bien, mami, me parece muy bien]. Acto seguido le digo «Es marinero», a lo que espeta: «Llavors ha de ser jove» [entonces, debe ser joven]. «Si Puchi molt més jove que jo» [Sí, Puchi, mucho más joven que yo].

«I, quina edat té?» [Y qué edad tiene]. «27, 26 menys que jo» [26 menos que yo]. Se hace un breve silencio, y le pregunto. «T' importa la seva edat, Puchi?» [¿Te importa su edad, Puchi?].

«A tú t'importa Mami, a ell l'importa?» [¿A ti te importa, mami?, ¿a él le importa?]. Le digo no. «Donç, a mi tampoc» [Pues, a mí tampoco].

Y, así es como nace que con mi hija vaya compartiendo momentos y emociones de mi vida con mi marinero.

La primera tarde en el barco con Andrea no nos preguntamos ni dijimos la edad y tampoco lo hicimos al pasar la primera noche juntos, aunque en el barco, Carla sacó varias conversaciones

en las que intentaba provocar que se facilitase ese dato. En la segunda noche amenizados con el vino y las conversaciones profundas que mantuvimos sobre la vida, sobre mis hijos, su relación con su madre, se la dije y él me expresó la suya y al unísono los dos dijimos en voz alta «somos sagitario», esa es la única importancia que le dimos a nuestras fechas de nacimiento, siguiendo nuestra especial velada, sin interesarnos lo más mínimo esos datos.

Viene el puente de la Hispanidad, así que le comunico a Andrea las fechas de mi próximo viaje, esta vez voy por seis días. A partir de ese momento cada día recibo un mensaje de Andrea con la cuenta atrás, a veces en italiano, otros, medio en español e italiano. Entre los mensajes del día, siempre hay uno a primera hora de la mañana y otro al acabar la noche, aparte de los que se van sucediendo durante el transcurso del día según lo que esté haciendo. En todos ellos siempre hay dedicatorias bonitas, mensajes preciosos, emoticonos de corazones y besos: «Bona serata luce mia. Mi hai stravolto come un tsunami Mami». «Quando torni sei sequestrata veramente». «Mi manchi tanto». «Tengo hambre de ti». [Buenas noches luz mía. Me revolviste como un tsunami. Cuando vuelvas te secuestraré de verdad. Tengo hambre de ti].

He mirado con más atención otros aeropuertos. Los más cercanos como Pisa y Génova no disponen de vuelos directos desde Barcelona. Viajo vía Florencia.

Vuelvo a la bella Italia.

Cinque Terre III

Es la última noche. Acaba de llegar Andrea de entrenar al fútbol. Yo, en ese espacio de tiempo, aproveché para hacer tranquilamente la maleta, darme una ducha y arreglarme. No habíamos hablado de los planes para la noche. Andrea me pregunta si me parece bien quedarnos en casa, comer el pollo al curri que había cocinado ayer. Trae una botella de vino en la mano. El plan me parece perfecto.

En una mesa rectangular con un mantel casero, nos sentamos el uno al lado del otro en diagonal, y como siempre, amenizados por un buen vino tinto (al final dos botellas), nos pusimos a hablar de la vida, de anécdotas, de experiencias. En algún momento nos cubría un silencio —el silencio que nos acompaña en la última noche de cada viaje—. Fue una velada de varias horas, de conversaciones variadas regadas con mucho cariño. Después de cenar me fijé en las naranjas que había encima de la mesa y me fui a buscar un cuchillo para pelarme una. Mi marinero me dijo: «¿Te la preparo?». Dije que sí.

Cortó las puntas haciendo dos redondas y luego dibujó con el cubierto los gajos que iba a pelar, y empezó a separar la piel de la naranja haciendo presión con el cuchillo para que quedara nítida, limpia. Tal vez sea difícil de entender, al empezar por este episodio, después de un viaje de seis días, por qué lo destaco. Pero, en ese momento, presencié un acto de amor. Todo en él es generosidad. La delicadeza con que cortaba la fruta y me iba preparando los gajos, las ganas de querer hacerlo bien, perfecto; el estar siempre pendiente de que me sienta cómoda, relajada, natural fue sencillamente maravilloso. Tanto que me emocioné, y mirándolo fijamente con admiración, mis ojos empezaron a brotar unas lágrimas. Y Andrea las notó, las vio, las besó. Fueron unos instantes de emociones compartidas, espectacular, y entonces mi marinero va y suelta la frase de este viaje: «Son las gracias más bonitas que me han dado nunca».

Si el momento en sí ya era emocionante, al escuchar esa frase, sentí que mi corazón se agrandaba escribiendo su nombre. Qué maravilla de persona, cuánta sensibilidad. Es sencillamente extraordinario.

Si algo me acompaña en mis estancias en ese maravilloso lugar, es calma. Siento paz. Tal y como le dije a mi hermana, es como si mi mente encontrara la armonía perfecta con mi corazón. Y en ese estado, todo es disfrute, aprecio, calor, cariño, amor.

Estoy en una barquita de madera, si saco la mano puedo tocar el mar. Jennifer, la pirata de Riomaggore, muy amiga de Andrea nos da un paseo en su barquita de tres metros y medio, preciosa. El mar está en calma, hace sol, el viento es algo frío. Empieza la travesía. Los dos juntitos en el banquito de madera y Jenny en la proa, manejando con soltura el motor de la barca. Empieza el recorrido de los pueblos de Cinque Terre, y Jenni comienza a explicar su historia, sus anécdotas. Y así es como aprendo que los colores de las casas tienen trescientos años, porque antes eran de piedra confundiéndose con las montañas para que los piratas no las divisasen desde el mar; que el pueblecito más representativo de la zona es Manarola porque aúna el mar con la

calle principal con sus casas de distintos colores y los viñedos que se siembran en las laderas de las montañas a modo de terrazas, aprovechando la pendiente, y que su nombre procede de los Mani, representativos de las primeras personas que vivieron y murieron en un Templo pagano dónde se quedaron habitando sus almas, lugar que a día de hoy es la Iglesia; aprendo que Corniglia tiene solo noventa habitantes censados, que se dividen en dos grandes familias y todos ellos fuman y fuman marihuana y poco quieren saber con el resto del mundo. Su nombre se lo deben a una sola anécdota que ha pasado en toda su historia, y es que un hombre romano llamado Cornelli cuando la visitó decidió elaborar vino y fue una cosecha espectacular, la más buena de toda la zona unos quinientos años atrás, y de ahí, por hacerle un homenaje decidieron bautizar al pueblo con el nombre de Corniglia. Y, así, relato tras relato, tres cervezas y tres amantes de la vida en el mar, pasamos una velada estupenda aterrizando en Vernazza, pueblecito conocido como la joya de las Cinque Terre, dónde acabamos Andrea y yo comiendo, como no, en Il Pirata delle 5 Terre, por recomendación de Jenni.

Aprendo, me enseñan un toque que hay que hacer con la copa después del brindis y antes de hacer el primer sorbo. Tiene el mismo significado que «salut i força al canut» cuando brindamos en Cataluña y al primer brindis en el siguiente encuentro con la mamá de Andrea y Toni, se me ocurre practicar lo aprendido Ja, ja, ja. Barbara esboza una sonrisa, está preciosa. Tiene la misma luz en los ojos que Andrea, la mirada de una persona que ama, que sabe amar. Se ríe con mi gesto de la copa. Toni transmite calma. Es menos hablador, aunque muy observador, escucha, está pendiente de todo en la cena. Y, así es como, según se explican sucesos por los diferentes comensales, Toni va aportando fotografías de archivo de Andrea Ja, ja, ja. Imágenes tremendas. Cena entrañable. Luego seguimos la noche con los amigos. Y se sumaron otras noches con ellos de copas, cigarros y otros, música en casa, compartir.

Y en ese compartir salen planes y así es como surgió el ir a un restaurante del interior Ca Bernardi en el pueblo de Aulla el domingo para comer con Ori, Silvia y nosotros dos. En el aperitivo se liaron un porro. Al principio decidí no fumar, pero al ver que aparte del hándicap del idioma tendría el de no pillar el buen rollo que produce fumar, decidí que al segundo sí que lo probaba pensando que no solo podría sumarme con el mismo buen humor, sino que tal vez entendiese mejor el italiano Ja, ja, ja. La comida fue muy divertida. Me encanta la complicidad de amigos que existe entre Ori y Andrea. Y, después a recoger al bosque castañas. Sisi, castañas, muchas castañas. Y, de ahí a la barbacoa en casa de otro amigo Davida, con su mujer y su hija (una preciosidad de niña) y el «set ciències alias el fenómeno» de Daniel, que trabaja con Andrea y es un personaje que siempre sonríe. Noche muy agradable.

Lo estaba esperando, como si fuese un ritual. Quería salir en el barquito del papi de Andrea. Nos vamos a navegar y a pescar. El mar está lindo, la luz ideal. Estoy feliz. Tengo, sigo con quince años. No logramos pescar nada y, aun así, fue una tarde perfecta. Mi marinero, yo, y el mar. Menuda combinación. Ya le dije a Pol: «He conocido a una persona y la quiero seguir conociendo», y eso es precisamente lo que estamos haciendo. Cada día él sabe más de mí y yo de él, y creo que todo nos gusta. Pero, no obedece a esa etapa de que todo al principio te gusta, sino a la conciencia de que todo lo que observas del otro es simplemente auténtico. Al mirar las fotografías de esa tarde en el barco, en que voy vestida toda de azul cielo, siento que formo parte de ese entorno, perfectamente integrada. Estoy radiante.

Es martes y hoy ha hecho una reserva Andrea, en una especie de Hotel llamado Trentcareghe con vistas al mar pasado el pueblo de Lerici. Sitio muy agradable. Probamos el menú de degustación (buenísimo). La velada transcurre, como todas, ideal. El lugar, el local, el trayecto en escúter por una carretera que te permite respirar mar hacen que un martes se convierta en un día singular. Seguimos. Le pido pararnos en un mirador que he visto en el camino, pero me comenta que quiere llevarme a Tellaro. Pueblecito de calles muy estrechas y después de un pequeño paseo y algunas fotografías viene la vista, que no era solo vista, era música. ¡¡¡Guau!!! Yo, quiero estar aquí los martes, pienso. Muchos martes. Me abrazo con Andrea, en esos abrazos que quieres que se detenga el tiempo. Observo a una pareja con unas hamacas que igual han sacado de su casa, acompañados de un libro y expuestos al sol. Igual siguen esa rutina todas las tardes y vuelvo a pensar, qué personas tan afortunadas, qué calidad de vida. Yo quiero esto. Quiero esto. Abrazar la vida cada día.

No habíamos hecho ninguna noche de apartamento, así que hoy Andrea va a cocinar para mí. Él se encarga de todo. Va al supermercado. Trae la compra de comida y el vino. Pollo al curri, es el menú. Ya duchada me adentro en la cocina. Solo tengo que sentarme en la mesa, servir vino en dos copas y hacerle compañía a Andrea mientras cocina. Siempre he deseado esa compañía mientras yo cocinaba. Así que valoro todo muchísimo. El hecho de que Andrea cocine y el que yo esté a su lado, acompañándolo. Mientras pongo la mesa observo como sirve los platos, como coloca el arroz haciendo una base redonda y luego le añada el pollo al curri. Intenta que las dos raciones tengan la misma medida. Coge una servilleta y limpia los bordes del plato que al servirlos se han manchado y los presenta en la mesa. La cena le queda buenísima. La velada es, como de costumbre, sencillamente auténtica, maravillosa. Cómo le brillan los ojos a Andrea cuando me mira. Es fascinante cómo le iluminan la cara. Tienen luz propia. Hace que me sienta como en el cielo. Hacen sentirme su estrella.

En el aeropuerto de Florencia al aterrizar recibo un ramo de tres rosas. Esta vez de color negro, preciosas. Vienen acompañadas de un sobre «x Cri». Lo abro: «Per un amore che non si racconta nelle favole, bensí nella realtá» [Por un amor que no te explican en los cuentos, sino que es real]. Tu marinero y dibujado un corazón y debajo con una fotografía de los dos, tomada desde el Castillo de Lerici. Nada es casual. La fotografía es de las más bonitas que tenemos juntos. El mensaje del texto está pensado en cada palabra y en su conjunto. El papel de pergamino en el que lo ha escrito, encargado a Cristian, un amigo suyo que trabaja en Milán con este tipo de papel para editar obras especiales. Observo en segundos como ha mimado cada detalle. Lógicamente mi cara ya dibuja una sonrisa que me acompañará en todo el viaje. Ponemos rumbo hacia Bosoni en Luni, una masía-cava de vinos que hacen degustación. No podemos quedarnos a comer porque está llena, pero hacemos una degustación de vinos tintos, elegimos el vino que más nos ha gustado y nos adentramos en un patio interior muy agradable rodeado de árboles y flores, a tomarlo, a reírnos, a hablar, a compartir, a seguir nuestra especial aventura. Estamos juntos.

Y, el estar juntos nos hace sentirnos contentos, felices, alegres y libres. Tal vez sea desde esa libertad que tenga la naturalidad para expresar mis emociones, sonrisas y mis sentidas lágrimas.

Cri (14/10/2021)

Entre el tercer y el cuarto viaje a Italia

Llego a Barcelona. Coloco la rosa negra, en lo que es ya la caja de las rosas, y debajo la preciosa fotografía (¡qué luz!). Diane Arbus, gran fotógrafa, afirmaba que « una fotografía es un secreto de un secreto. Cuanto más te cuenta menos sabes». Su compañera de estudio Nill Selkrk la clasificaba como una antropóloga social cuya máxima ambición era el conocimiento. Siempre explotaba la condición humana con personajes al límite, límite que tal vez ella traspasó, ya que nos abandonó por suicidio en 1971, con tan solo cuarenta y ocho años de edad. Definía a sus fotografías como un recuerdo de sus experiencias compartidas con esas personas. Comulgo con esa definición. Narran que sin seguir ninguna agenda política ni ser producto de ningún movimiento de la época, tan solo guiada por las reglas que ella misma había considerado como importantes, su obra es considerada como una obra social. Siempre he pensado que la generosidad no es tanto dar parte de lo que uno tiene como en compartir lo que uno es, por eso creo que uno de los mejores actos de generosidad es el compartir el conocimiento. Tal y como afirmaba Lucio Anneo Seneca: «La recompensa de un buen trabajo es haberlo hecho», simple y majestuosamente esa, haberlo hecho.

Me veo enseguida con Máxima. Quiero saber cómo le ha ido su puente de la Hispanidad en Roda de Barà. Ha estado en casa de su amiga Ari, que es la hija de mi última relación con la que entabló y conserva una profunda y preciosa amistad. Me explica que han ido en la barquita, practicado esquí acuático dos días y siente que ha mejorado mucho, que el agua del mar no estaba nada fría, sus cenas, paseos. Me enseña los TikToks que se ha grabado con Ari, me narra sus conversaciones, paseos por el camino de ronda, anécdotas, momentos que destaca como muy divertidos y al acabar enseguida me dice: «I, tú Mami qué tal per Itàlia, que tal amb Andrea? Explica'm, explica'm». Qué monada de niña tengo, por favor. Qué bonita es, por fuera y sobre todo por dentro. Le hago un resumen del Cinque Terra III. En su cara se dibuja una enorme sonrisa. Siento que está feliz por mí.

Recibo mensaje de Pol: «Mami, ya me explicarás tanta Italia…». «¡¡¡Polete!!! —le contesto—, te he propuesto dos cenas mano a mano para contarte y no hemos podido coincidir. No quiero enviarte mensajes sobre Italia, quiero estar contigo y conversar. Solo decirte, tal y como le dije a la Puchi, que en mi primer viaje con mis amigas a Italia conocí una persona muy especial y quiero, queremos los dos seguir conociéndonos».

Con Pol será otro diálogo. No tan solo porque tiene otra edad, veinticinco, sino porque su personalidad es distinta. Pol es más reservado y una persona muy sensible. Es leal y noble. En un primer momento, es más reticente a que le cambien cosas, a la entrada de nuevas personas en mi vida, y, por ende, en la suya. En cambio, una vez entran las hace suyas y las quiere a lo grande, como le digo yo, Pol quiere a lo grande, por eso siente mucho cuando ama y también tiene gran dolor ante las pérdidas.

Cuando escucho conversaciones, ya sea en el entorno profesional o personal de padres que

comentan que no entienden por qué un hijo se comporta de una determinada manera, cuando el hermano lo hace de otra totalmente distinta, si ellos los han tratado a ambos por igual, siempre alego una reflexión en voz alta: «Te has planteado que, igual, el error es ese. Porque los tratas igual si cada uno es diferente, si sienten y tienen necesidades completamente distintas, si sus rasgos de personalidad no tienen nada que ver del uno con el otro."

Pol conoce la existencia de mis cartas, diciembres, escritos en mi trayectoria vital y él hace tiempo que esa forma de transmitir la ha incorporado como medio de comunicación para enviar mensajes de amor a sus amigos, a su entorno familiar, a distintas personas que quiere. Más de una vez, cuando alguien me preguntaba qué quería por un cumpleaños, le contestaba una carta. Escríbeme una carta. Me haría tremenda ilusión.

Hace unos años, en el 2018, recibí este mensaje de Pol:

A LA MEJOR

Justo acabo de recibir una llamada de mi madre diciéndome que ha ganado un caso en el que llevaba más de ocho años trabajando. Uno de los casos más difíciles de su vida. Un caso que ha pasado por todos los órganos judiciales posibles. Un caso en el que las influencias lo han puesto casi imposible, pero para eso está mi madre, para ganar a todo el mundo y hacer feliz a una persona que en su primer día fue al despacho como clienta y que después de un largo tiempo sale de él con una bonita amistad bajo el brazo.

Normalmente, se dice de lo orgullosas que están las madres de sus hijos, pero pocas veces se comenta de lo orgullosos que están los hijos de sus madres. Siento orgullo, admiración, cariño y un sinfín de sentimientos; solo le puedo decir gracias a la vida por haberme dado a la madre que tengo. Así que, mami, gracias por todo lo que haces por tus hijos, gracias por ser como eres y, sobre todo, gracias por hacernos felices.

Eres la mujer de mi vida. Te quiero. Tu hijo Pol.

Y, en el 2012, recibí este maravilloso regalo:

MAMA

Mama, «moltes felicitats de part meva. Jo crec que ets una de les millors mares del món. No dic la primera o la segona, però sí la tercera o la quarta».

Esta carta de felicitación te la puse hace unos cuantos años, cuando aún estabas con el Xesco y Max ni había nacido. Han pasado muchas cosas desde aquella carta, momentos tristes (la muerte de tu papi, del abueliño, el tema de Carlos…) que perduraran en la cabeza de la familia, pero

también hay momentos más felices que en estos cuarenta y cinco años que cumples, son los que realmente han de aparecer día a día, para que estén encima de los malos momentos, que hoy en día por desgracia son muchos.

Dejando de banda este tema, para mí eres una persona guapa, inteligente, con cultura y un saber estar que no lo tiene todo el mundo, pero, sobre todo, eres especial para mí. No porque seas mi madre, sino porque eres una persona que, aunque no esté de humor algunos días por cosas externas, hace todo lo posible porque yo, tu hijo, tenga una sonrisa en la cara, una ropa con que vestirse y un plato encima de la mesa y, porque no, una escapadita de vez en cuando.

Creo y te lo digo de corazón que ningún niño del planeta tiene una madre como la que tengo yo, y de eso estoy muy orgulloso y hasta podría presumir. Tú eres mi vida, y la que me trajo al mundo. En este preciso instante a las 20:55 eres la 1.ª o 2.ª mejor madre del mundo mundial, y espero que lo tengas presente.

«Testimo fins a l'infinit i més enllà del univers», recuérdalo, aunque ahora ya no te lo diga…

POL 19/12/12

Cuando Pol tuvo conciencia de que su mami, defendía los intereses de sus clientes en el juzgado, desde su concepción infantil, siempre que regresaba de un juicio, me preguntaba: «¿Mami, has quedado primera?» (Ja, ja, ja). A partir de ahí empezamos a hacer broma de si como mami, sería la primera o la segunda mami mejor del mundo. De ahí su juego de palabras en su carta. El sentido del humor también se hereda. Es importante tenerlo en cuenta.

Cómo no puede ser de otra manera, Pol tiene cartas mías. Hay tres a las que le tengo un especial cariño. La primera es una especie de poesía que le escribí cuando nació; la segunda, en un día cualquiera, y, la tercera, es una dedicatoria que le envié después de asistir a su graduación universitaria (primera promoción de Ciencias gastronómicas y Artes culinarias).

¡Qué bonito y que grande es ser madre!

Es, sin duda, el tesoro más valioso de toda la humanidad y, tal vez, sea la historia de amor más pura que como mujer pueda explicar jamás.

En ella se encierra misterio, cariño, ternura y un sinfín de sentimientos que son muy difíciles de expresar y que se escapan a los hombres, sea cual sea su inmensidad, dado que, la naturaleza nos brindó a nosotras esta maravillosa oportunidad de aventajarlos en nueve meses que son imposibles de recuperar.

Se alimenta, crece, siente y se mueve dentro de ti y el primer día de su vida es el momento más mágico y dulce que como mujer puedes llegar a sentir. A partir de ahí cada día es una fiesta, cada expresión de su cara, cada gesto y cada palabra lo son todo para ti. Y, pasan los días y las

semanas y no le pides nada, tan solo te embarga el deseo y la esperanza que crezca sano y en un mundo feliz.

Acaso existe amor más puro que el narrado ahora aquí en el que una mujer da cobijo, abriga, cuida, alimenta y es incluso capaz de morir. Pensar que un día mi madre pudo sentir lo mismo hacia mí, me hace sentirme orgullosa y agradecida por haber podido con ella compartir este sentimiento, tan profundo y grande, que es gestar y dar a luz un hijo que en cierto modo te arranca, te arrastra y se lleva parte de ti.

Disfruté en cada instante en que tu Pol formaste parte de mí. Utilice el gesto, la palabra, la mirada y cualquier otro medio para hacerte saber que era la mujer más feliz. Una vez un poeta dijo: «Los hijos cuando nacen no son tus hijos, son los hijos de la vida» y es verdad, pero el poeta se olvidó de decir que cuando los hijos nacen como mujer y como madre los sigues y seguirás llevando siempre dentro de ti.

A mi hijo Pol, que el primer día de su vida

logró que fuese el más feliz de la mía.

Cristina (17/04/1996)

¡Tienes un perfil tan bonito!, tus largas pestañas cuando abres los ojos parece que quieran tocar el cielo. Manitas pequeñas, ojazos casi negros, cuerpo menudo pero atlético, carita expresiva, cabellera rebelde. Te describo por qué ya eres una personita y un personaje, y yo viéndolo.

Tremenda satisfacción me invade por tenerte, disfrutarte, quererte, convivir contigo.

Son incontables las veces que tus abrazos al llegar a casa me han servido de motor, de consuelo, de alegría, de ganas de vivir. Son innumerables las imágenes que tengo tuyas almacenadas en mi mente. Son infinitos los múltiples sentimientos que tengo hacia ti y que se amontonan en mi alma y en mi corazón.

Te quiero en mayúsculas Pol, te quiero a lo grande, a lo bestia, a lo tremendo, a lo desmesurado, a lo desproporcionado. Te quiero desde la primera décima de segundo que supe que formabas parte de mí, y es tanto el amor que siento por ti que incluso creo que te quiero desde antes, desde que yo nací.

Quería escribirte unas palabras para cuando cumplieses tus primeros diez años, pero no quiero dejar para mañana lo que sé que siento hoy.

¡Te siento tanto!, te siento cada día, en cada conversación, en cada enfado, en cada abrazo, en cada llamada, en cada encuentro. Y ahora te siento dentro y fuera de mí

Tengo grabada en mi corazón la redacción que me dedicaste el otro día y me sigo emocionando cada vez que me llamas la atención para ver una puesta de sol o para que miremos juntos la luna

llena. Recordar tu dedicatoria de «Mamá te quiero hasta el infinito y más allá del universo» no tiene parangón con ninguna otra y sigo pensando que el primer día de tu vida lograste que fuese el más feliz de la mía.

A mi hijo Pol en agradecimiento por nueve años de felicidad compartida.

Cristina (2005)

Al licenciado

Después de asistir a tu graduación, envié las fotografías del acto al chat familiar. Todos te enviaban sus más sinceras felicitaciones. Tal y como las iba recibiendo, pensé en qué consejos darte para una nueva etapa, ya acabada la carrera, si me pedías opinión. Al mismo tiempo, en cada mensaje que recibía mi mente, viajaba a tu infancia, a aquel niño con barriguita de bebé que siempre estaba con una pelota de fútbol y preguntando que había para comer y cuando estaba comiendo, preguntando qué había para cenar. A aquel enano que, a los pocos, años de edad, me pidió hacer de pinche en la cocina de casa, no poder ir sin él a hacer la compra al mercado, y que leía con tremenda atención la carta de cada restaurante dónde se le llevaba sabiendo cual era el plato estrella de cada uno de ellos. Un niño que creció con dos pasiones muy definidas, el fútbol y el arte culinario, y que cada tarde, cuando llegaba a casa después del colegio lo primero que hacía era abrir la nevera, llamarme y explicarme qué podía hacer para cenar.

Así que, aunque aún no me la hayas pedido, ahí va:

Siempre vas a desarrollarte profesionalmente con dos herramientas imprescindibles: el conocimiento y la personalidad. No descuides ninguna. Trabaja con las dos. La combinación de ambas será lo que te haga diferente del resto, único. Tú valor añadido.

Por un lado, la carrera de artes culinarias es simplemente la base de un trampolín que te llevará hacia dónde tú quieras llegar. Ahora tienes una formación general sólida que tendrás que ir complementando continuamente con curiosidad, dedicación, inquietud y otros muchos y diversos conocimientos. Nunca se deja de crecer en una profesión, por muchos años que lleves ejerciendo.

Por otro lado, tu forma de ser, de actuar, irán dibujando tu perfil profesional. Te irán dotando de criterios y valores que aplicarás directamente al campo profesional. Y, ahí es dónde diviso a un

triunfador

.

Eres una persona muy noble y leal. Es muy difícil que tú falles a los tuyos. Quieres a lo grande. Te encanta formar equipo -en eso la práctica del fútbol se refleja- viajar, conocer nuevos lugares, colores, olores, gastronomías, formas de vida. Te has formado en la cultura del esfuerzo. Desde bien pequeño has tenido que pactar contigo mismo el tiempo de dedicación necesaria que requería aprobar cada curso, cada etapa. Eres muy consciente de tus habilidades y debilidades, y

las conjugas en busca de un objetivo. Este aspecto es buenísimo. No sabes cuánta gente se queda en el camino por rendirse a la primera, por no tolerar la frustración. Tienes mucha fuerza interior y buen orgullo. El Papi y yo valoramos muchísimo tu dedicación, entrega y esfuerzo. Y sé con certeza que Xesco y Manel en la medida que te han acompañado en tu vida, también.

Así que Pol muerde la vida. Disfruta de cada instante familiar, comparte con los amigos, ama a las mujeres con quién estés. No pares de viajar, experimentar, investigar, descubrir. Cree en ti más que nadie. Por muchos reveses que vengan, afróntalos. Siéntete afortunado siempre. Sigue formándote y trabaja con pasión. No tengas prisa por tener una buena remuneración, esta vendrá a buen seguro en recompensa de tu valor.

Y, no dejes de ser ese niño soñador. Ya ves, he asistido a la graduación de uno de tus sueños. Y se, que esto no es más que el principio de una trayectoria repleta de éxito.

¡ENHORABUENA, POLETE, ERES UN ORGULLO!

(Mami 19/06/2018)

Solo llegar a Barcelona ya estoy mirando el calendario. Viene otra festividad por el Día de Todos los Santos, otro fin de semana largo. Así que pienso que sería otra vez posible organizarme para un nuevo viaje.

El Papi de Máxima me comenta si puedo tenerla quince días seguidos porque quiere irse a Menorca a hacer unas fotografías inspiradoras de posibles cuadros. Quiere probar, al estar sin trabajo, si puede tener ingresos por dicha actividad. Xesco es un artista. Pinta y escribe muy bien. Explotar esa faceta artística ya se la había propuesto hace tiempo. Parece que ahora me está escuchando. Por supuesto, le digo que adelante. Entonces, pienso que en la compensación de esos días puedo juntarlos con la festividad. Miro la agenda del despacho, coordino reuniones virtuales, selecciono los expedientes que me quiero llevar y decido que me voy a ir diez días. Esta vez, me llevo el ordenador. Voy a teletrabajar. Quiero saber si me siento cómoda conjugando mi trabajo con mis estancias con Andrea. Se lo comunico. Estamos los dos, otra vez, contando los días.

Estoy cenando con mi hermano Carlos, un mano a mano. Máxima se queda a cenar y a dormir en casa de una amiga y al recibir llamada de mi hermano, entre risas, bromas y planes, hemos ideado que bajo a Barcelona a cenar y luego nos vamos a Luz de Gas, que acaba de abrir tras la reapertura del ocio nocturno por el COVID-19.

La historia de mi relación con mi hermano Carlos daría para escribir su propio libro. Puedo aportar que es el hermano (somos siete) con el que tengo más afinidad, podríamos ser perfectamente gemelos, a pesar de que nos llevemos siete años, de edad. Con él he compartido viajes, fiestas, salidas, situaciones personales críticas y otras alegres. En muchos momentos su vida ha ido por unos caminos incompatibles con nuestra relación, y es por ello por lo que, desde el 2017, llevaba varios años sin mantener contacto alguno, hasta que su enfermedad de cáncer

nos volvió a unir. En ese momento y ante una tercera intervención de cierto riesgo, publiqué en Instagram una fotografía en la que estábamos juntos en una playa de Brasil, en el archipiélago de Fernando de Noroña, por el año 2005, con el texto siguiente:

6, 7 u 8… No sé cuántas vidas ya has quemado en las que tus hábitos, comportamientos y conductas abrazaban la muerte a diario

Insalvables diferencias en tus vidas anteriores nos han separado, aunque en todas ellas he intentado ayudarte a canalizar tu energía hacia otro lado, pero siempre salía triunfador el lado oscuro del ser humano.

Ahora es la muerte quien intenta abrazarte con un diagnóstico duro de encajar: metástasis de cáncer avanzado

Mis hermanas te desean curación. Mi deseo es que en esta vida que llevas de regalo por fin agrandes tu corazón: que se marchen los demonios, la ira, la ansiedad y se llene de amor, gratitud y humildad. Que tu sanación vaya por dentro y en el tiempo que te quede, sea el que sea, tomes consciencia que la vida es bella. Me gustaría que encontraras tu canción, aquella que nos identifica a cada uno según cuentan en una tribu africana. La que cuando la escuchas te sirve tanto para recobrar tu identidad si te hayas perdido, como para sentir orgullo por las gestas importantes. Sé que es posible porque en el ADN llevas impreso las inmensas enseñanzas de nuestra madre: no juzgar ni prejuzgar, aceptar la diversidad, el perdón y la compasión, apoyar y proteger al más débil, potenciar al más fuerte, conciliar y amar de forma incondicional. No en vano, todos sus hijos sentimos hacia ella que es única y es la primera, es nuestra bandera.

Hace poco caí en la percepción de porque, de entre todos los hermanos, existe entre nosotros tremenda conexión, más propia de los que han compartido cordón umbilical en la gestación, y es que las iniciales de ambos son COR. Busca ahí Carlos la fuerza y ya verás cuanto de maravillosa es la vida, cuando se vive desde el amor.

Tal vez, podamos hacer otro viaje y compartir entrañables momentos como los que refleja esta fotografía de Brasil 2005.

En pocos días afrontarás la tercera intervención. Te envió una dosis inmensa de energía bonita y mucha fuerza hermano. Ten presente, que la valentía nada tiene que ver con no tener miedos, sino con enfrentarlos.

Te quiero. Por mi forma de entender el amor y la vida, este sentimiento es simplemente inevitable. ¡Vaya putada¡ Je, je, je.

P. D.: Nos vemos pronto, y sin que se lo digas a nuestras hermanas, nos fumamos un puro, arropados con un whisky y nos reímos como hemos hecho tantas y tantas veces hasta el amanecer…

Cristina (17/05/2020)

La cena transcurre de forma muy amena, agradable, afectuosa. Los dos intercambiamos comentarios con una camarera muy atenta y simpática que nos atiende. Entre risas y bromas nos explica que es sueca, tiene veinte años y trabaja para pagarse sus estudios. Observo, de una manera más pormenorizada, el poder de atracción de mi hermano. No tiene nada que ver con su físico. Es su actitud, lo que transmite, lo que a la joven chica le llama la atención, dejándose conquistar mientras nos va sirviendo con una enorme sonrisa y viniendo a visitarnos a la mesa con cualquier pretexto. Entre hermanos, hablamos de diferentes temas e introduce la figura de Andrea. Me pregunta sobre si no observo la diferencia de edad. Enseguida me viene la fábula, el cuento brasileño de «El pescador y empresario» y se la enuncio, pero me dice que no la conoce. Se la narro.

Carlos se queda expectante y en silencio esperando mi mensaje después de escuchar el cuento. “Hace ya muchos años que intento estructurar mi mundo profesional de una forma que me permita disponer de más tiempo libre. Ello es producto de haber dedicado muchísimas horas a mi formación y al ejercicio de la profesión y ser consciente que en el reloj de la vida la esfera profesional solo es una parte y desde luego, no lo más importante. Ahora, en este momento de mi vida, estoy en la búsqueda de lo simple, lo sencillo, del tiempo, del contacto con la naturaleza, el compartir con mis seres queridos; y, al otro lado, me he encontrado con un marinero que podría ser ese pescador, cuya máxima ambición es estar siempre en contacto con el mar, la naturaleza y disponer de tiempo bastante para disfrutarlo con los que ama. Es como si nos hubiésemos encontrado dos almas cuya única intención es tener abierto el corazón sin ningún tipo de prejuicio mental ni juicios de valor y con la sapiencia, uno por la experiencia y el otro por la intuición de que lo más valioso es poseer tiempo para poder disfrutar de la vida.” Cena, bar de copas, Luz de Gas y Costa Breve. Esa fue nuestra ruta nocturna. Ahí es nada. Si no estuve bailando seis horas, no fue ninguna. Llego a las 8.00 de la mañana, cual quinceañera, claro está.

Es viernes. Estoy en casa con la Puchi viendo una película seleccionada en Netflix. Me siento contenta, disfrutando de mis momentos de sofá con ella. Sabía que Andrea había quedado para salir con unos amigos. Son más de las 23h. Empiezo a recibir mensajes de Andrea sin mucho sentido. Es como, si tuviese miedo de que yo pudiese fijarme en otros hombres. Me da a entender que, igual, él no está a mi altura. Le envío mensajes bonitos. No se calma, sigue insistiendo. Pongo templanza en mis nuevos mensajes. Hacia las 4.00h a. m., me envía un WhatsApp de disculpas. En ese momento, no le doy importancia a los mensajes recibidos de Andrea. Considero que absolutamente todos podemos tener un mal día, una mala noche; que nos vengan a visitar fantasmas y, por lo que sea, en vez de quitárnoslos de la cabeza, los amplificamos. Sin embargo, a los dos días, los fantasmas me vienen a visitar a mí. Empiezo a pensar si detrás de ese comportamiento hay algo más. Nada de ello me cuadra. Es más, en el viaje anterior hablando sobre las relaciones personales en los que los dos afirmábamos formas de funcionar desde el respeto, la seguridad personal y la autoestima, incluso Andrea me propuso que definiéramos conceptos sobre las relaciones personales, y así sabríamos si pensábamos igual, hecho este que me pareció absolutamente brillante, de cara a evitar problemas de interpretación. Aún, así y aunque nada me cuadraba más que mi primer pensamiento —de ser una mala noche— empiezo a

enviar mensajes a Andrea, sembrando semillas de dudas, marcando cierta distancia. Mi marinero entra en pánico. Ahora es él el que no entiende la desproporción respecto al hecho.

Estoy por la noche al siguiente sábado con la Puchi en otro rato de sofá después de haber cenado. Y, mis dos amigas más íntimas del grupo de Pineda de Mar (desde la infancia) me envían una fotografía haciéndome saber que están con sus parejas de cenita en casa de una de ellas en Sant Pol de Mar. Me preguntan por mi vida y les digo que estoy teniendo un romance con un italiano, con mi marinero, y acto seguido les envío el Cinco Terre I y II.

Al día siguiente, Montse me escribe con corazones infinitos un mensaje de «Cristina, quiero más, quiero más». Y Mari Gel me escribe un mensaje precioso. (A ella le dediqué el «Vivan los novios»). Me habla de la película Come, reza, ama, y sobre la palabra que le encanta de attraversiamo (‘crucemos’) y el significado de lo potente que se convierte esa palabra durante la película. Me dice: «Desde que vi la película por primera vez, cuando arriesgo o alguien arriesga por algo positivo, algo que da vértigo, pero que ilusiona, siempre me viene a la cabeza esa palabra —attraversiamo— y ayer con tus textos preciosos la volvía a recordar —sí, que maravilla Cris—. El marco además es inigualable, ¡la bella Italia, que tiene una luz, un olor, un sonido especial, el romanticismo se respira en cada esquina¡». Ella, cree que la he visto. Le contesto, que, no sé qué película es y que ya me ha inspirado los planes de domingo tarde.

Veo la película, y entiendo que lo que me ha pasado con Andrea son mis propios miedos. Miedo a permitirme a amar a una persona tan joven. Y, que he utilizado su mal viernes, para escudarme. Le envío, un mensaje a Mari Gel de agradecimiento. Me dice, que lleva días en que esta película se le colaba en sus pensamientos y no sabía por qué, y ahora ya lo ha entendido —me la tenía que recomendar—. Me recuerda que: «Las almas no tienen edad, raza ni sexo. Son libres y siempre se encuentran. Que las cosas llegan cuando tienen que llegar y las personas que están en nuestra vida siempre están por algo y aparecen cuando tienen que aparecer y se van cuando tienen que irse. Así es la ley del universo a la, que pocas veces escuchamos y que nos dice tanto… a veces con amor y alegrías, otras con tristeza y dolor, pero siempre con un mensaje alto y claro». Esa misma mañana, antes de recibir el mensaje de Mari Gel, había tomado la decisión de escribir un libro. Y, su mensaje era respecto a las lecturas de mis cartas «que bonito escribes niña, pero más bonito sientes». Menuda conexión. Es brutal. Decido que es la elegida para hacer el prólogo de mi libro que se llamará Cartas a mi marinero. En ese instante recuerdo los mensajes de mi hermana Conchita. Con ella estoy compartiendo mis primeros escritos de Cinco Terre. «Cristina, qué aventura tan bonita. Después de tantas experiencias en tu vida, cuando te pasa esto, vives el momento con más intensidad. Quién te lo iba a decir… Con tu relato una se transporta a ese lugar maravilloso, es como vivir un sueño». Se afianza en mí la idea de escribir. Relatar una historia de amor real, sabiendo que la realidad siempre supera la ficción. Algo que siempre he constatado en el despacho, pero lamentablemente para conocer sobre las realidades de las miserias del ser humano y muy poco sus bondades, por lo que creo que, al faltar amor en el mundo, compartir una historia, mi historia de amor, podría abrir a más de un corazón que se haya cerrado e igual, inspirar ilusión para que a uno le sucedan cosas bonitas y vibrar en esa frecuencia.

Cambio mi percepción, destierro mis miedos y empiezo a escribirme con Andrea desde nuestros

códigos. Noto que se le está pasando el pánico. Nos quedan tres días para vernos y los dos nos morimos de ganas. Ganas de estar juntos y mirarnos a los ojos, encontrarnos. Estoy feliz, preparando mi nuevo viaje.

Vuelvo a la bella Italia.

Cinque Terre IV

Es lunes y es un clásico Día de Todos los Santos, siendo festivo ir a comer a Cá Bernadi, aunque esta vez no iremos después a recoger castañas. El día es bastante lluvioso. Somos trece, dos chicas, once chicos y yo. Hacemos el aperitivo previo. El ambiente es distendido, agradable y muy alegre. Me doy cuenta, que, cada vez entiendo más el italiano, por lo que pillo más las bromas que los amigos de Andrea se hacen entre ellos. Muchas palabras las entiendo por la similitud que hay del catalán con el italiano, incluso más cuando hablan el dialecto de aquí, el espezzino.

Entre platos salgo a fumar un cigarro. Sé que hay dos o tres comensales que están fuera haciendo el mismo menester. Andrea se queda sentado con Ori que está a su lado. Al regreso noto muchísimas risas. Andrea me explica que aún no estaba saliendo por la puerta y Alessia (Ale, la llaman) que estaba sentada enfrente de él, le ha preguntado si yo era su mujer, que dónde me había conocido y antes de que Andrea respondiese, Ori le dice: «no, no es su mujer, son compañeros de clase, del colegio». Cuando me lo explica mi marinero me entra un ataque de risa de aquellos que no puedes detener ni controlar y contagian a los demás. Fue un momento muy divertido. De hecho, la comida fue divertidísima. Creo que salimos sobre las 18.30 del restaurante, del cual me despedí de Ale con un emotivo y tierno beso.

De ahí nos fuimos al yate dónde trabaja Andrea, no sin antes acompañar a los amigos al punto de encuentro dónde habían dejado previamente su coche para ir con el nuestro. Nos acompañaban Ori, su primo Mikli y Alex. Se la tenía que devolver a Ori, así que le planteo delante de los acompañantes que me tiene que hacer un favor, llevarme al sexshop más bueno de la Spezia porque le quiero hacer un regalo especial a Andrea. Las carcajadas se suceden unas detrás de otras en el coche. Si algo me impulsa a conocer el idioma italiano es poder interactuar con la gente, el tener la capacidad de hacer las mismas bromas y aportar sentido del humor en cualquier conversación, anécdota, tal y como hago constantemente con mi entorno en Barcelona, a los cuales siempre les motivo sonrisas y muchas risas.

Habíamos cogido una muda para pasar la noche allí. Andrea tenía que trabajar al día siguiente y yo también había puesto el ordenador junto a mi muda para teletrabajar desde el barco. Empiezo mi jornada de trabajo al día siguiente sobre las 8.30. Estoy en el salón con vistas al puerto. Mejor marco, imposible. Hace viento. El sol se asoma y se esconde entre nubes que amenazan lluvia. Trabajo tranquila, relajada, concentrada. Cuando quiero hacer un descanso, salgo por la borda a contemplar el paisaje mientras me fumo un cigarro. Tengo la sensación, que me puedo amoldar a cualquier escenario, lugar, y que ello no depende del apego a mi ciudad, sino de que esté bien, emocionalmente bien. Mi marinero me viene a hacer visitas, a preguntarme si todo va bien. A media mañana me prepara un bikini a la italiana buenísimo. Esa noche hemos quedado con la Mamá de Andrea y Toni para ir a cenar.

Barbara quería reservar en uno de los restaurantes más buenos de la Spezia, Petronilla, pero

estaba cerrado. Fuimos a I Contadini. Traen a Penélope, que es la perrita que tiene en casa y se llevan a todos los sitios. Los platos del entrante de la cena están buenísimos y son muy abundantes (cazuelitas de pulpitos con guisantes, anchoas con escalivada, boquerones, gambitas en salsa rosa, pulpo con ensalada de mar, una especie de brandada de bacalao, y uno cinco o seis platos más), como si la noche fuese de tapear y compartir, pero aún nos quedaba un plato principal de pasta y de segundo, una fritura de pescado a compartir con otro de carnes, postres, café y limoncello. ¡¡¡Mama mía!!! Descubro que Toni tiene un sentido del humor muy sutil, que denota ser una persona muy inteligente y a la par sensible. Barbara, no puede evitar transmitir la tremenda devoción que procesa a su hijo. Tomo conciencia de que Andrea es el que maneja la cena (siempre maneja todas las situaciones), el que introduce temas de conversación, controla los silencios, los ritmos de la velada, me da entrada y me va traduciendo algunas expresiones o vivencias que se están explicando y que él piensa que igual no estoy comprendiendo en toda su extensión. Llegado el segundo plato, Andrea comenta Cri va a escribir un libro. Miro a Barbara y le digo, esto me gustaría explicártelo yo, y que sea Andrea el que te traduzca si hay algo que no se entiende.

Cada vez que regreso a Barcelona le escribo una carta a tu hijo. He caído en el detalle que llevo toda mi vida escribiendo cartas, escritos, poesías, cuadernos y que cuando las comparto, la gente se emociona. Incluso cuando me han publicado artículos jurídicos en los que siempre intento transmitir un mensaje humano, he recibido felicitaciones de personas que no conozco, agradecidos al mensaje transmitido. Mi entorno personal siempre me ha animado a que escriba. Tengo una clienta amiga, Mercedes, que es pintora, pinta unas flores maravillosas y de vez en cuando me envía mensajes diciendo que echa de menos mis escritos: «Tú Cristina, no es tan solo que escribas bien, es que eres escritora», me dice. Así que Barbara como falta mucho amor en este mundo, he pensado en poder aportar mi granito de arena y escribir un libro de amor publicando dentro de él las cartas a Andrea. A Barbara se le iluminan más los ojos que nunca, su mirada expresa belleza, fascinación. Creo que toma conciencia de que su hijo lo que está viviendo es una historia de amor muy auténtica, que se ha encontrado con un alma que habita en Barcelona que le está llenando el corazón. Toni hace un gesto de aprobación acompañado de mucha ternura. La cena es muy distendida, amena, agradable. Ellos se van después de cenar y nosotros nos quedamos en la terraza a tomar el segundo limoncello y seguir la noche. Antes de salir de casa para ir al restaurante, Andrea me detuvo en el pasillo para decirme «Que bella estas Cri. Esta noche ninguna mujer querrá ponerse a tu lado, porque se sentirá desfavorecida». Creo que tenía el guapo subido.

Andrea siempre me escoge los platos, pero esta vez, de plato principal, no quería raviolis al ragú, que es lo que pidieron ellos tres, sino unos espaguetis a la marinera. Cuando me trajeron mi plato, tagliolini ai batti batti, al ver que era del mismo tono que los raviolis, pensé que no me había expresado bien con Andrea y me servían lo mismo que ellos, pero con otro tipo de pasta, así que me dispuse a echar por encima el queso rallado que había en una vasija en la mesa. De repente, los tres al unísono haciendo gestos con las manos, me dicen «Nooo, Cri». Es un plato de pescado y entonces nos pusimos todos a reír por mi sacrilegio a la cocina italiana. (Ja, ja, ja).

El día anterior a la festividad, nos habían propuesto Eugenio, Ori, Gianluca, Luca y Giulia hacer senderismo. Así que bambas, ropa cómoda y hacia la montaña. Una ruta de nueve kilómetros

aproximadamente, entre ida y vuelta, por caminos de montaña hasta que al final llegas a la cumbre del Monte Rochetta con unas vistas espectaculares al Golfo dei Poeti, dónde te encuentras un tronco con una madera que hace las funciones de mesa de pícnic y así es como pasamos el día del domingo acompañados de amigos y muchos bocadillos.

Veinte horas, campo de fútbol. Es miércoles, día de mi llegada a Florencia. Andrea tiene partido con los amigos y me pregunta si quiero ir. Por supuesto que sí, le digo. Así que ahí estoy, en un banco, viendo el partido, acompañada de dos chicas, Sara y Jessica, que también han ido a verlo. Una es pareja de un compañero del fútbol, y la otra amiga suya. Me preguntan sobre Barcelona, cuantos días voy a estar, y dónde nos conocimos. Jessica me muestra fotografías de su hija de dos años. Les digo que yo tengo dos hijos. Sara me pregunta por sus edades. Les digo Máxima, de catorce, y Pol, de veinticinco. Las dos se quedan impávidas y Sara casi intentando hablar español, me pregunta que no puede ser, que lo habrá entendido mal, que entonces qué edad tengo yo. Le digo que uno más que mi hija, quince. Las carcajadas nos acompañan ya el resto del visionado del encuentro. Nos intercambiamos contactos de Instagram. Al finalizar el partido, cenamos un grupito en el restaurante del Club. Ya conozco a más amigos de Andrea. Mi marinero se excusa en el aeropuerto al venirme a recoger tarde y por no poderme traer rosas, debido a un contratiempo que ha tenido en el trabajo. En ese momento pienso, que el viernes recibiré algún detalle. No sé por qué pienso en el viernes y tampoco en que, tipo de detalle será. Es como una presunción. Antes de que me explique por qué llega tarde, solo verlo la imagen de Andrea me emula a un cantautor que sale al escenario por primera vez sin acompañarse de su guitarra (sin sus rosas). Está nervioso. Yo, también. Nos fundimos en un abrazo. Nuestras miradas hablan por sí solas. Estamos juntos.

En la salida a cenar al día siguiente a mi llegada, de camino con su grupo de amigos al restaurante, me fijo en una falda tipo colegiala que hay en un escaparate de una tienda de barrio en el casco viejo. Hago una mirada tipo retrovisor, inapreciable para todo el mundo. Andrea se da cuenta. En mi estancia anterior me traje una falda muy similar a cuadros de color rojo. Cuando me la puse Andrea me dijo que parecía una colegiala. Le dije que era de la Puchi, que nos intercambiábamos la ropa. Que yo no había cambiado de talla desde los quince años y tengo un vestidor con mucha ropa, alguna de hace muchísimos años y como las modas son cíclicas, la Puchi sube a mi habitación y cada día descubre una prenda que se quiere poner. Yo, también hago lo mismo con su vestuario. Es viernes, mi marinero se ha ido a ayudar a su padre con las flores, tiene una parada en el mercado principal. Se aproxima el Día de Todos los Santos y tiene muchísimo trabajo. Andrea siempre ayuda al negocio familiar cuando su padre se lo pide. En el apartamento hay wifi y trabajo cada día. A su llegada viene acompañado de una bolsa de papel adornada con un lazo. Dentro está la falda y una camiseta, el conjunto que llevaba el maniquí del escaparate en el que me fijé. Es mi talla. Así es Andrea.

El día anterior habíamos ido a comprar al supermercado. Esa noche tocaba cena en el apartamento. A media tarde, me dice que se va a duchar y luego a preparar la cena. Le planteo que nos duchemos juntos. Apago todas las luces del apartamento y enciendo dos velas muy grandes que previamente he llevado al baño. Escojo una lista de música relajante. La luz es tenue, perfecta. Espuma, agua caliente, humedad, infinidad de caricias, besos y mucho amor son nuestros acompañantes. Fue un momento maravilloso. Habíamos acordado que volvería a hacer

los espaguetis a la carbonara, el mismo plato que elaboró cuando nos invitó a las tres Marías. Mientras cocina, se asoma al salón, llama mi atención y me dibuja un corazón con las manos. El plato le queda espectacular. Después de cenar, vamos al bar Distró, nuestro bar, así lo llamo, y la noche se alarga con los amigos.

Constato que no tuve una presunción, que me conecto con Andrea mentalmente. Pienso una cosa y él la hace. Si nos vamos a tomar un café y él entra a pagar, en ese momento pienso que deberíamos pedir una botella de agua, y él sale con la botella, sin haberlo hablado. Me dice que al salir del barco va a comprar comida y viene para casa. Pienso que ese al mediodía en vez de pasta me apetecería más verdura, ensaladas. Entonces Andrea llega con dos fuentes, una de judías verdes con patatas y otra de ensalada de tomate y atún. A veces, decimos varias frases con el mismo texto al unísono.

No hay planes. Este es un viaje más largo, en el que además se ha de compaginar el trabajo de cada uno. Pacto con Andrea que una hora al día solo me hablará italiano, y así puedo ir adquiriendo vocabulario con mayor detalle. Él había estudiado español, así que cuando estamos juntos, hago de profesora para que él practique el castellano y vaya incorporando nuevo vocabulario y utilizando correctamente los tiempos verbales, que es lo que más le cuesta. Constato que el italiano es la única lengua que se verbaliza con la boca y con los gestos. Me encanta.

La semana es lluviosa. De hecho, durante dos días hay alarma amarilla por las lluvias. Andrea me plantea traer su ordenador y ver la película Titanic, que es una de sus preferidas. Le explico que fue la película de Pol preferida y fetiche durante muchos años, que la he visto muchas, muchas veces, pero nunca la he escuchado en italiano. El plan me parece ideal.

No sé si hay una forma más bonita de ver esta película. Piel con piel, rodeada por los brazos de Andrea, estirados en posición fetal los dos entre sábanas blancas y con el ordenador ladeado en el centro de la cama. Cuando hacen el amor en el coche, los protagonistas, entiendo que eso es lo que hace siempre Andrea conmigo. Su forma de acariciarme, de besarme, de recorrer mi cuerpo, de fusionarse conmigo no es solamente sexual, es amor con intimidad, delicadeza, ternura. Los maravillosos silencios de después con los cuerpos totalmente húmedos. El clima, el ambiente de inmensa calidez que genera. Su tacto al apartarme el cabello de la nuca. Es como si nos siguiésemos duchando, aunque no haya agua ni jabón. El retumbar de sus tremendos latidos del corazón. Su mirada, la luz de sus ojos, el brillo que desprenden en consonancia con una eterna sonrisa conforma una imagen que se ha grabado en mi mente y en mi corazón. ¡Qué forma más bonita de hacer el amor!

Voy en escúter por la Spezia, venimos de hacer un café con su amigo Nico, el mejor tatuador del mundo, al que le he comentado que en mi próximo viaje le pediré hora para que me tatúe en la nuca los números mágicos: «3, 4, 14 y 28». Previamente, estuvimos en su casa y me enseñó sus cuadros. Son dibujos, la mayoría de caritas de niños expresando emociones. Transmiten mucho. Cuando conduce Andrea, el escúter siempre me acaricia la pierna con la mano izquierda y escucho al regreso de estar con Nico: «Cri». Dime, mi marinero. «Cada vez que te vas, que vuelves a Barcelona, te echo más de menos».

Carla, en la primera tarde del paseo con el barquito de Andrea de las tres Marías, cuando notó que mi marinero me buscaba, le dijo al oído: «Cristina es mujer de una sola noche». Andrea, en conversaciones en el apartamento en este viaje, me explicó, por primera vez, que este comentario se lo hizo tres veces, y luego otra vez en su casa cuando nos invitó a cenar. Muy intrigado por ello, quiso saber qué opinión me merecía ese comentario. Le dije que se lo tendría que preguntar a ella, que igual la que se siente así es ella. Está claro que en nada le influyó a Andrea, porque a la mañana siguiente al poco rato de haberme regalado la preciosa rosa amarilla después de nuestra primera noche juntos, ya me estaba escribiendo un mensaje de «Cri, ¿repetimos?». Al que yo contesté: «Repetimos, repetimos y repetimos». Y, al repetir, me ha expresado: «Pues no sé por qué lo dijo, justamente tú eres todo lo contrario. Eres una mujer para estar toda la vida. Eres especial, diferente, única. A través de ti y contigo, uno se siente afortunado, el hombre más afortunado del mundo. Todas las personas que están a tu alrededor tienen que sentirte así, con fortuna. Bonita, bella por fuera, Cri, muy bella, y aún más bonita por dentro. Con una personalidad embriagadora y con una forma de entender la vida, de funcionar y de sentir sencillamente fascinante. Quiero que siempre estés en mi vida. Estoy creciendo personalmente, emocionalmente a tu lado. Tú, Cri, estás hecha para mí».

Estamos en nuestro bar, Distró, con los amigos de Andrea. Es jueves, son las 17 horas y toca hacer el aperitivo. Somos siete. Se pide una botella de vino y dos tablas con entrantes (el aperitivo de media tarde). Con la excusa de ir al baño, dejo pagada la cuenta. Me apetece invitarlos. Esa tarde noto que va a ser especial. Y lo es. Interactúo más que nunca con sus amigos. Hago bromas, comentarios. Me empiezan a conocer un poco más, y creo que empiezan a entender más «lo nuestro», que es la frase que utiliza Andrea desde que le pasé la canción de Marc Anthony para referirse a nuestra relación. Hacemos llamada a Claudia, amiga y compañera del despacho. Pongo al teléfono a Andrea. Hablan en italiano. La familia de Claudia lo es y ella lo habla perfectamente. Estudió en el Liceo italiano e hizo un Erasmus de la carrera de derecho en Bolonia. Después, converso un ratito con Claudia y al colgar le explico a Andrea que Claudia, cuanto más comparto mi vida con ella y le narro experiencias personales, viajes, vivencias profesionales, situaciones vividas, me dice: «Dime, Cristina, cómo se pueden tener tantas vidas en una, explícamelo. Es fascinante. En cada conversación que te descubro, me apasionas más». Mi marinero me dice: «¿Y ahora, en qué vida estás?». Sin pensarlo, digo, «En la más bonita, Andrea». Añade él: «Y la última». Le expreso si ha entendido bien lo que le he dicho. Me dice que sí, y me hace la misma apreciación, si yo he entendido bien lo que él me ha dicho. Le susurro al oído que igual la última no puede ser porque él es muy joven e igual necesita algo más. Dime, Cri buscando mi mirada, dime solo una cosa que yo pueda o quiera necesitar, si estoy contigo. Dime, dime. Una sola, dime. Me estremezco. Pasan por mi mente todas y cada una de las consideraciones personales y halagos que me ha brindado mi marinero. Me quedo sin palabras. Creo que es la primera vez en mi vida, que escucho una pregunta que no tiene respuesta. El amor incondicional, el amor puro, auténtico no tiene límites ni barreras. Así es como ama Andrea. Y, la vida no tiene edad. Ya lo descubrí hace tiempo al escribir Per molts anys.

Después del Distró nos fuimos al bar Danese, en el barrio de Pegazzano, bar de confianza donde no tienes por qué pagar lo que consumes. Te lo apuntan en una libreta a mano, y te pasas después en cualquier momento y lo abonas. ¡Sorpresa! Hay una mesa de pimpón. Me explican que

Daniele, alias el fenómeno, había sido campeón de la Spezia. Le reto. Muchas risas. Empatamos a 11. Me gana por 13-11. Resultado muy digno. Reto a mi marinero. Me gana por goleada y no me permite la revancha. (Ja, ja, ja). Esto no quedará aquí, pienso.

Días después, estando en una cervecería típica de la Spezia, Andrea, en nuestra hora de italiano, me enseña que en Italia se dice: «Le domande aprono la strada, le risposta la chiudono» [La pregunta abre la calle, la respuesta la cierra]. Hemos ido en el escúter, hace frío de aquel que incomoda un poco. Sin decirle nada, al regreso me dice: «Mami, no te preocupes, de aquí unos años pondré un sidecar para que vayas más cómoda». Ja, ja, ja.

Es nuestra última noche. Vamos a cenar a casa de la mami de Andrea. Barbara ha preparado un risotto de setas. Le queda buenísimo. Pienso que es plato único, y me dejo servir una porción similar a la de Andrea, la de Barbara y Toni es más reducida. Casi sin interrupción sacan para elegir entre pechugas de pollo al limón y brochetas de pollo, de segundo plato. Menos mal que tengo un metabolismo muy agradecido. Al servirme el risotto, veo que hay una vasija en la mesa con queso rallado y con una sonrisa pregunto si me sirvo si estaré haciendo otro sacrilegio. Las risas nos acompañan. Andrea se mancha el jersey. Le pregunto a Barbara si ella sabe cuál es la explicación científica de que los hombres siempre se manchen mientras comen. Toni no puede evitar reírse. Me está pillando mi sentido del humor. Vienen los dulces, unos postres hechos por Toni y sacan un par de licores para elegir, y como tercera botella Ron Pampero añejo. No lo dudo, ponerme un roncito, por favor. Me encanta. Sale el tema del pimpón y Toni me dice que la próxima vez bajaremos al huerto que tienen al lado de la casa y jugaremos al pimpón. Próximo campeonato de la Spezia. Ja, ja, ja.

Ya bebido el roncito noto que Andrea ya da por concluida la velada y hace gestos corporales como para buscar el momento de ponerse en marcha. Me hago su cómplice y nos levantamos al unísono. Bajamos para montarnos en el escúter, y observo que Toni está en el balcón como para supervisar que nos subimos bien en la motocicleta y hace el último saludo, como quién despide a un hijo con su chica que sabe que va a seguir la noche hasta la madrugada. Esa sensación me presidió toda la velada y me ha acompañado en todas mis estancias. Tuve la sensación de que no tengo edad. Por años, dos arriba, dos abajo, estoy muy cercana a Toni y Barbara. En cambio, en esa cena, yo era generacionalmente la chica de Andrea. Siempre soy esa niña de quince años, que dice que sí a todo, que todo le va bien, que quiere hacer, sentir, descubrir, disfrutar, experimentar, compartir, amar, vivir.

Estamos en el bar Danese, los dos solos. Andrea acepta mi revancha. Jugamos a 21 puntos. Él gana la primera partida, se viene arriba. En las dos siguientes, empato el resultado. 2-2. La definitiva, la jugamos a 11. Victoria. Ja, ja, ja. A partir de ahí, mis bromas siguen toda la noche. Noche maravillosa que continúa en nuestro apartamento, cual dos adolescentes que están robando tiempo al tiempo y que no quieren que ese momento se acabe nunca.

La última mañana transcurre en Lucca, pueblecito amurallado en la Toscana. Precioso. Rodeado por una explanada de césped e inmensos árboles de diferentes colores otoñales que convierten el paseo en un momento auténticamente romántico. Comemos en la Trattoria da Giulio, cocina típica toscana, a destacar dos platos de vísceras (pulmones y estómago) de ternera. Plato típico

del lugar por Semana Santa. Café en una terracita con estufas. Ya empieza a hacer frío, nos tomamos el último limoncello. Regresamos paseando por el camino de la muralla. La luz aún es más bonita que la de la mañana. Mi marinero me recuerda lo cariñosa que he estado en nuestras noches de pasión en el apartamento, las cosas tan bonitas que le expresaba. Aminoro el paso. Le confieso que en mis relaciones anteriores he estado enamorada, he querido mucho y, en algunas, después, he amado, pero que creo que esta vez es la primera que empiezo amando directamente. Sí, ya lo dije bien, esta es la vida de mis vidas más bonita.

Esta vez no hemos pactado cuándo nos volveremos a ver. Es posible que sea Andrea el que venga. Tengo que saber cuál, es la mejor combinación con mi trabajo y sus prácticas para examinarse del título de Capitán. Estamos de camino al aeropuerto de Florencia. Conecto mi móvil al coche. La lista de música es de la Puchi. Suena una canción. La descubrimos juntos. El título es «Hecha pa'mi». Parte de la letra: «Tienes una mirada que me encanta… Tiene su propio refrán… Tú vibras diferente a las demás. Amo cuando te vienes odio cuando te vas. Hacemos el amor y nos vamos de la faz… Estás hecha pa'mí» y, ya en la puerta de entrada al aeropuerto, después de infinidad de abrazos y del último beso, nos miramos y al unísono decimos: hasta pronto.

Cri (07/11/2021)

Entre el cuarto y el quinto viaje a Italia

Llego a Barcelona sobre las 21 horas. Tengo cena en el Mercantic de Sant Cugat. Somos las tres Marías. Llego tarde al Restaurante la Taberna Catalana. Nos acompaña una amiga de Marta de la infancia. Está divorciada y tiene cinco hijos, de dos padres diferentes. Llego exultante. Ni a Marta ni a Carla les había dicho que me iba diez días a Italia. Marta me pregunta con muchísimo amor cómo me ha ido. Carla intenta mostrar simpatía, pero sus gestos no le acompañan. Alicia se queda fascinada con la historia de mi marinero. Ella, previamente a mi narración, había comentado que hace más de un año que no está con ningún hombre y que todos los que se le acercan no merecen la pena. Su vibración emana tristeza, decepción. Es una mujer voluptuosa, de formas muy femeninas y muy guapa, guapísima. Se lo digo, aunque también le expreso que no hay brillo en sus ojos, y que ha de sonreírle a la vida para que esta le sonría a ella.

Después de la cena vamos al Belgrado. Hay concierto de música en vivo. Qué ganas tengo de ir a un concierto. Estamos bailando. Cómo me gusta bailar, saltar. Alicia se fija en un chico muy apuesto y corpulento. Le digo que se acerque. No obtiene ningún resultado. A los pocos minutos ese chico y su amigo se ponen a bailar y a hablar conmigo. Le doy entrada a mi nueva amiga. «Ten, ahora ya depende de ti». Alicia se encuentra con Ruth, una amiga suya con su nueva pareja argentina. Bailan de maravilla los dos juntos muchísimas canciones. Están muy compenetrados. Se les ve disfrutar. Después de varias horas bailando todos en grupo, escucho cómo el argentino le dice a un amigo que también le acompañaba: «Me encanta la energía que transmite esta chica. Es especial». El amigo asiente. Están hablando sobre mí. Durante la noche observo que varios hombres, de entre ellos, a destacar un camarero muy joven y apuesto, me buscan. En el Belgrado había muchas más mujeres que hombres. A cuál más maquillada y arreglada. Yo acababa de llegar, de haber dormido la noche anterior muy poco. No me había lavado por la mañana la cabeza, ni arreglado el pelo. Llegué a casa, me cambié de muda y sin maquillarme me fui a cenar con mis amigas. Siempre he dicho que la belleza es movimiento. Ahora añado que es energía. Esa noche bailé mucho. Bailé con mi marinero. Me estuvo acompañando en cada gesto, en cada sonrisa, en cada salto, en todas las canciones, absolutamente toda la noche.

Aún estoy embriagada de los momentos íntimos compartidos con Andrea, de mi estancia con él, de cuando se iba a trabajar y al salir por la puerta me decía que ya me echaba de menos. En todas mis relaciones de pareja siempre he sido quien se levantaba primero. Muchos años a las 5.30 a. m. y nunca más tarde de las 6.35 a. m. Andrea se levanta antes que yo. Es una sensación nueva. El hecho de que cocine, de que me cocine, me encanta. No sé ni dónde está la televisión en los apartamentos que hemos estado. Música y muchísima conversación son nuestra compañía.

Tengo ganas de escribir. Es una necesidad. Relato Cinco Terre IV. Se lo envío a Andrea y a Mari Gel. A ella le digo con corazones que ha sido elegida para escribir el prólogo de mi libro, que para mí sería un lujo.

Dos corazones seguidos de un «Jo Cris, no sé ni qué decirte, porque me he emocionado como

pocas veces en mi vida, de verdad. Para mí, es más que un honor escribir el prólogo de tu libro. No sé si estará a la altura, pero te juro que llevará parte de mi corazón».

Mi marinero: «Mami, tengo escalofríos. Nunca una mujer me ha hecho sentir emociones así como haces tú. No sé cómo comportarme, sé solamente que siento que vamos a ser una de las relaciones mejores de este mundo. Hoy más que nunca he pensado en escribir algo para ti. Lo recibirás pronto.

Ti voglio tanto e sappi che non potrò mai fare a meno di te» [Te quiero mucho y quiero que sepas que no podré estar sin ti]».

Recuerdo que lamentablemente por un virus informático que tuve en el despacho por un ataque pirata que me encriptó toda la información, al salvarla dañó un archivo al que le tenía especial cariño, porque eran, recopilados de forma anónima, todos los mensajes que había recibido de compañeros, clientes, amigos y familiares cuando recibían mis escritos en el mes de diciembre. Eran maravillosos. Ahí constaté el poder que tiene transmitir amor, belleza, mensajes bonitos. Siempre he afirmado que recibo mucho más que lo que doy. Guardo el recuerdo de uno especialmente bonito. Era la Navidad del 2014 y decidí enviar tres de los cuentos que le explicaba a mi hija sellando el relato con los números mágicos. En esa época iba mucho al restaurante Moont que había al lado de mi casa de Valldoreix, que regentaba la que luego pasó a ser mi amiga Vicky. El cocinero hacía ilustraciones animadas y un día hablando le expliqué mis cuentos y él me dijo que haría unos bocetos de posibles dibujos. Y ese es el archivo que envié. Aquel año, los mensajes de vuelta fueron espectaculares. Incluso abogados contrarios en expedientes que se estaban tramitando con bastante tensión, me enviaron unos mensajes preciosos. Pero el que recuerdo especialmente es de un hombre que no conozco. Resulta que por el año 2006 acudía al Restaurante Pomarada, sito en Paseo de Gracia, un jueves de cada mes a una comida que realizaban poetas, escritores, abogados, filósofos, psicólogos, un grupo de pensadores que organizaban un encuentro para que en cada comida uno de los invitados expusiera un tema y ello habría una tertulia de debate mientras se comía. Comida que se acababa tarde, muy tarde. Me encantaba ir a las Tertulias del Pomarada acompañada de mi cliente y amigo Ferrán. La base de datos de los tertulianos las compartíamos todos, aunque yo, que me había apuntado mucho más tarde que los demás, no conocía a todos los asistentes, solamente aquellos con los que coincidí alguna vez.

Esa Navidad recibí un mensaje de un hombre que me escribía desde Menorca (era uno de aquella base de datos, con el cual nunca coincidí). Me decía que no sabía por qué, cada mes de diciembre recibía un mensaje mío. Que desconocía el porqué tenía sus datos. Que nunca me había dicho nada, porque los mensajes eran bonitos, pero que ese año tenía la necesidad de escribirme, de decirme que le había transportado a un lugar maravilloso dónde el amor reinaba en todos los rincones, y que era una fortuna que casualmente tuviese sus datos para haberle hecho llegar esos relatos tan maravillosos. «Me he sentido feliz como un niño, Cristina. Mil gracias».

Andrea me escribe y me pide más relatos, vuelvo a hacer una selección y se los envío

Diciembre de 2019

Hace ya varios años, posiblemente a los siete u ocho años de mi hija Máxima (ahora tiene doce), por su cumpleaños me pidió LA MÁQUINA DEL TIEMPO. Era un día entre semana. Decidí acabar mi jornada laboral al mediodía e irla a recoger al colegio. Le dije que de su regalo no había encontrado la máquina, pero que sí había hallado el tiempo. Así que esa tarde la pasaríamos juntas. Fuimos al cine, comimos palomitas, nos reímos, jugamos y disfrutamos una tarde entrañable. Al acabar el día, me susurró al oído que había sido un regalo maravilloso: «El millor regal mami que podría tindre. Moltíssimes gràcies».

Este año me va diciendo que para los Reyes Magos que estará conmigo, entre otros deseos, les pide pasar un día con Scooby (el perro que tuvimos), acompañada de San y An, que son dos princesas que habitan en su corazón. Sus deseos, sus regalos muy lejos están de lo material.

Mi hijo Pol, que ya cuenta con veintitrés años de edad, es habitual que cuando reúne tres o cuatro días de vacaciones de su trabajo en un restaurante o llega algún día para él señalado, me diga: Mami, ¿dónde nos vamos?, ¿nos escapamos con Máxima a algún sitio?, ¿hacemos un mano a mano? Quiere compartir. Cómo dice él: «Mami, fem familia!».

Así que aprendiendo de mis hijos y creciendo cada día que estoy con ellos en este diciembre he decidido compartir con todos vosotros mi particular carta.

Queridos Reyes Magos,

Para este próximo año que llega con el hermoso número del 2020 me gustaría pediros:

ESPERANZA para todas aquellas personas que estén atravesando momentos muy duros en su vida y la puedan necesitar.

SALUD para todos los que requieran recuperarse de una enfermedad.

COMPAÑÍA para quien haya descubierto la triste soledad.

EDUCACIÓN para ayudar a formar personas en libertad.

SOSTENIBILIDAD para favorecer que el planeta respire y deje de gritar.

CORRESPONSABILIDAD para quitarnos el lastre de lo femenino y lo masculino y como personas que somos, empezar a conciliar de verdad.

VALENTÍA para seguir enfrentándonos a los prejuicios y miedos y así poder vivir en armonía y paz.

FRACASOS Y ÉXITOS, RISAS Y LLANTOS para no dejar de crecer jamás.

SOLIDARIDAD Y EMPATÍA para saber siempre extender la mano y aprender a escuchar.

MÚSICA para que se mueva el cuerpo, embellezca el alma y no dejemos nunca de bailar.

PASIÓN por ser la válvula del motor que nos impulsa cada día a soñar.

AMOR EN PLURAL al ser el mejor compañero de travesía en nuestro caminar.

Y MUCHOS MUCHOS MIMOS para todos, por ser un lenguaje universal que no entiende de sexos, razas, creencias y fronteras, que nos acerca y produce un inmenso y mágico bienestar.

Cristina (19/12/2019)

Diciembre de 2020

Jueves 17 de diciembre, 19.30. Me dirijo a casa de mi amiga Marta. Tenemos el brindis de Navidad telemático con las compañeras de ASODAME (Asociación de mujeres emprendedoras).

Empieza la conexión. La presidenta, como siempre, expresa un emotivo mensaje. Recuerda con nostalgia la cena del año pasado (25 aniversario de la Asociación), donde, además, se me brindó la oportunidad de compartir en voz alta un texto de diciembre de 2018 que escribí hace un par de años titulado «Soy mujer y lo digo con orgullo…».

Acto seguido nos presentan como invitada especial a Lucila Laske, cantante argentina de tangos y narradora de historias cuya obra se interpretará próximamente en la casa del Contes de Barcelona. Nos transmite una breve historia de su carrera y después de embelesarnos con su narrativa humorística nos manda cerrar los ojos y escuchar un tango cantado a capela con un breve hilo de música de fondo, no sin previamente habernos pedido a cada una de nosotras que pensáramos en nuestra infancia, en los recuerdos que nos agolpan y describiésemos un lugar en el que nos identificamos con esa etapa de la vida.

No pestañee: Pineda de Mar, dije. Allí se almacenan infinitos y maravillosos recuerdos de mi infancia. Una etapa absolutamente feliz, vivida familiarmente con papis, hermanos, primitos, abuelos, más familia y esas pequeñas personitas que con el tiempo se convirtieron en mis buenas y entrañables amigas.

Me viene una imagen: playa, bolso grande de paja, sombrilla. Debajo mi mami, y yo, a su lado, piel con piel. Me está poniendo crema Nivea (bote redondo), al mismo tiempo que vigila a mis hermanos que están en la orilla jugando con las olas y tararea canciones con una voz divina. Yo, con mi triquini rojo (mi bañador preferido). Siento el olor de la crema, del chicle de clorofila que siempre saboreaba mi madre, y el del mar que va y viene con la fuerza de las olas, acompañadas las dos por el sol y, sobre todo, por el abrigo y el calor que me desprende el estar arropada por mi mami.

Y, con esa primera imagen, inicié con los ojos cerrados un viaje por mi infancia envuelta de olores, texturas, caricias, gestos, besos, miradas, expresiones, cuidados, atenciones, anécdotas y un sinfín de recuerdos mientras escuchaba una nueva y bonita voz cantando el tango «El corazón

del sur» de Eladia Blázquez.

Viernes 18 de diciembre. Me dispongo a escribir mi particular mensaje. Aún me abriga el tarareo del tango de ayer, las agradables y tiernas sensaciones revividas de mi infancia… y de repente, me agolpa una pregunta. ¿Y, mis hijos?, que hubiesen sentido ayer mientras cerraban sus ojos y se transportaban. ¿Tendrán la sensación de una infancia feliz? Me invade la necesidad de saberlo, de cuáles habrán sido sus experiencias, contando además con la particularidad de cuatro aspectos bien significantes: una separación de sus papis, hermanos de un solo vínculo materno, la pérdida de una pareja y una mamá que desde jovencita (inyectada por un mensaje constante de su mami de: «Cristinita estudia, sé independiente, sé siempre libre para decidir») luchó por formarse y desarrollar su vocación de abogada y que nunca ha dejado de hacerlo…

Pol tiene veinticuatro años. Máxima, trece. Les escribo un mensaje con la pregunta.

Pol, a los dos segundos en mitad de su trabajo de chef, me contesta con dos mensajes de voz: «Feliz, mami, FELIZ. Nunca me ha faltado un abrazo, nunca me ha faltado un beso. Siempre lo he tenido todo. Siempre os habéis esforzado porque yo pudiese hacerlo todo, cumplir mis sueños. Sí, que está marcada, aunque yo fuese muy pequeño por la separación tuya y del papi, pero para nada eso me hizo infeliz. Al contrario, he vivido muchas cosas que gente de mi edad no habrá vivido nunca ni podrá vivir nunca. He viajado por todo el mundo, he tenido experiencias maravillosas. Me habéis rodeado siempre de buena gente y aportado personas muy importantes en mi vida, siento que tengo una buena familia. Me habéis dejado crecer».

Máxima, a la salida del colegio y en su camino a clase de piano, me envía un mensaje: «Mami¡¡¡¡. Si que he tingut una infancia molt FELIÇ, perque tinc uns pares que m'estimen molt, i una familia que m'estima molt ì els meus pares m'estimaràn molt sempre faci el que faci. Ho sè. He tingut moltes experiències maravelloses. He fet molts esports que m'encantan i he viatjat moltíssim arrell del màn. He conegut llocs extraordinaris. Sí, que va ser ua experiencia molt trist la perdua del Manel, però em quedo amb la inmensa fortuna de n´haver-lo conegut i compartit una esencia de la nostra vida amb tots ells. També he sigut i sòc feliç perque tinc a moltes amigues que m'estimo moltíssim i puc compartir infinits moments i per mi això es un valor esencial a la meva vida. T'estimo Mami».

Estrechando y aunando lazos, la vida tiene mucho más sentido. Engrandar en cada etapa personal el corazón depende de uno mismo, y vivir la vida desde y con amor, también. Embriagada aún de emotivas emociones por las maravillosas sensaciones de estos mensajes, se me ha ocurrido que compartir con vosotros vínculo y amor es una bonita forma de despedir este difícil año y dar la bienvenida al nuevo.

Cristina (18/12/2020)

En que mar te gustaría navegar, es la pregunta que le hice a Andrea el día antes de mi partida. Mi marinero, voy a buscar un mar para irnos a navegar. Quiero descubrir un mar contigo. Y, quién sabe, si allí, nos depara alguna sorpresa la vida. Eso sería maravilloso, Cri. Maravilloso.

No paro de darle vueltas a esta idea. He viajado mucho, visitado muchos lugares, aprendido de empaparme de costumbres y hábitos de otras culturas. Me encanta viajar. En esos viajes he navegado por distintos mares, algunas veces por la práctica del buceo y, en otras en unas travesías en veleros simplemente espectaculares, a destacar el de las Maldivas, Costa Rica y Venezuela. Y, Andrea, aunque lo haya hecho muchísimo menos que yo, como buen sagitario, le atrapa. Uno de los libros más fascinantes que he leído es el de Atrapa tu sueño, donde una pareja de argentinos, deciden irse desde Buenos Aires a Alaska con un coche del año 1929 en una travesía que consideran atrevida, pero posible en cuatro meses. Solo salir de casa se les estropea el coche, y en vez de mirar hacia atrás, deciden seguir con su rumbo. Después de cuatro años y con uno más en la familia alcanzan su sueño. Tendría que ser un libro obligatorio en las escuelas.

Somos los dos sagitarios, el del 5 y yo del 19 de diciembre. Que, forma más auténtica de celebrarlo, sería el cumplir ese sueño que me ronda, que ya se ha convertido en una idea, y que espero que dentro de poco sea un proyecto. Solo pensar en ello, me entra una excitación equiparable a la de la niñez en la noche de los Reyes Magos.

Estoy escribiendo estas líneas y recibo un mensaje de mi marinero: «Io e te andremo a vivere Dove si sente il mare. Ci stenderemo su un divano senza Tv l'uno di fronte all' altra senze cambiare canale e ci guarberemo come si guarba il mare» [Tú y yo iremos a vivir dónde se siente el mar. Nos tumbaremos en un sofá sin Tv, uno frente al otro sin cambiar de canal y nos miraremos mientras miramos el mar]. Nunca he tenido una conexión tan brutal. Me parece fascinante cómo se pueden comunicar mentalmente tanto dos personas. Es espectacular.

Y, acto seguido, recibo esta carta de Andrea

«Il primo sorriso

Ricordo il giorno in cui la incontrai, avevo un appuntamento in centro con due amici per cenare insieme ed arrivando per primo decisi di ordinare una birra. Ancora non sapevo che sarebbe stata la più fortunata della mia vita, dato che voltandomi alla mia sinistra noto una donna che mi guarda negli occhi con uno sguardo raro. Dopo pochi secondi di contatto visivo inizia a sorridermi, a tal punto che mi avvicino e le domando: "Ti faccio ridere?". Lei mi risponde che è sempre meglio mirarse con una sonrisa :) In quel momento capisco che stavo per risvegliare quelle poche basi di spagnolo rimaste dalla scuola media; lo stesso momento in cui mi siedo al suo tavolo. Era con due sue amiche, Ely e Carla, insieme formavano Las tres Marias, un tridente d'attacco di altri tempi.

Parlando con Carla, in pochi minuti mi organizzo per uscire in barca l'indomani ma nonostante avessi parlato principalmente con una di loro, la mia attenzione era fissa su un'altra.

Ancora non sapevo a cosa andavo incontro

A una donna fiera di vivere,

La persona più speciale che abbia mai incontrato nella vita, pervasa da pura energia positiva. Si chiama Cristina, felice di dare amore al prossimo senza pretendere nulla in cambio, solo rispetto; non se ne vanta, è la sua maniera de pasear por la vida.

Una donna con la quale condividere ogni cosa, con la quale essere me stesso, complice come un migliore amico e romantico come Romeo con Giulietta.

La giornata in barca diventa speciale dopo pochi minuti. L'energia che si crea è palpabile, non se la porta via il vento. Ci fermiamo in diga, il posto più tranquillo del golfo, dove da una parte le onde si infrangono sugli scogli e dall'altra trovano la resistenza delle reste dei muscoli.

Musica e vino ci accompagnano, io mi trovo spesso di fianco a Cristina e non posso fare a meno di far trapelare il mio interesse. Ad un certo punto mi dice: "Andrea, estas guapisimo"… io sorridendo sfrutto l'occasione per avvicinarmi ancora di più. È qui che nasce il primo bacio, accompagnato da dMartacate carezze sul suo viso ed i suoi fianchi. Sentivo che non sarebbe stato un bacio come gli altri, che avrebbe portato qualcosa di più alla mia vita. Quel qualcosa ora è diventato un piccolo mondo, in crescita perenne, dove tutto sembra possibile, senza limiti né pregiudizi; un mondo tanto fantastico quanto reale, lo Nuestro.

Tu marinero.

(La primera sonrisa)

Recuerdo el primer día que la vi, había quedado para cenar con unos amigos por el centro y al ser el primero en llegar decidí pedirme una cerveza. En ese momento no sabía que sería la mejor cerveza de mi vida, ya que al girarme a mi izquierda veo a una mujer que me mira a los ojos con una diferente mirada. Pocos segundos después empieza a sonreír de tal forma que me acerco y le pregunto: ¿Te doy risa? Ella me responde que siempre es mejor mirarse con una sonrisa.

En ese momento soy consciente de que tengo que recuperar los conceptos básicos del castellano que aprendí en la escuela, el mismo momento en el que me siento en su mesa. Estaba con dos amigas, Marta y Carla, juntas formaban un tridente «las tres Marías», un tridente en ataque de otros tiempos.

Hablando con Carla, en pocos minutos, me organizo para hacer una excursión en barca al día siguiente, pero, aunque haya hablado principalmente con una de ellas, mi atención sigue siendo hacia otra.

Todavía no sabía a lo que me enfrentaba. A una mujer entusiasta y llena de vida. La persona más especial que he conocido en mi vida, rebosante de energía positiva. Se llama Cristina, encantada de dar amor al prójimo sin pretender nada a cambio, solo respeto, no alardea de ello, es su forma de pasear por la vida.

Una mujer con la que compartir cualquier cosa, poder ser yo mismo, cómplice como mi mejor amigo y romántica como Romeo con Julieta.

La salida en barca es especial desde el principio. La energía que se crea está ahí, no se la lleva el viento. Estamos en la zona más tranquila del golfo, donde, por una parte, las olas chocan con las rocas y, por otra, encuentran la resistencia donde se crían los mejillones.

Música y vino nos acompañan, yo me encuentro a menudo cerca de Cristina, y no puedo evitar hacerle notar mi interés por ella. En un cierto momento me dice: «Andrea, estás guapísimo», y sonriendo, aprovecho la ocasión para acercarme aún más. En ese momento nace el primer beso, acompañado de delicadas caricias en el rostro y en el torso. Sabía que no iba a ser un beso como cualquier otro, que me iba a aportar algo más a mi vida. Ese algo más se ha convertido en un pequeño mundo en crecimiento continuo donde todo parece posible, sin límites ni prejuicios, un mundo tan fantástico como real —lo nuestro—».

Es su versión del día que nos conocimos. Me parece un lujo poder disfrutar de la apreciación del otro lado, de cómo vivió Andrea el conocernos. Guau, qué regalo más bonito. De su relato me quedo con una frase: «… en ese momento nace el primer beso». El verbo nacer proviene del latín nasci, antes gnasci, vinculado a una raíz indoeuropea que significa dar a luz. En su segunda acepción, su significado es aparecer del interior. Él sintió aquel beso como un fenómeno especial, algo que llevaba un acontecer en su vida. Y no se equivocó, en ese beso arropado de suaves caricias que lo acompañaron nació «lo nuestro».

Estoy en un ratito de sofá por la noche con Puchi, me abrazo a ella y le comento: «no lo entiendo Puchi, tengo dolor de menstruación. Va en serio». Hace más de dos años que no menstruo de forma ininterrumpida. A la mañana siguiente me encuentro envuelta en sábanas empapadas. Me voy directa al ordenador, un sangrado después de ese periodo puede ser señales de alarma de algún tipo de enfermedad grave, especialmente tumor del cuerpo uterino -cáncer que padeció mi madre-. No me inquieta. Estoy convencida que no es un sangrado, que me ha venido la menstruación y que la he tenido por sentirme como una niña de quince años, que es a la edad que tuve la menarquía (la primera menstruación). Concierto visita con el ginecólogo. Todas las pruebas salen estupendas. Estaba en lo cierto. La respuesta del ginecólogo es «reminiscencia ovárica», «sucede como reacción del sistema hormonal a un estado emocional muy intenso». «Cristina, ¿te está aconteciendo algo inmenso en tu vida desde el punto de vista emocional?». Le explico mi romance con mi marinero y acto seguido le pregunto con mucha expectación, y ¿ahora qué? Paco, ¿esto significa que …, me puedo quedar embarazada?. Me confirma que es imposible. Acto seguido le digo que no hay nada imposible, cosa distinta es que no tengamos la explicación. «Cristina, te confirmo que es imposible, de tal forma que si ello ocurriese te pago yo un apartamento y la manutención de la criatura». Ja,ja,ja, menudo momento en consulta, que mi médico no quería que terminase nunca, como quién hace un paréntesis improvisado en su apretada agenda con un acontecimiento inusual del que no quiere perderse ni un detalle.

Le comento a Paco que le tomo la palabra y de qué manera, que hace unos años un colega médico traumatólogo me confirmó, ante mi pregunta, que los cartílagos no se regeneran, con la afirmación que es imposible y que ante una rotura del menisco interno de rodilla que marcaba mi resonancia, su diagnóstico era la intervención quirúrgica. Le expreso al médico que he estado indagando en el poder que tiene la mente, en base a las creencias que tengamos, de ordenar a

nuestro organismo a que se ponga a funcionar en una dirección determinada; que he ido a la arbolaria de mi madre -que sí que cree en la regeneración de los cartílagos- para dicho menester y me ha recetado una pócima; y, que un entrenador personal me ha diseñado una tabla de ejercicios para fortalecer los músculos de la zona afectada, y que de aquí unos meses volveré a su consulta y decidiremos. La verdad es que a aquel médico mi exposición le generó curiosidad, tanta, que me recetó como complemento unas pastillas que consideraba que ayudaban a fortalecer la musculación. En la segunda resonancia a los seis meses no había atisbo alguno de rotura y a la salida de la consulta del traumatólogo me despedí de él con un especial salto, que siempre hago, como señal de estar feliz -saltar de lado, formar un rombo con las piernas juntando los pies en el aire a modo de palmada al unísono que expreso en voz alta «estoy entusiasmada»-, como hacía Vicky el vikingo en la serie de dibujos animados. Ja,ja,ja. Su sonrisa cerebralmente la enmarqué en mi rodilla.

Tengo varios señalamientos de vistas en el Juzgado y muchas reuniones presenciales programadas con los clientes, por lo que me va a ser imposible desplazarme a Italia. Hablo con Andrea de buscar un hueco entre mis ocupaciones, su trabajo y sus prácticas en fines de semana para obtener el título de Capitán, y hallamos un espacio fugaz entre el veinticuatro y veintiséis de noviembre en el que estoy sola en casa. Se viene a Barcelona. Me apetece mucho que Andrea esté en mi espacio, conozca a mi gente. No hay nadie en su entorno que no me conozca o sepa de mi existencia. Ahora, cuando Andrea va a jugar al fútbol con sus amigos, estos le gritan en medio del partido «Andrea está enamorado, Andrea está enamorado», y su familia le dice que nunca lo habían visto así, sintiendo tanto, enamorado de una manera tan intensa y profunda de una mujer.

En el último viaje, Andrea me comentó que al inicio de «lo nuestro» algunos de sus conocidos y amigos no íntimos le espetaban de si estaba loco, si no había parado en la diferencia de edad, en que es una relación sin posibilidad de proyección, con problemas de distancia… Paró en explicarme una conversación con un amigo que es quizás el que más insistía en hacerle ver que se estaba equivocando. Cuando me explicó aquella conversación, solo le hice una pregunta: Andrea, dime cómo siente esta persona, ¿cómo vive, crees qué es feliz? «Está casado. Tiene dos hijas pequeñas, una es un bebé. Que yo sepa tiene dos relaciones más fuera de su matrimonio…». Ja, ja, ja, es lo primero que espeté. Esa persona no me conoce, no sabe cómo vivo ni quién soy, nunca nos ha visto juntos y lo primero que hace es cuestionarnos según prejuicios sociales, cuando él vive dentro de un engaño. Su forma de vida es la respuesta de sus cuestionamientos sobre nosotros. «Memoria Hospitis unius diei praeterruntis. La esperanza del pecador es como la memoria de un huésped, que, alojado por un día, se queda otro más».

Salvo alguna excepción, en el despacho no se regulan divorcios, lo que se tramitan son expedientes llenos de manipulación, engaños, fraudes, rabias incontenidas, deseos de venganza, odio e ira que se trasladan muchas veces por uno u por otro progenitor, o por los dos a los hijos, esos seres que decimos que queremos sobre todas las cosas, y que en la mayoría de los casos sus propios padres son los que les causan el mayor dolor y sufrimiento con el que tienen que lidiar el resto de sus vidas. Así de lamentable es. Andrea me comentó un día hablando sobre este tema que Toni tiene una frase que desde que la escuché, ya la he hecho como propia: «Los hijos son aquellos seres que nacen para sobrevivir a sus padres». Estos aspectos de mi trabajo no me dejan

indiferente, y más de una vez me han inspirado artículos jurídicos con mensaje, que en especial están reflejados en un artículo que se publicó y se hizo bastante viral.

Y tú, ¿contra quién te casaste?

El título del presente artículo surgió estando horas de espera en la vista de un juicio para un asunto de familia en el que unos hijos y un progenitor, sin ninguna situación de riesgo, son arrebatados de una relación normalizada paterno-filial, en gran parte por conductas inadecuadas del otro progenitor y, lo que es más sorprendente, con aparente aquiescencia del sistema judicial.

Lo curioso es que en aquella estrecha antesala del Juzgado hay un cartel que proclama unos consejos muy válidos para Papá y Mamá ante un divorcio:

Os necesito a los dos. Saber que puedo contar con vosotros me da seguridad.

Vivir con uno no significa no querer o abandonar al otro. Para mi bienestar necesito seguir relacionándome con ambos.

No os critiquéis, recordad que sois mis papás y eso me puede doler. No os desfoguéis conmigo, me hacéis sentir impotente y desleal.

No me sobreprotejáis, no quiero ser víctima. AYÚDAME A CRECER.

Dichos consejos son causales con todo nuestro ordenamiento jurídico, a destacar, el Código Civil, los diferentes Códigos Civiles autonómicos, la Ley de Protección Jurídica del Menor o la Convención de Derechos del Niño, que nos vinculan a todos.

Y, qué distante se ve toda la normativa cuando en ocasiones observas a esos menores con ojos llorosos someterse a la exploración judicial, teóricamente bajo su interés, escondidos en otras dependencias judiciales bajo el supuesto abrigo de uno de sus progenitores para que no tengan contacto alguno con quién (o, más bien contra quién) un día se casaron. O, cuando llega el día de ejercer el derecho de defensa del cliente, después de muchos meses esperando la vista, y lo primero que escucha al entrar en sala es que el juez está espetando a su letrado que sea breve y declarando la mayoría de la prueba impertinente, sin motivación alguna. Lo que debiera ser siempre es que estos asuntos fuesen atendidos con celeridad y contundencia judicial, activando todos los mecanismos de que dispone la Administración de Justicia para ayudar al restablecimiento de la relación paterno o materno-filial dañada.

Cada día somos testigos de situaciones humanas límite, millones de menores, que están atrapados en países en permanente conflicto bélico, en situaciones de hambruna extrema, en zonas devastadas por acciones de la naturaleza o, de otros que desafortunadamente están afectos a enfermedades graves que provocan una crianza complicada y, envuelta a nivel familiar, de constante esfuerzo. Por eso, cada día me levanto pensando en lo afortunada que soy, que somos, millones de personas solamente por el lugar donde hemos nacido o por nuestras condiciones de vida.

No obstante, la felicidad o la desdicha no entienden de condicionantes sino de personas. Nos hemos acostumbrado a ver la maravillosa sonrisa de un niño en un país tercermundista, simplemente por estar jugando con una pelota de papel o por poder asistir a una escuela después de andar cinco horas por caminos imposibles para llegar a su pupitre y, a la tristeza de un niño del primer mundo, que desde bien pequeño ya acude al psicólogo teniendo una habitación en la que no caben todos sus juguetes. Y, no nos preguntamos el porqué.

La mayor diferencia entre uno y otro no es ni los recursos ni los medios, sino la cantidad de amor que recibe. Ese es el pilar más valioso en que podemos ayudar a nuestros hijos a crecer libremente y a desarrollarse como personas, enseñándoles a perseguir sus sueños, a luchar por lo que desean, a ser capaces de intentarlo una y otra vez, aunque tropiecen, a saber, enfrentarse a las circunstancias adversas que se irán encontrando constantemente en sus vidas, a aprender a discernir y, a ser capaces de convivir con las alegrías y las penas.

Ese pilar denominado amor, en el que asentamos el proyecto de construcción de una familia, se entierra cuando se ha de regular la transformación de esa relación porque no ha funcionado y, en ocasiones, se cambia por sentimientos tan negativos como odio, rechazo, rencor, rabia y venganza.

Con esos sentimientos hay personas que encauzan su proceso de ruptura familiar, en el malentendido que es la mejor forma de proteger sus intereses y el de sus hijos, sin darse cuenta de que esa forma de sentir jamás le desvincula del otro ni le dejan construir una nueva vida ni transmitir desde el amor, ser libre. Así, no se resuelve el conflicto existente y este se irá repitiendo e incluso amplificándose a lo largo de la vida. Y, lo más cruel, que dejan a esos menores indefensos, ante un conflicto de lealtades brutal, porque no tienen el permiso de uno de sus progenitores para querer al otro y relacionarse desde el afecto con él. Luego, nos sorprendemos cuando escuchamos que se incrementan los casos de acoso escolar, que los menores faltan el respeto a los educadores y que la violencia de género está creciendo entre nuestros adolescentes, sin parar a pensar que muchos de esos menores lo que han presenciado en sus hogares de un progenitor son críticas, faltas de respeto, incumplimientos de sus obligaciones y ninguneos constantes a la figura de su otro progenitor, el cual debería ser el otro referente esencial en su vida.

Siempre he promovido la abogacía preventiva y, en familia, los pactos en previsión de ruptura, como una forma sensata de regular unos posibles efectos futuros en caso de disolución del proyecto familiar, pactados en el momento del trayecto en que hay cariño, ayuda mutua y solidaridad entre los progenitores. Según Sun Tzu (filósofo de la antigua china), «Lo difícil se ha de hacer cuando es fácil». Establecer un camino de ruta sobre las relaciones y la custodia de los hijos, la contribución a sus costes, la atribución del uso de la vivienda familiar, la asunción de cargas y las posibles situaciones de desequilibrios o compensaciones económicas entre los progenitores es una posibilidad real regulada en el Código Civil Catalán, que además y para el caso que existan en ese núcleo familiar empresas familiares pueden pasar a formar parte integrante del Protocolo de la empresa familiar.

Lamentablemente, acumulo experiencia profesional en supuestos de ruptura, donde no habiendo

ninguna situación de riesgo para los menores, uno de los progenitores introduce a sus hijos en el conflicto, sin preservarlos, y los adultizan, inducen, contaminan y manipulan hasta conseguir que sientan un absoluto rechazo hacia quién les dio la vida, cuidó, y abrigó durante su tiempo de convivencia. He acompañado a esos progenitores en su proceso judicial, siendo consciente del inmenso calvario humano que les representa amar sobre todas las cosas a sus hijos y sentir su rechazo y la ausencia de relación. Cruel dolor que se extiende a toda la familia amplia que también sufre esa ausencia. Pero las mayores víctimas son esos menores al que se les mutila emocionalmente y se les desestabiliza en su crecimiento personal, afectándoles en esferas tan importantes en la vida como en sus relaciones personales con los demás, las cuales construirán desde unos pilares totalmente antinaturales. Menores que, contando con medios, recursos y siendo afortunados por su lugar de residencia y condiciones de vida, les faltará lo más importante: sentir el amor de sus dos progenitores.

Tenemos escasa educación en el control de las emociones, la aceptación de la frustración y la adaptación con naturalidad a los constantes cambios que se producen en la vida. Todo se vive desde el miedo. Y, desde esa óptica, se confunden distintas posturas defendibles sobre diferentes medidas económicas con el vínculo con los hijos, utilizando esto último como herramienta de propiedad.

Estas situaciones de ausencia de relación ya han trascendido en nuestra normativa, pudiendo dar lugar, cumpliéndose determinados requisitos, a causa de desheredación y a la extinción de la obligación de pagar alimentos a los hijos.

Si algo tenemos en común todos los humanos, es la vida. Si empezamos por estar agradecidos por ello, podremos provocar grandes cambios partiendo de pequeñas acciones. Quizás sería conveniente, antes de entablar un proceso de ruptura familiar, leer algo de poesía. Tal y como expresó el poeta Khalil-Gibran «Tus hijos no son tus hijos, son los hijos de la vida […] No vienen de ti, sino a través de ti, y aunque estén contigo, no te pertenecen […] Deja que la inclinación en tu mano de arquero sea para la felicidad». Dejémosles crecer.

Igual, me quedaría sin trabajo, pero qué feliz me haría. Siempre me quedaría escribir.

(Cristina Ogazón 2015)

Ya lo decía Marco Aurelio: «Cuantas más vidas conozcas, más vidas habrás vivido». Y en ello, hay muchísimo aprendizaje personal por toda la experiencia profesional que me acompaña en casi treinta años de ejercicio. Muchas veces pienso que, si quiero ser feliz en mi vida, he de hacer justamente todo lo contrario de lo que observo y analizo en los asuntos del despacho.

Por suerte, quedan pocas horas para que llegue mi marinero a Barcelona, así que desconecto el ordenador y me predispongo al disfrute total. Me apetece muchísimo que Andrea conozca mi espacio, que se sienta a gusto en casa y poderle presentar a algunos amig@s.

Valldoreix-Barcelona I

Despeinada, con un pantalón de chándal y una sudadera, sin llevar ropa interior. Así me he pasado todo el viernes, desde que me levanté a las 9.00 para teletrabajar por la mañana desde casa, mientras Andrea dormía. Sobre las 12.00 breve descanso y partida de pimpón. Bueno, ha sido un campeonato al mejor de tres. Hemos quedado 21-16, el mismo resultado a mi favor, en todas las partidas. Mis bromas están garantizadas durante mucho tiempo. Ja, ja, ja. Desayuno a las 13 horas, preparado por mi marinero, mientras yo enviaba mis últimos emails de trabajo. Gulas, huevos revueltos y dos lonchas de bresaola. La presentación del plato digna de un restaurante de alta cocina. Sí, mi marinero ha venido a verme a Barcelona, en un viaje corto y a la par absolutamente gratificante y maravilloso. Le esperan en casa tres rosas que he recogido de los rosales de mi jardín, dos de color amarillo con puntas anaranjadas y una de color rojo intenso. Sus capullos se están empezando a abrir.

La primera noche monto cena en casa. Viene Claudia y su novio Eduardo. Claudia acaba de cumplir veinticuatro años y Eduardo tiene veintiséis. Ella es mi nuevo fichaje del despacho de abogados, aunque es mucho más que eso. Es mi amiga. Un ser especial. Llena de vitalidad, energía bonita y amor. Se moría de ganas de conocer a Andrea, así que pensé que organizar una cena en casa sería lo más apropiado. Les propuse poderse quedar a dormir y así no estar pendientes del reloj a la hora de acabar la velada. Cena divertidísima, amena, con buen ritmo. De menú, un primero de esqueixada de bacallà, ensalada de tomate con aguacate y una fuente de embutidos al estilo del aperitivo antes de cenar que se toma en Italia; y, de segundo pollo rustido, todo regado con buen vino tinto. En los postres ya estábamos jugando con dados al mentiroso entre risas, cafés y copas. Claudia, exultante, divertida, alegre, risueña haciéndole preguntas a Andrea desde el corazón. «Ay, Andrea, dime, como te sientes», «explícame cómo conociste tú a Cristina, qué pensaste en ese instante». En ese momento se hace un silencio, Andrea explica el cruce de miradas en el bar Distró de la Spezia, nuestro bar, el paseo posterior en barca con las Tres Marías, el empezar a sentir atracción sobre mi persona. Fueron de las pocas preguntas que Claudia hizo en castellano, porque en buena parte de la cena se dirigía a Andrea en italiano, ya que lo habla perfectamente. Tras las copas y un pellizco en el culo que le propina Claudia a Andrea, las parejas nos repartimos por la casa, como hacen los enamorados, queriendo sellar la velada haciéndose el amor. Aún no quiero subir a la habitación, hay buen fuego en la chimenea que da el reflejo de una luz tenue, preciosa, así que nos quedamos en el sofá, siguiendo «lo nuestro».

Aflamas, reservado privado en dicho restaurante de cocina de autor. Tenemos cena con los amigos. Vienen mis amigas del primer viaje a Cinque Terre, Carla y Marta. Estamos las Tres Marías. Se apuntan Mari Gel y Montse —que llegará a los postres—, con sus respectivas parejas. Mis dos queridas amigas de la infancia de Pineda de Mar. Mi hermano Carlos, acompañado de La Vicenta, un entrañable personaje de la noche de Barcelona, que ya es parte de mi familia. Carlos hace las funciones de anfitrión y ameniza la cena con infinito sentido del humor. Mi marinero va interactuando con los comensales de menos a más, según va transcurriendo la

velada. Lo encuentro muy observador, como analizando el perfil de cada uno de ellos y a la par sintiéndose cómodo. No he llegado aún a casa que mis amigas de Pineda de Mar me están enviando corazones en el chat que he creado para organizar la cena de «Mi Marinero en BCN» y, mi hermano Carlos, un mensaje de: «Me ha alegrado mucho, Cristina, verte feliz. Andrea es muy inteligente, prudente y creo que muy, muy buena gente. Me ha encantado».

No puedo explicar más salidas porque no las ha habido, el resto del tiempo del viaje de miércoles a viernes que ha realizado Andrea, nos lo hemos pasado en el sofá enfrente de la chimenea, amenizados los dos con un buen vino, y esa ha sido la parte más bonita de este viaje. Una, dos, tres, cuatro y hasta cinco veces en un espacio de seis horas, haciéndonos el amor, fusionando nuestros cuerpos, sintiendo los fuertes e intensos latidos de su corazón. Esa fue la tarde del jueves, sencillamente maravillosa. Si pudiese detener el tiempo, detendría aquella tarde en el que dos personas se aman con la mirada, con la mente, con el corazón; dónde el tacto, el olfato, el oído, el gusto y la visión se convierten en un único sentido puesto a merced del corazón. Miles de besos, abrazos, miradas y, sobre todo, enorme complicidad y cohesión. Dos enamorados de la vida, dos almas libres que se unen y se envuelven, entren caricias y palabras de amor y que en cada encuentro afianzan lo maravilloso que fue que un día se cruzaran a través de una sonrisa, sus miradas.

Te amo. Siento, y no es una percepción, es un hecho, que estamos en la misma dimensión y en idéntica frecuencia. Conversaciones profundas, queriéndonos descubrir y mostrando nuestra alma. Desnudos por dentro, sin ningún polvo y ninguna paja. Sinceridad, sentimientos, emociones, autenticidad es lo que definen nuestros diálogos. Siempre, que me han preguntado sobre cuál es mi rasgo más característico, he manifestado que es mi capacidad de sentir. Y, ese rasgo es lo que justamente más destaco en Andrea, lo que me enamora cada día más y más.

¿Quieres que te enseñe algún lugar de Barcelona, ir a dar un paseo? Quiero estar contigo, Cri, estar contigo. Esa ha sido la frase de este viaje. No sé si ha habido más de cinco minutos seguidos que no nos uniésemos en un abrazo o nos diésemos infinidad de besos.

Antes de la llegada de Andrea a Barcelona, comparto con mi hermana Pilar sus últimos mensajes: «Buonasera amore, non so se mi hai fatto qualche magia ma più mi avvicino a te e più mi manchi», «Non vedo l'ora di baciarti, baciarti e baciarti ancora« [Buenas noches, amor, no sé si me has embrujado, pero cuanto más cerca te tengo, más te echo de menos. No veo el momento de besarte y seguir besándote], con un texto mío en que le expreso a mi hermana: «Creo que nunca en mi vida me han amado como Andrea, de una forma tan romántica, tan pura, tan auténtica».

Cri (27/11/2021).

Entre el primer viaje a

Valldoreix-Barcelona y el quinto a Italia

Menos cinco días. Así me escribo con mi marinero. No había despegado su avión desde Barcelona a Milano que ya le estaba enviando el comprobante de mi vuelo a Italia del uno hasta el ocho de diciembre. Quiero estar con él, quiero compartir con él, quiero estar en sus brazos, sentir sus besos, escucharle una y otra vez «Te amo, Cri».

Pol y Máxima ya saben que ha venido Andrea a verme. Aunque aún no he podido hablar con Pol en un mano a mano, sí que le he dicho que mi marinero se llama Andrea y estoy viviendo con él un maravilloso romance.

Me he agrupado todas las reuniones presenciales de lunes a miércoles por la mañana para aprovechar que la siguiente semana es el puente de la purísima y escaparme a Italia. Pol se va a esquiar a Francia con los amigos y Máxima a casa de una amiga en la Cerdaña con cinco compañeros más del colegio.

Es sábado por la mañana. Pol se viene a casa a montar barbacoa con los amigos y llegarán sobre el mediodía. Máxima duerme. Me despierto muy pronto para poderle enviar mi carta de su estancia en Barcelona a Andrea y después de leerla me envía este mensaje: «Amore, casi me saltan las lágrimas. Mis ojos están muy brillosos. Quiero seguir así, con mi corazón totalmente abierto porque de seguro que nunca me arrepentiré de vivir “lo nuestro”. Cada vez es más evidente el amor y el respeto que nos tenemos, y cuanto queremos que todo esto no se acabe nunca. Eres el amor de mi vida, Cri. Te amo».

Son cuatro amigos los que vienen a comer, aunque de entre ellos, se encuentra una amiga especial de Pol. Se llama Elena. Máxima se entera de la barbacoa y pide a sus amigas que, por la tarde, en vez de salir por San Cugat que se vengan a casa y así en cierta medida puede estar más rato disfrutando de su hermano y amistades (le encanta). Por la tarde se apuntan dos amigas más de Pol. Siempre he dicho que casa es una casa amiga y es verdad, con qué naturalidad y agradabilidad se encuentran todas las personas que vienen a compartir. No sé cómo surgió, pero se organiza timba de póker. Pol se va a comprar bebidas, para amenizar la velada. Repartimos fichas. Nos jugamos, teniendo en cuenta la economía de los participantes, quince euros por persona. Quedamos solo Álex y yo, y para ir rápidos, ya que se iban todos de fiesta nos jugamos todas las fichas en un descubierto. Gano, con el destapado de la última carta, pareja de dieces frente a la de cuatro que tenía Álex. Ja, ja, ja. Durante la siguiente media hora solo se escucha una expresión ¡Qué injusticia! Ja, ja, ja. Las amigas de Máxima se quedan a dormir. Pizzas, música, bailes. Me voy a la cama sobre las 2.00 de la madrugada. Ellas siguen…

El primer amigo de Pol que llegó a la fiesta es Alex, su mejor amigo. Mientras llegan los otros comensales aprovecha para venir a la cocina dónde estaba haciendo varios preparativos y me

suelta: «Cristina, qué tal por Italia». Sé que Pol le habrá comentado mis incipientes y asiduos viajes a Italia y le contesto: «De fábula, Alex, estoy viviendo un romance maravilloso con un joven italiano, mi marinero». «Cristina —me dice—, estoy convencido de que debe ser una historia apasionante. No te preocupes, sé que aún no has hablado con Pol, guardaré nuestro secreto».

Enseguida me vino a la memoria un escrito que hice el año pasado después de una fiesta que Pol organizó con sus amigos en casa, que rezaba:

TREMENDO HALAGO DE UN AMIGO DE POL.

Pol ha montado más de una fiesta con los amigos en casa. A mí me encanta estar rodeada de gente joven y que Pol me tenga confianza para que vengan sus amigos a casa, esté yo o no.

Cómo era de esperar la fiesta fue divertidísima. Muchas copas, música, juegos, baile. Me retiré sobre la 1 de la madrugada cuando llegaron tres amigas más que no conocía y les dejé ya hacer a su aire. Les dije que los que quisieran se podían quedar a dormir y así lo hicieron algunos. Recuerdo que a las 7 de la mañana aún seguían cantando a capela canciones de Sabina y de Melendi.

Al día siguiente se iban levantando. Salían de las habitaciones como champiñones. Fui a comprar unos pollos alas y después de baños en la piscina y duchas nos sentamos a comer en el porche. Hacía un día genial. Se sentó a mi lado otro Pol. Es el que más recuerdo por casa cuando montaba grandes fiestas de cumpleaños para Polete. Surgieron varios temas de conversación y en uno de ellos espetó: «Cristina, siempre hay algo que te he querido decir cuando de pequeño venía a las fiestas de tu hijo. Qué envidia me daba Pol cuando lo veía rodeado de su papi, tu familia y tú ya estando con Xesco. Cuanta armonía y cuanta felicidad. Y, pensaba: esta mujer «cómo se lo hará» para aunar «tanto buen rollo». En mi casa lamentablemente mi padre no se habla con mi madre y los tres hijos hemos sufrido mucho por ello. Así qué propongo un brindis por ti y por esta casa que me trae tan maravillosos recuerdos». GUAU. Me quedé emocionada y aproveché para explicarles la historia de Brasil, cuando nos surgió el proyecto de vida allí, y yo se lo comenté a Jordi para que se apuntara. Todos, los ocho que estaban allí se quedaron en silencio, muy atentos y alucinaron peces de colores. Fue un momento entrañable.

He notado que los amigos de Pol me tienen en muy alta consideración. Hace bien poco vinieron tres amigos al despacho porque necesitaban asesoramiento para una inversión. Es un orgullo que esta generación sepa distinguir los diferentes registros que pueda tener una persona, ser divertida en su tiempo de ocio y responsable al mismo tiempo en la esfera profesional. Y, ello resulta que no solo es propio de los amigos de Pol. Ya, del grupito de Barà de Máxima, siempre he notado inmenso cariño. Y, ahora Máxima, no para de decirme, tal y como ya he escrito en estas memorias, que todas sus amiguitas del colegio y del atletismo que viene por casa los fines de semana, me adoran. Qué bien.

Aprovecho para ir a ver a mi mami en la Residencia, dónde vive hace casi tres años. Quedo con mi hermano Carlos. Le hacemos bromas. Se ríe mucho. El rato es de inmensa agradabilidad. Adoro a mi mami. La quiero con locura. Un día cualquiera de hace muchísimos años, unos veinte aproximadamente, a media mañana de un martes, me escapé del despacho y compré un precioso ramo de flores y lo envié a casa de mis Papis, con una dedicatoria que rezaba «A mis padres. A ti, papá, por quererte cada día más. Y a ti, mamá, por quererte tanto, que siento que te quiero ya antes de nacer».

Años después de esa dedicatoria, mi cliente me explica la historia de la tribu de África, que me inspiró un escrito de los llamados diciembre. Me acuerdo perfectamente, que cuando me estaba narrando la historia me vino a la mente mi dedicatoria y un pensamiento de si sería por ello, que tengo el sentimiento de querer a mi madre antes de haber nacido. La llamé enseguida y la fui a ver a casa. Le expliqué la historia de la tribu en África, cogida de su brazo, arropada en su hombro, sentadas las dos en el sofá. Mami, dime «¿Pensaste en alguna canción antes de nacer yo? No sé, crees que hay algo que debo de saber…». Esa tarde mi mami me explicó que se acordaba perfectamente del día que me engendró, que fue una de las noches más pasionales de la vida íntima con mi padre, y que en ese momento supo que se estaba quedando embarazada. En ese instante me pensó y decidió mi nombre, y me visualizó como una niña especial, cuyo destino sería ser abogada. ¡Guau!, qué tarde tan maravillosa.

Esa tarde, junto con otros sentimientos los narré colgando una fotografía de mi mami y yo, de bebé, en sus brazos en Instagram, justo cuando explotó la pandemia del COVID-19 y los fallecimientos en las residencias de la tercera edad estaban absolutamente descontrolados, que decía así:

Un día cualquiera de hace muchos años envié un ramo de flores a casa de mis padres. En la dedicatoria a mi madre le escribí. Y a ti mami, decirte que te quiero tanto, que siento que te quiero antes de nacer.

Años más tarde me explicaron la historia de la tribu en África, la cual me inspiró un escrito de diciembre.

Tras conocer la historia no lo dudé y me fui a ver a mi mami, por saber si ella antes de mi nacimiento…, si yo tenía una canción… Me explicó que no tarareó ninguna canción, pero que se acordaba perfectamente de mi concepción. Que fui el desenlace de uno de los encuentros íntimos más pasionales de toda su vida con mi padre y que desde ese instante supo que iba a engendrarme, momento en el cual decidió mi nombre, e incluso, mi destino, expresando que sería abogada.

Eres una niña especial y brillante, añadió.

En ese momento entendí el porqué de mis sentimientos, la razón de sentir que la quería antes de nacer, y también entendí de qué forma siento, poniendo infinita pasión en cualquier menester, en toda relación.

Me acaban de comunicar que en la residencia dónde está una anciana ha dado positivo. Ella está bien, ahora todos los residentes aislados en sus habitaciones.

No puedo llegar a imaginar otro desenlace de esta situación que no sea un final feliz. Simplemente, no puedo.

En esta fotografía estoy en sus brazos y así me he sentido siempre, cuidada, protegida, arropada, segura, querida, invencible. Son innumerables los recuerdos, imágenes y momentos compartidos que me agolpan, pero especialmente ahora pienso en ella cantando, con esa voz que nos dejaba a todos embelesados: - A tu vera, siempre a la verita tuya, siempre a la verita tuya hasta el día en que yo muera-

Si se pueden cumplir los deseos espero muy pronto mi querida mami escuchar tu canción de nuevo y estar muy pronto entre tus brazos.

TE QUIERO. Tal y como me hizo saber un día Pol hasta el infinito y más allá del universo y tal y como me expresó Máxima con sus números mágicos «3, 4, 14 y 28». TE QUIERO SIEMPRE.

Mi mami, cuánto la quiero. Creo recordar que la primera carta que le escribí, se la dejé en su mesita de noche, el día antes de casarme. Tenía veintitrés años. Después, a mis veintiocho, cuando nació Pol, le entregué la carta que le escribí a mi hijo, añadiéndole este párrafo:

Pero, hoy como madre no solo quiero ser generosa, también quiero ser egoísta y pedirle a la vida un deseo: que mi hijo Pol también me quiera como te quiero yo a ti. Y, así, si algún día llego a ser su bandera, esa mujer que para uno es única y es la primera, pensaré que en esta vida los sentimientos también se heredan, porque todo eso es lo que tú eres mamá para mí.

Vuelvo a ir vía Bolonia. Como es puente de la Purísima y de la Constitución, los vuelos se han encarecido mucho. Así que la mejor opción que tengo es ir de miércoles a miércoles y vía Bolonia. Antes me paseo por casa y empiezo a visualizar rincones donde ya tengo nuevos recuerdos con Andrea. Mi marinero hace que la convivencia en cualquier lugar sea muy cómoda. Es absolutamente respetuoso con el espacio individual y no por ello, deja de tener constantes atenciones. Domina todos los quehaceres domésticos que comporta vivir en una casa y cualquier tarea la hace sin que apenas te des cuenta. Es muy agradecido y valora cualquier nimiedad y como cocina (MAMA MIA), con que calma, templanza y mimo realiza ese menester, similar a cuando un artista crea su obra.

Me voy. Vuelvo a la bella Italia.

Cinque Terre V

Amo a mi marinero. Me da igual dónde vayamos o lo que hagamos. Solo quiero estar con él.

No para de sonarme el teléfono, de recibir infinidad de WhatsApp, de tener que contestar múltiples correos electrónicos y escribir en determinados y diversos escritos judiciales en los que tengo un fin de plazo inmediato, al mismo tiempo que hablo con el equipo varias veces, comunico estrategias, superviso los pagos y cobros. Son los dos días siguientes a mi llegada, jueves y viernes. Andrea me conoce en pleno aborigen de trabajo. Presencia en directo lo que es una absoluta locura, mi día a día. Se asombra. Es como si pudiese observar mi cerebro por dentro y ver todas las conexiones neuronales que este hace para estar llevando al unísono veinte temas muy distintos a la vez. Me ve en ese rictus seria, concentrada, dónde mi cerebro y mis neuronas viajan más rápido que la velocidad de la luz. En algún brevísimo descanso me gasta alguna broma, aunque sabedor que mi cuerpo no se relaja porque mi mente está en plena activación. Hemos cambiado de apartamento, porque el que había contratado Andrea no estaba muy acondicionado y no funcionaba bien la calefacción. Empieza a hacer mucho frío. Es frío de nieve.

Tras dos días y con el trabajo más importante ya encauzado, solo pendiente de algunos retoques y supervisión, apago el ordenador. «Bienvenida, Cri. Ahora eres tú». «Tengo que buscar una fórmula mi marinero. Sé que sirvo para mi profesión, pero aún sé más como hecho cierto que no quiero seguir mucho más tiempo así».

Después de una ruta en coche por barrios de la Spezia que no conozco, aterrizamos en una casita, en la ladera de una montaña. Es viernes noche. Ha conducido Barbara. Toni va de copiloto. Mi marinero y yo detrás junto con Penélope, que no falta a ningún encuentro. Se abre la puerta y solo entrar una mesa muy grande y preparada con todo lujo de detalles para cenar, nos espera. Estamos en casa del tío de Andrea, el hermano mayor de Barbara, junto a su segunda mujer, Roberta y su hijo de catorce años, Matia. La casa ya está toda decorada con motivos navideños, que te hacen pensar que has llegado a una especie de parque fantástico o de atracciones. En la mesa no cabe más comida ni más platos. Es un festival. Me siento cómoda, muy cómoda. La cena transcurre como lo que es, una cena familiar. Matia, a pesar de tener la misma edad de Puchi es mucho más infantil, pero no por ello deja de ser un niño muy extrovertido, que disfruta compartiendo. Me fijo en la tremenda adoración que tiene por su mami. Y, me imagino que sería la misma que Andrea de pequeño sentía hacia Barbara (la mama). Cenamos mucho. Hay risas, sobre todo, cuando oigo que Toni al salmón ahumado lo pide como «Pásame el plato de Omega3». El roncito, el buen ron no falta. Ya ha corrido la voz de que me gusta. Nos tomamos una copa, mi marinero y yo. De regreso volvemos al Distró, donde hemos ido antes de cenar a hacer un aperitivo con los amigos, y donde volvemos después porque hemos quedado con Ori y Mikli para tomar una copa, que al final se convierten en dos gin-tonic. Andrea me comenta que Roberta le ha dicho que: «Cri, está promocionada» (similar a cuando una alumna pasa de grado escolar). Ja, ja, ja.

Es sábado. Mi marinero se ha ido de ocho a diez horas a clases prácticas de navegación a la Escuela Náutica para obtener el título de Capitán. Cuando regresa me encuentra en el ordenador trabajando. Me trae nueces. Sabe que me gustan y que las suelo comer por las mañanas. También trae queso fresco, jamón, pan, una tarta de verduras y cosas varias para llenar la despensa, y para decorar el apartamento, un arbolito de Navidad pequeño enfundado en las barbas de un Papá Noel que ubico al lado del jarrón dónde he colocado la rosa roja que me trajo al venirme a buscar al aeropuerto de Bolonia. Desayunamos algo y ambos decidimos, como si fuera una cuestión ya pactada, que seguimos el sábado entre sábanas. Hacia las 12,30h le recuerdo que hoy está invitado a comer. Mañana día cinco de diciembre es su cumpleaños y lo celebramos con sus amigos, pero esta noche no lo veré porque le ha salido un trabajo de chofer para ir a recoger a una persona al aeropuerto de Bérgamo en Milán, y es por ello que le planteé el invitarlo a comer. Queremos ir al restaurante de su amigo Patrik en el casco viejo de la Spezia, pero está cerrado, solo abren por la noche, así que el lugar escogido después de un breve paseo es una Tratoria llamada Il Giardinetto, al lado del apartamento. Está lloviendo. Los dos sabemos, aunque no lo hemos hablado, que queremos que la comida acabe pronto, para subir otra vez al apartamento. Sabemos que las sábanas de esta mañana nos han sabido a poco y que vamos a continuar. Y, así es como sin hablarlo, sin decirlo, llegamos a casa y nos mezclamos camino del infinito.

Es solo una silla roja de plástico al lado de un ventanal sin cortinas que da a la calle Vía Prione, donde se divisan todos los balcones del edificio de enfrente y por supuesto, dónde todos esos balcones nos pueden divisar a nosotros, la que es testigo directo del cómo dos enamorados se hacen el amor una y otra vez aunando la furia de un león y la belleza y delicadeza de una mariposa. Tremenda conexión, complicidad, amor e inmenso placer nos fusionan en un espacio maravilloso en la cocina de ese pequeño y entrañable apartamento. ¡Qué tarde tan maravillosa!

Nos unen ya muchos códigos, entre frases hechas, canciones y gestos. Tomo conciencia de cómo a cada paso se construye y toma forma y contenido nuestra relación basada en un bienestar absoluto cuando estamos juntos. No necesitamos nada más. Simplemente, estar juntos. Andrea me ama. Lo sé, lo noto, lo transmite con todo su ser, lo siento.

Me explica Andrea cómo se atrapó por mí en los días que compartimos en mi primer viaje a Italia: «No podía pensar en otra cosa, Cristina, más que en ti. Incluso tenía ganas de terminar las faenas que tuviese que hacer para pensar en ti. No quería que mi mente se ocupase de otra cosa, más que pensarte». En ese momento entiendo cuando me dijo que yo era un tsunami en su vida. Llevamos cuatro meses juntos y ya puedo confirmar que estoy de lleno en otra vida. Y, sí, es la más bonita. La intensidad con la que nos estamos conociendo es inmensa y proporcional al amor que nos une. «No quiero estar sin ti, amore. No quiero vivir sin ti». Son las frases de mi marinero.

El cumpleaños de Andrea lo celebramos en Lerici, en el restaurante 1918, donde trabaja Silvia. Creo que ya es la tercera o cuarta vez que vamos juntos a dicho restaurante. Le tengo un cariño especial. No somos todos los que en un principio iban a venir. Hay cuatro anulaciones. Observo que a Andrea no le gusta que la gente espere a última hora a causar baja, cuando él además considera que no hay compromiso alguno. La comida transcurre muy bien, amena, divertida. Hay muchísima comida. Creo que en Italia se come más cantidad que en España. No le he traído

ningún regalo de cumpleaños a Andrea. Antes de venir, tuve una avalancha de trabajo sin tiempo ni siquiera para poder pensar en un presente. Mi marinero me comenta que el regalo soy yo, el estar ahí celebrándolo con él. Y así es cómo lo seguimos celebrando, yéndonos a cenar, dónde cenamos la primera noche que nos conocimos, en el Restaurante Antica Osteria Dell'Uva.

Nos asignaron una mesa de dos en el interior. Prácticamente, empalmamos la comida con la cena, ya que fuimos bastante pronto. Cuando llegamos, solo había una mesa ocupada con dos comensales, pero ya entrado el primer plato, el restaurante se empezó a llenar con una pareja de chicos que creo que eran españoles, dos turistas franceses y otra mesa de siete personas. Absolutamente todos no nos sacaban el ojo de encima. Llamábamos muchísimo la atención. Yo decidí cambiarme de sitio y sentarme justo al lado de Andrea, invirtiendo el orden de los cubiertos. No parábamos de reír, de sonreírnos, de lanzarnos besos, de acariciarnos la cara, de fundirnos en abrazos, de conversar de forma amena, divertida. Y todo ello, con un brillo en los ojos espectacular. Estuvo diluviando toda la noche, pero nosotros éramos dos soles inmensos en aquel restaurante, radiando luz, brillo, calor. Radiando vida.

Pantalón corto tejano por encima de las rodillas. Piernas bronceadas, atemporales, bien definidas. Le arropa una camiseta, un jersey no muy gordo y un anorak finito. No sé si es el dueño, o un simple camarero. Está recogiendo las mesas de la terraza del restaurante La Marina, ubicado en el mejor sitio de Portovenere. No tendrá menos de setenta y tres años, y tiene una vitalidad y sonrisa que no dejan indiferente. Hace frío, muchísimo frío. Creo que a ese buen hombre no le afecta. Parece un hombre de mar. Es lunes, festivo en Barcelona, así que los planes con Andrea eran totalmente lúdicos. Hemos comido en la terraza de dicho restaurante. «El sol besa a las guapas», me ha dicho Andrea, mientras nos servían la comida en la terraza, que, por cierto, estaba buenísima. Hoy es un día redondo, porque Andrea acaba de contratar el amarre del barco con el que empieza su andadura empresarial junto con su futura socia Ester, y además en el mejor lugar donde podría desear, ya que le permite apear a los turistas. Me invita a comer, quiere celebrarlo. Está pletórico, muy contento. Hablamos de muchas cosas, pero sobre todo de «lo nuestro». Le llama su amigo Marco y aterrizamos, después de pasar mucho frío de vuelta en el escúter, en el barrio de Pegasano, en el bar donde cada cliente tiene su cuenta y hay una mesa para jugar al pimpón. No logro ganarle. Empatamos 2-2. Empiezan a llegar amigos, conocidos. Es como si se reuniese una fauna autóctona del lugar, cada uno muy diferente del otro, pero reinando risas, muchas risas y muy buen ambiente entre ellos. Seguimos la tarde en el apartamento. Tenemos timba de póker con Jeny Luca, un queridísimo amigo de mi marinero. Y, ¡cómo no!, si era su día. Ha ganado Andrea con diferencia. Su día redondo es perfecto.

Es martes, el último día. Comemos un menú con Ori muy digno y pasamos un rato muy agradable. Después, vamos al supermercado. Andrea me quiere cocinar esta noche una pasta típica italiana hecha con una especie de tocino y crema de gorgonzola. Compramos un buen vino y nos vamos a media tarde al apartamento. Cada vez me gusta más intimar con Andrea. Siento que me llega al corazón cuando entra dentro de mí. No para de decirme: «Te amo». A media tarde vamos al Distró a hacer un vino con los amigos que se van a ir a cenar, porque el miércoles también es festivo en Italia. Compartimos risas, varias cervezas y dos copas de vino y nos volvemos al apartamento. Es la última noche, y como siempre, Andrea tiene una luz especial en los ojos que significa al igual que la canción de Estás hecha para mí el «Amo cuando vienes,

odio cuando te vas». Me mira con añoranza. Es como si me echara de menos, antes de que ni siquiera me haya ido.

«¿Qué es lo que más te gusta de mí, Cri?». «Tú, Andrea. Lo que más me gusta de ti, ERES TÚ».

Cri (08/12/2021)

Entre el quinto viaje a Italia y

el segundo a Valldoreix-Barcelona

Al aeropuerto de Bolonia nos ha acompañado Ori, así después ellos aprovechaban el trayecto para pasar el día por esa maravillosa ciudad.

Al llegar al aeropuerto de Barcelona, ya tengo un mensaje. «Amoreeeeeeee con un corazón. Estamos en Bolonia tomando un vodka. Ya, ahora, te echo tanto de menos».

Como ya es costumbre, llego a casa, deshago la maleta y empiezo a escribir mi Cinque Terre V para enviárselo a mi marinero. De entre sus mensajes, hay un «Cuanto te quiero, cuanto te amo y cuanto calor quiero generar contigo».

Estoy contenta, alegre. Me pongo la música que me conecta con Andrea. Me gusta pensar en él desde la música y me viene a la cabeza una especie de poesía que compuse en octubre del 2016, pero que no acabé el último párrafo.

¿Qué, es para ti la música?, me preguntas

La música es naturaleza, es un elemento más

La escucho cuando me acerco al mar

La siento, de entre los árboles en movimiento

En las montañas, está presente con su eco

Y, me acompaña con las mareas y el viento

La música me arropa, me abriga. Es mi fiel amiga

estando presente en los momentos más importantes de mi vida

Es la invitada especial en todas mis fiestas y ceremonias

Incluso lo será el día de mi despedida

La música no se inventa se compone

con sentimientos, ritmos, notas y armonías

Y aunque la gente se empeña en registrarla, ella no tiene amo

es más libre que nosotros los humanos

La música me calma si estoy fiera, suaviza mis luchas y guerras

Y me dibuja lágrimas o sonrisas en los momentos de llanto o de alegría

Se desliza por mi piel con gotas de sudor al bailarla que salen de mi cuerpo

y al unísono se impregnan en mi alma

La música es también silencio

pues sus notas siempre me acompañan por dentro

Es como si fuera también parte de la máquina del tiempo

pues me permite viajar estando solo y quieto

La música está en el aire que respiro, forma parte de mi movimiento

Es mi idioma universal y mi único rezo

alimenta mis sentimientos, agranda mi corazón

y me hace sentir que formo parte del infinito universo

Si me sigues preguntando que es la música podría decirte …..

A mi llegada a Bolonia, Andrea me vino a recoger con el coche de su amigo Ori. Solo entrar dispuestos a emprender el viaje a la Spezia, me dice que no se ha traído el conector de su móvil y que en ese coche solo se puede escuchar la radio y que Ori solo tiene frecuencias de radios albanesas, por lo que en todo el trayecto escucharemos música típica de Albania. Me explica su viaje años atrás a la tierra natal de su amigo, Albania. Los lugares que visitaron y destaca de ese viaje, la calidez y hospitalidad en que fue tratado. «En esa tierra, Cri, si vienes con un albanés para su familia y todo su entorno, eres uno más. Es espectacular en todos los sentidos el trato que recibes». Enciende la radio y la primera canción que suena es «Bésame, bésame mucho» cantada por Sara Montiel. Mil carcajadas siguieron todo el viaje y los siguientes encuentros con Ori.

Se acerca la Navidad. En la Spezia me ha comentado Andrea que también celebran el San Esteban y su familia es muy tradicional en las celebraciones. Así que he decidido cambiarme el turno de vacaciones de Navidad con el Papi de Máxima. Tendré el primer turno, desde la salida del colegio hasta el uno de enero. Le he dicho a mi marinero que se venga a Barcelona del treinta de diciembre al nueve de enero. Previamente, le he comentado a la Puchi si le apetece coincidir con Andrea del treinta de diciembre al año nuevo y celebrar el fin de año juntos y me ha dicho un sí muy grande. Todo es perfecto. ¡Qué bien!

He acabado de ver la serie, los últimos cinco capítulos de la Casa de Papel. Me gustan mucho las reflexiones sobre la vida que realizan los personajes y que son una constante en toda la serie. Me llama la atención especialmente una: «Una persona se da cuenta de que se hace mayor cuando va perdiendo sus sueños». Reflexiono, si eso es hacerse mayor, aún no me ha llegado ese momento. Es más, decido que nunca me quiero hacer mayor. Los sueños son parte de la vida, y yo quiero seguir viviendo. Es que los sueños no son aquellos que tienes mientras duermes, sino los que piensas cuando estás despierto. Justo en ese momento, mi amiga Nekane sube unas fotografías en Instagram celebrando su cincuenta y tres cumpleaños, acompañándolas con un texto en el que dice que su edad la tiene muy confundida, porque ella se siente como si tuviese treinta: «Si no tuviese un carné de identidad que me recuerde mi fecha de nacimiento, yo diría que tengo treinta. Ja, ja, ja. Así que hoy quiero lanzar una flecha en favor de esta maravillosa edad, donde uno puede vivir desde la serenidad que da la experiencia y desde la ilusión que me provoca cada día saber dónde y con quién quiero estar. Hoy estoy donde quiero, tengo los mejores amigos del mundo, una gran familia y los hijos más maravillosos que alguien pueda soñar. Hoy me permito ser quien quiero ser, me acepto y no necesito ninguna máscara para ir por el mundo, porque muchas cosas ya no me afectan como antes. Sé que quiero mantener y que quiero cuidar. Puedo vivir sin estrés y sin prisas, porque sé que ya estoy viviendo la vida que quiero vivir.

Ahora el tiempo me sabe diferente, ya no corro para llegar a ser o para alcanzar algo, no corro detrás de nada. Ahora que les den a esas ansias de comerme el mundo. Ahora lo disfruto, lo vivo, lo saboreo, lo aprecio y lo agradezco. Ahora quiero seguir aprendiendo, mejorando. Quiero pasármelo bien y quiero compartirlo. He llegado al momento perfecto donde todo está bien».

Solo leerlo, le contesto con un: «Felicidades, guapísima y te entiendo perfectamente, aunque he de decirte que me doblas la edad. Yo me siento, como una niña de quince años, dónde todo está por llegar y queriendo vivir ese todo. Ja, ja, ja».

Una de las cosas que valoro de mi relación con Andrea es la comodidad con la que ambos nos comentamos que hemos hablado, ido a comer o a cenar con amigos, sean del sexo que sean, hayan tenido o no con anterioridad una relación íntima con nosotros o no. Este hecho, que considero tan natural, es foco de auténticos problemas en muchísimas relaciones, donde la confianza brilla por su ausencia y reina la inseguridad personal.

Estamos en diciembre y se acerca el día de mi cumpleaños. Estoy dando un gracias a un gesto cotidiano y me entra la inspiración, esa que me invade como un duende cada mes de diciembre. Cojo el coche y me voy a casa, tengo que escribir. Relato mi diciembre, mensaje navideño de estas fechas.

Diciembre de 2021

Gracias vida, por ser tan generosa conmigo
por permitir que me acompañen en mi recorrido
personas para mí tan importantes, y entren de nuevo
y se sumen otras maravillosas y grandes como gigantes

Por ser agradecida también de las que ya no están
y de mi formaron parte incluso, de las que voluntariamente se han ido
porque con todas ellas profunda y personalmente he crecido
y me han ayudado a trazar mi propio camino

Gracias vida, por poderte dar los buenos días cada mañana y
bien entrado el anochecer desear a ciegas que llegue el siguiente, alba
Gracias vida, por haberme presentado montañas, mares, vientos, flora y fauna
por abrigarme con el sol, y recibir de la lluvia siempre una especial inspiración
por poder contemplar esa maravillosa luna, cielos estrellados,
fabulosos paisajes, atardeceres inolvidables
y haber estado en espectaculares e increíbles lugares
que me atrapan y me dejan una huella especial en el alma

Gracias vida, por no haberme arrebatado de forma cruel
y casi anónima a ningún ser querido en esta brutal y desmedida pandemia
y haber podido abrazar a quién si ha sufrido esa dolorosa pérdida

Gracias vida, por haber nacido aquí y con orgullo lo digo, también mujer,
y depender solo de mí, elegir quién ser
Y, desde esa libertad, decidir que quiero cada día un compartir
disparar besos directos al corazón
y gritar que lo más importante de ti es vivir con amor.

Gracias vida, por un cuerpo que puede correr, saltar y bailar
Por cinco sentidos que me provocan placer y un no parar de disfrutar
Por una mente, que no abriga ni arrastra ninguna mochila emocional.
Y, por un corazón, que lo único que anhela es llenarse y agrandar

Gracias vida, por esta profesión de abogada
Por esas más de seis mil experiencias vividas
que me han permitido formarme y crecer con dosis de sabiduría
e incorporar cualidades excelentes de lucha, tenacidad y valentía
para defender con equidad, libertad e igualdad las tremendas injusticias

Gracias vida, por tolerarme cumplir años
y al unísono seguir sintiéndome una feliz niña
llena de ilusiones y sueños, embriagada de bonitas fantasías
y siempre, con vital esperanza y una enorme alegría

Gracias vida, por dejarme ser la protagonista de la mía.
La única responsable de mis éxitos y de mis fracasos

Por estar llena de ti y ser dueña de mis estados de ánimo

Por abrazar, cuando llega, la tristeza, los duelos y los desengaños

y seguir sonriéndole a la vida, con la ilusión de una niña de quince años

Y, sobre todo, como cada mes de diciembre que me uno a tu cordón umbilical

Gracias, queridísima Mamá, porque sin ti, no podría dar las gracias a la vida

y no existirían ni Pol ni Max, los dos auténticos e inmensos tesoros, de la mía.

FELIZ AÑO 2022 (Cristina).

Siempre, antes de compartirlo con familia, amigos, compañeros y clientes, se lo envío de forma previa, a mi compañera Natalia y a mi hermana Conchita. Natalia es una chica que se ha trabajado mucho por dentro, es abogada y mediadora y ha hecho muchos cursos de terapia sistémica y otros. Tiene un mundo interior muy profundo. Mi hermana, Conchita, es de las hermanas que más conecto a nivel emocional. Nunca juzga ni prejuzga. Deja vivir.

Respuesta de Natalia: «¡Qué bonito! Agradecer es estar en una frecuencia energética alta, cosa muy positiva. Noto en tu escrito una evolución personal grande… ¡Me alegro mucho!!».

Respuesta de Conchita: «Cristina, te abrazas a la vida, eres tú única dueña y estas en paz contigo misma, más equilibrio que ese, no existe. Demuestras un control y equilibrio sobre tu vida único. Me alegro mucho por ti. Un besazo».

Qué bien. Ya está listo para enviar. Y, al enviarlo, se me agranda el corazón al recibir las respuestas. Cuando se la envío a Andrea, le añado: «Gracias amore, por haber entrado en mi vida, hacerme sentir tu protagonista y amarme de una forma tan bonita. Me siento muy querida y muy feliz a tu lado». A lo que me responde: «Sei un esempio di vita amore. Sono fiero di essere al tuo fianco e di poter condividire con te tutto quello che possiamo imaginare. Ti amo e non voglio perderti mai» [Eres un ejemplo de vida amor. Estoy orgulloso de estar a tu lado y de poder compartir contigo todo lo que podamos imaginar. Te amo y no quiero perderte nunca].

Una noche de invierno salí con mi hermano a cenar y de copas, estando en el Carpe Diem me presentó a dos conocidas, amigas de amigos suyos y con una de ellas entablé una conversación. Noté como si me quisiera explicar algo. Al poco rato le escuché que acababa de publicar un libro, su primer libro. Qué gracioso, esa intuición que me acompañó a sentarme en esa silla era por eso. Estuvo bastante rato hablando de su libro, los contactos que había hecho para su publicación, el contenido de este. Cuando finalizó le expliqué la idea sobre el mío. Lo primero que me apuntó es que no se debía llamar así, sino Cartas de Cristina, que no le diera el protagonismo a otro, que la protagonista de esta historia era yo. A ello le sucedió la supuesta

explicación del porqué de su sugerencia, una mezcla entre feminismo, reivindicación y una supuesta buena autoestima que nos hemos de profesar las mujeres. Después de escucharla pensé que formas tan diferentes y variopintas canalizamos los humanos los conceptos. Si algo ha caracterizado mi vida es precisamente hacer todo aquello que me he propuesto sin sentir que mi condición de mujer pudiese representar algún tipo de limitación. Las limitaciones están en tu mente, no en tu sexo. Tu mente se compone de creencias, muchas de ellas provienen de dogmas impuestos, simplemente las has de identificar, desprogramar y vencerlos.

Es de educación, cuando en una conversación el otro no ha entendido el mensaje, decir que no te habrás explicado bien. Así que le vuelvo a detallar el porqué del título.

Este libro es una historia de amor en tiempo real entre dos personas de lugares diferentes, con fechas de nacimiento alejadas entre sí, con mundos profesionales dispares, distintos y sin ningún tipo de conexión entre ellos, con compromisos y responsabilidades familiares absolutamente distantes, que se conocen una tarde a través del cruce de una mirada acompañada con una dulce y bonita sonrisa. Es una oda de pasión, conexión y complicidad en la que dos almas deciden compartir mente, cuerpo y corazón, sin importarles lo más mínimo esas diferencias que, precisamente, son en las que se conjuga y enriquece su bonita relación. No puede tener otro título. Es él el que me ama así, el que me envía mensajes de amor constantemente, fotografías de su navegación, de atardeceres, de bellos paisajes, el que me regala rosas de todos los posibles colores, el que me hace el amor con la dulzura de una mariposa y la furia de un león bombeando su corazón tan fuerte que cuando se acaba el acto y nos quedamos en silencio sus latidos retumban en la habitación. Es él el que conduce el escúter con una mano para con la otra arroparme la pierna, el que se ha inventado el gesto con los pies que significa te doy un beso y te echo de menos aun estando conmigo. Es mi marinero el que siempre me lleva a navegar en travesías que se convierten en robados de mi vida, dónde siento enorme paz, comunión con el mar y en las que todos mis sentidos afloran de una forma especial y auténtica. Es él el que tiene el brillo de ojos más bonito del mundo cuando me mira. Es mi marinero, mi fuente de inspiración.

Valldoreix-Barcelona II

Doce campanadas. Uvas, una prenda de color rojo y cava en la mesa. Nervios y excitación. Máxima está radiante. Andrea está muy contento de que entremos el año juntos. Me siento afortunada. La entrada del Año Nuevo es fantástica. Abrazos, besos, alegría. También está invitada mi amiga Carla. Sus hijas hacen videollamadas, Andrea se pone un gorro de Navidad de color rojo y trenzas blancas en la cabeza para saludarlas. Noche divertida. Hay toque de queda en España. Carla se va pronto. Nos quedamos con Puchi unas tres horas escuchando música y después ella alarga la noche. La veo cómoda, muy cómoda y natural. Qué bien. Bienvenidos todos al año 2022.

Tengo varios detallitos que me ha traído Andrea. Un pañuelo tipo fular muy bonito de su tía Chantal. Un pequeño panetone en una caja de decoración de Dolce Gabana, una infusión y unos pendientes que me los regala Barbara, la mama. Mi marinero me comenta que su regalo ya me lo enseñará más tarde. A los dos días me encuentro un papel especial de su amigo Cristian de Milán en mi almohada con una frase que reza «A mi dueña», y una especie de látigo con flecos. Ja, ja, ja. Mi marinero ya hace meses que me dice que soy su dueña, y ahora quiere que actúe como tal. Ja, ja, ja.

Los dos días que hemos coincidido en casa con Máxima me han gustado mucho. Hemos compartido momentos y conversaciones, sobre todo, a la hora de comer, siendo el sitio elegido la mesa alta del porche en el exterior de casa, ya que la temperatura de estas Navidades está siendo primaveral. En estos dos días, atípicamente Máxima no ha quedado con sus amigas, se ha pasado todo el día con nosotros. Me pide alargar el día 1 de enero para que su papi en vez de venirla a buscar por la mañana, lo haga a última hora de la tarde. Muy buena señal. Planteo por la tarde mirar una película de suspense o de terror. Estamos sentados en el sofá de la chimenea por este orden: Andrea, yo y la Puchi. Andrea ya ha visto la película. Empiezan las escenas de miedo, la Puchi cada vez está más encima de mí, hago bromas, muchas preguntas, añado suspense y la Puchi acaba quitándome el sitio y abrazándose a Andrea. Ja, ja, ja.

Paseo por la playa de Sitges. Hacemos alto en el camino para tomar un aperitivo con vistas al mar y seguimos nuestro rumbo hasta el Puerto de Aiguadolç. Me apetecía muchísimo enseñarle el mar a Andrea. De regreso le propongo hacer un alto en Barcelona, y quedamos con mi hermano Carlos para tomar una copa en el bar de la avenida Paralelo NI KABANA. Son amigos de él y la Vicenta y nos tratan con muchísimo cariño. Se acopla la Vicenta y nos vamos a cenar a un bar de tapas en pleno barrio del Poble Sec. Fue una noche similar a estar en el Distró de la Spezia. Cena muy divertida, interactuando con conocidos y desconocidos, muchas risas, bromas, predispuestos, todos los comensales a divertirnos. No sé ni cómo llegamos a casa, después de tantos chupitos.

El primer día del año fuimos a cenar a casa de Carla con su hermano Miguel y su nueva pareja y Marta y su pareja Joan. Andrea estuvo muy observador. La cena transcurrió como cuando el mar

empieza a picarse con las olas, por mis conversaciones con Carla, que al introducir el tema de su hija Claudia, con la que mantengo una relación personal, y de su novio Eduardo, a veces nos devorábamos dialécticamente y otras nos encontrábamos. Esa cena tendría que haber estado en otro día de la semana, tal vez después de la que fue tan divertida con mi hermano Carlos, pero era una invitación y teníamos que acudir. Miguel, el hermano de Carla, es un encanto. A mitad de la noche apuntó que las personas sentimos de dos formas, con emociones abiertas y emociones definidas. Que las emociones definidas funcionan en las personas sabiendo que es lo que sienten y las abiertas son aquellas que se toman prestados los sentimientos de los demás como propios, generándose cierta confusión. Me dijo que yo claramente era de emociones definidas. Nunca he leído sobre esa materia, así que le pedí que me pasara información. Creo que Andrea es como yo, en cuanto a forma de sentir.

Le propongo a Andrea hacer gimnasia en casa, que sea mi entrenador personal. Después de calentar quince minutos él en la máquina de correr y yo, dando puñetazos con los guantes de boxeo, empieza la clase. Andrea monta una serie de ejercicios y yo hago otra que no es la que él ha indicado. Ja, ja, ja, no hago caso al profesor, pero me gustó mucho hacer gimnasia con él, compartir ese momento.

Aunque me prometí no ir al despacho, tengo que acudir para tener una conversación con Claudia antes de que empiece el día a día a la vuelta de las Navidades. Coordino con mi hermano Carlos que se lleve a Andrea a visitar algún lugar de Barcelona y acertadamente se lo llevó por las Ramblas y a hacer un aperitivo al Mercat de la Boquería. Mi marinero probó las navajas. Le gustaron. Después comimos los tres juntos al lado del despacho en el Brunaqui, un bar restaurante que regentan tres hermanos italianos de Nápoles muy atentos y amables. Con ellos he tenido múltiples conversaciones de la bella Italia y de la Costa Amalfitana, que ellos, como buenos italianos, consideran la costa más bella del mundo. Cuando me expresaron este sentimiento. Compartí con ellos un escrito que realicé hace años sobre la costa amalfitana.

Cuenta la leyenda que el dios Heracles se enamoró de una Ninfa. Cuando esta murió la quiso enterrar en el lugar más bonito del mundo y escogió Amalfi, tierra a la que después cedió su nombre.

Vengo de estar unos días en la Costa Amalfitana. El lugar me fue recomendado por una persona que me conoce bien. Me dijo que allí encontraría inspiración para pintar algún cuadro o simplemente escribir esa serie de escritos que hago que conforman una especia de bitácora personal.

Era lunes, acababa de constatar serios problemas empresariales y decidí irme de viaje. Asociando la recomendación de dicho lugar con la posibilidad de que la escapada fuese compartida se me ocurrió hacer un regalo. Busqué fechas, planeé con cariño el trayecto y las estancias y, me inventé un presente de los que me gustan a mí, sin obedecer a fecha alguna y saboreando todos sus detalles.

A 55 km. de un Nápoles con aparente poco encanto, de atmósfera polucionada y tráfico de

parecido tercermundista se extiende una costa abrigada por unas increíbles montañas dónde uno se encuentra cómodo, como formando parte de esa naturaleza y, agradecido, de que, en su vida, por una serie de curiosidades, unos días transcurran por ese lugar. ¡Qué flores tan bonitas!, estaban arropándote allí por dónde ibas.

Hay una parte de mí que se aflora en los viajes. Tal vez sea la más salvaje o quizá la más auténtica. Me encanta olfatear nuevos olores, disfrutar de colores intensos, saborear nuevos vinos, no mirar el reloj y dejarme llevar por los instintos. ¡Qué bueno está el limoncello! Recomiendo un licor hecho por la mama de Mattias compuesto de anís, café, muchas hierbas y, entre ellas, a destacar, la maría. No sé cuan belleza habrá en otros pueblos, pero es de consejo visitar y estar en Positano; comer en el restaurante de Mariano, auto denominado el «rey del olio»; tomar una copa al atardecer en la terraza frente al mar del hotel Le Sirenuse; y, de buscar gente amable, ir a cenar al Mistral en la plaza del pueblo que sigue a Amalfi.

Guardo algunas fotografías y el agradable recuerdo de haber disfrutado cómo lo haría una feliz niña. Tenía cierto temor de que me hubiese excedido en días, determinada incertidumbre de en qué se ocuparía el tiempo, pero puedo decir que no me ha sobrado ni un minuto, es más, solo llegar ya echaba de menos ese maravilloso lugar.

Cristina (10 /06/ 09)

De vuelta a casa, estando sentados en el sofá, le planteo a Andrea: «¿Qué quieres hacer? ¿De qué quieres hablar?». «Quiero hablar de lo que a ti te incomoda hablar».

Lo puedo decir en voz alta. Es la primera vez que coincido con una persona que no quiere apagar la luz de la mesita de noche si hay un tema pendiente por aclarar en el mundo de la pareja. Andrea me desmonta. Soy capaz de percibir que mi marinero tiene una inteligencia emocional brutal, mucho mayor de la que le suponía. Me expone que cree que necesito un espacio para reflexionar, sí sé lo que quiero, que nota que sus mensajes de amor producen para su enorme sorpresa una sensación distinta en mí, justo el efecto contrario de la intención que él le pone, que ha sido siempre la misma desde que me los dice. Con ojos llorosos y el corazón encogido me expone que cree que lo mejor es que adelante su viaje de regreso a Italia y así estando separados tenga ese espacio que él cree que necesito.

Mientras escucho a Andrea, intento analizar qué me está pasando, por qué sí que le reconozco que he generado un clima más frío y él lo percibe con solo mirarme a los ojos. Le explico que sus mensajes de amor me siguen encantando, que creo que lo que me ha generado una especie de presión es cuando me involucra en querer tener la afirmación y confirmación de mis sentimientos antes de que los pueda expresar yo de forma libre y espontánea en el instante que sea mi momento. Es como si notara que es la primera vez que no vamos a la misma velocidad, por un lado, porque mi mundo de responsabilidades está en un momento tan álgido que no estoy lo suficientemente en calma —situación que en Italia no me ocurre— para estar al cien por cien y, por otro lado, y tal vez el más importante, es que estamos empezando a conjugar estados diferentes, el mío de deseo y el suyo de necesidad. Hablamos mucho y reconducimos la

situación. Propongo alternativas a su marcha, porque solo pensarlo, ya sé que antes de que se suba al avión me estaré dando de cabezazos contra la pared y él, cuando esté en el avión, tendrá ganas de tirarse y volver nadando. Le digo que somos muy tontos si no aprovechamos los momentos en que estamos juntos para amarnos locamente y disfrutar los dos de nuestra presencia. Entre sonrisas y lágrimas nos fundimos en un abrazo, aunque yo sé que dentro de mí hay algo que tengo que analizar.

“Tengo miedo, Andrea. Sí, esta mujer con tantas Cristinas, tantas responsabilidades, que siempre está en la cúspide de la pirámide procurando el bienestar de todas las personas que tiene bajo su recodo, tiene miedo. Miedo a hablar del futuro. Miedo a hacernos daño. Miedo, a que tú un día te despiertes y me encuentres mayor y ya no me desees. Miedo a poder fallar. Miedo a creer en tu amor, porque a mí nunca me han amado como lo haces tú. Y es por ello que me es más fácil estar y ser, y no proyectar.

Y, por ahora, no quiero enfrentarme a ese miedo, prefiero convivir con él al mismo tiempo que paralelamente vamos construyendo nuestra relación, porque a buen seguro que, si vamos a buen puerto, mis miedos se irán disipando solos. Aun así, tengo sueños estando despierta y me veo a tu lado cuando llegue el buen tiempo en tu preciosa barquita, navegando y mirando el cielo estrellado en el mar de Cinque Terre, regados con un buen vino tinto toscano, buceando con nuestras conversaciones en lo más íntimo de nuestras almas y abrigados solo con el calor de nuestros cuerpos. Y, esos sueños me llenan de amor y me acercan a ti.

No tengo ninguna duda sobre ti, y cuanto más te conozco, más grande te encuentro. Nunca he admirado tanto el corazón de una persona. Me parece sencillamente espectacular que puedas albergar tanta sensibilidad y sabiduría emocional sin atisbo alguno de ningún tipo de ego. Jamás he presenciado como en estos días unas lágrimas tan llenas de amor como las tuyas, tanto que tus ojos se volvieron transparentes, como si estuvieras desnudo de cuerpo y alma. Estabas tan bello amore.

Soy consciente de que te estoy aportando mucho crecimiento personal, como me dijiste: «un máster de vida», pero al mismo tiempo negaría la verdad si no expresara lo muchísimo que me aportas tú. Gracias a todas las experiencias emocionales que estoy compartiendo contigo, se está fraguando «la mejor versión de Cri».

Indago por Internet y descubro el Camino de Ronda en la Costa Brava desde Torre Valentina hasta Playa de Aro. El día es de sol radiante, así que nos levantamos temprano y vamos hacia San Antoni de Calonge. Es una excursión de unos ocho kilómetros aproximadamente y fue absolutamente agradable, preciosa. Intentamos comer en el restaurante más concurrido del paseo del pueblo, pero estaba lleno y acertadamente decidimos tapear en el bar de al lado, dónde la camarera nos trató como si fuésemos clientes de toda la vida, incluso fuera de carta le sirvió pimientos verdes a Andrea, que creo que se ha convertido en su guarnición preferida, le encantan.

Llegamos a casa y le digo a Andrea que me espere en la cocina. Me ducho, busco de entre mi ropa interior unas medias negras acabadas con puntilla roja, una liga roja y negra, un conjunto de ropa interior negra muy sexy y un ligero muy sensual. Me pongo unas botas negras muy altas de

tacón y cojo el látigo, y entro en la cocina espetando. «Aquí está tu dueña». Noche de intimidad y pasión brutal.

Hoy es el último día de mi marinero en Barcelona. Por la mañana vamos a comprar al Erosky, el centro comercial de Sant Cugat. Máxima me ha dicho que vendrá a comer y que por la tarde se apuntará una amiga para trabajar en un regalo sorpresa que ha ideado Max para Tania y Sofía, dos de sus mejores amigas de clase que se van de intercambio trimestral del colegio a Inglaterra. Le digo a Andrea que le cocinaré conejo con pimientos y, por la noche, ideamos que él prepare un plato de pasta, así que compramos todas las hortalizas que necesita para hacer la salsa (apio, zanahorias, cebolla, tomates) y un trozo de queso parmesano.

La comida con Puchi estuvo muy bien. Creo que el abrazo de la película de terror les ha unido. Ja, ja, ja. Después de reñir bromeando a Puchi para que no se acabara la salsa de la cazuela de conejo untando pan de molde como una poseída, llegó su amiga Jana y se pusieron música y a hacer el trabajo de los regalos en la mesa de la cocina. Andrea y yo nos quedamos un buen rato en el porche, siguiendo con el vino y nuestras conversaciones. Máxima me comentó de alargar su estancia, pero le dije que era la última noche de Andrea y que, si mañana, quería venir ningún problema, pero que me dejara ese espacio para estar a solas con mi marinero. Lo entendió perfectamente y al despedirse con una cara preciosa me dijo: «Que vaya muy bien, mami».

«Llego ahora, amore. Gracias de todo corazón. Muy feliz de irme después de la noche de ayer. Espero que nos veamos pronto. Te amo (con un emoticono de un corazón)». Este es el mensaje de Andrea al llegar a Florencia, al que le respondo automáticamente: «Gracias a ti, amore, por ser tan sencillamente MARAVILLOSO. Llevamos muchas noches bonitas, pero la de ayer… es como si una ya se pudiese despedir de esta vida… como pensando si puede existir algo más que la supere… Pero, si pienso en ti, en cómo eres, como piensas y, sobre todo, como sientes, no me quiero ir de este mundo aún. Nos esperan muchas noches tan auténticas como la de ayer, en la que solo teníamos la vista de una estrella y un trocito de cielo. Imagínate en el barquito (con un emoticono de un corazón)».

Estaban saliendo las niñas por la puerta que ya nos miramos, como sabiendo que lo que nos esperaba iba a prometer. Le pregunté a Andrea qué hacer y surgió el tema de un baño. No lo pensé, «nos bañamos, amore. Coge el vino y las copas, yo subo las velas y la música». Alumbro el cuarto de baño, lleno la bañera de agua hirviendo con sales de baño y gel para que haga espuma y me meto en la bañera. Me coloco en la posición perfecta para contemplar la desnudez de mi marinero antes de sumergirse conmigo y se me queda grabada una imagen de su cuerpo, de sus líneas, sus músculos haciendo una flexión con las piernas antes de entrar y ese brillo de sus ojos que me tiene profundamente embriagada. Qué cuerpo tan extremadamente varonil. Me encanta.

Es el baño más largo, apasionado y amoroso que he hecho en mi vida. Subía tanto vapor que, aunque abrí la ventana, no era suficiente para airear el ambiente más propio de una sauna, así que mi marinero fue a buscar la llave de la reja y ahí es cuando se abrió un trocito de cielo de color azul nocturno precioso abrigado con una única estrella que fue testigo directo de como dos enamorados se hacen el amor una y otra vez, una y otra vez, y, una y otra vez.

La noche siguió en la cocina (invito a todo el mundo a que vayan a sus cocinas, a que compartan momentos cuando uno de la pareja cocina. Son de los momentos en que más pilares auténticos se construyen en una relación). Busco un camisón cortito y medio abierto, unas medias bonitas, las botas altas y bajo a la cocina. Allí mi marinero está cortando las hortalizas para preparar la salsa de la pasta. Le mando música a Alexa y empieza nuestra fiesta. Un festival de besos, de abrazos, de mimos, de bailes, de muchísimas bromas y risas, de mensajes, de sonrisas, de palabras bonitas, de miradas, de complicidad, de indescriptible intimidad. Éramos los dos, pura energía, comunicándonos con un único idioma, el amor. Sí, esa noche, mi marinero y su dueña fuimos los auténticos protagonistas del espectáculo de la pasión, de estar en una vibración puramente nirvana.

El tiempo de cocción de la salsa fue larguísimo porque Andrea mide perfectamente el nivel de fuego con el manejo de los condimentos, logrando que sus salsas acaben siendo una concentrada reducción de fusión de varios sabores. De entre los tipos de pasta, escogió galets grandes (como los que se comen por la sopa de Navidad). Brutales, estaban buenísimos. Cenamos pasada la medianoche y nos seguimos amando hasta ya bien entrada la madrugada.

¿Qué le puedo pedir más a la vida? La verdad es que no lo sé. Solo sé que este año mi texto de diciembre de mi mensaje navideño era de un sincero agradecimiento a la vida por ser tan generosa conmigo y ahora tengo la sensación de que cada día me ofrece un día aún más bello.

Cri (09/01/2022)

Entre el segundo viaje a Valldoreix-Barcelona y el sexto a Cinque Terre

Echo de menos a mi marinero y a ese lindo lugar de Italia (Cinque Terre) que me tiene atrapada.

He estado dos semanas muy concentradas, porque además del trabajo he hecho una selección de personal para incorporar a dos abogados más. Hace tiempo que soy consciente que tengo que reforzar o renovar el equipo. La abogada que tiene más experiencia solo puede venir por las mañanas y Claudia, aunque tiene muy buen currículo de formación, no tiene experiencia. Me la quiero mucho, tengo una relación personal con ella muy auténtica, pero en el trabajo no ha funcionado. Al irse me he dado cuenta de que parte del estrés y agotamiento físico y emocional que arrastraba era por la dedicación, supervisión y corrección continua que he tenido que hacer de cualquier trabajo que le encomendaba. La semana del 17 de enero han entrado dos nuevos letrados, con los que nos estaremos evaluando en un periodo de dos meses. Uno de ellos, en un principio, parece que puede cuadrar. La otra letrada, por ahora con el trabajo encargado me reservo, quiero darle un tema desde el inicio, a ver cómo lo enfoca y si me encaja, seguiremos de prueba.

Tuve una conversación muy interesante con mi hermano acerca de esa diferencia de velocidad que noté en mi tiempo en Barcelona con Andrea. Me dijo: «Cristina, si yo conociese a una mujer como tú, que me llenase en todas las esferas de mi vida y con nota alta, te aseguro que también querría poner el ancla». Me hizo gracia que utilizara la palabra ancla, justamente cuando le hablaba de mi marinero. «A mí, me das cierta envidia, el poder vivir una historia de amor así, con tanta intensidad. Es brutal, hermana. Disfrútala a morir. Y piensa que igual de aquí tres meses, te despiertas y eres tú la que quieres más».

Ese mensaje no me dejó indiferente. Creo que, en mi carta a Andrea, utilicé la palabra miedo, pero no sé exactamente si es la correcta, porque justamente miedo no tengo ninguno. Sé exactamente lo que quiero. En este momento de mi vida me gusta estar en pareja, sin convivir la totalidad del tiempo. Tener mis propios espacios y desear con pasión que lleguen los compartidos. No quiero entrar en dinámicas de rutinas ni insertar en la vida de mis hijos la convivencia con otra persona. Me encanta viajar, disfrutar, saborear, reír y en esos planes encaja perfectamente mi marinero. Quiero a morir este romance, me satisface enormemente y espero que dure muchísimo. Lo grandioso que tiene Andrea es su capacidad de diálogo, su tremenda sensibilidad y su inteligencia emocional, a la que catalogo sin ningún género de duda de, sabiduría emocional. Es con la persona que más he desnudado el alma y con la que de forma sincera, transparente y natural puedo comentar experiencias vividas, emociones y sentimientos de cualquier clase, sin ningún tipo de pudor. Ya le dije, que siempre me había considerado como una mujer que no es nada complicada, pero sí compleja (desde la acepción de poseer diversos elementos), causalmente justo cuando él me había dicho, después de dialogar sentados delante de la chimenea sobre un profundo recorrido vital de nuestras pasadas experiencias sexuales: «Cri: ¿Cuántas Cristinas me quedan por conocer?». Como me lee mi marinero, su capacidad de

percepción es brutal.

A tiempo real de este escrito, sin haberlo hecho nunca, indago en Internet sobre la calificación que siempre he hecho de mí misma – ser compleja- y me siento totalmente identificada. Tal y como publica Sebastián Campanario (Personalidad compleja ¿Por qué los innovadores son contradictorios?. LA NACIÓN 29/08/2015).

Si hay un rasgo común que surge de manera indiscutida en las investigaciones sobre personalidades creativas es el de la complejidad, el de incluir «una multitud» de personas dentro de uno mismo, con valores y opiniones a veces opuestos. Uno de los estudiosos que más enfatiza este aspecto es Mihaly Csikszentmihalyi, el autor del best seller Fluir, quien a partir de una muestra de 91 personas altamente creativas (pintores, escritores, físicos, poetas) halló un denominador común de pensamiento y forma de ser contradictorios, incluso en términos de «androginia psicológica»: poseen características propias de su género y también del género opuesto. Csikszentmihalyi dice que este rasgo andrógino no tiene que ver con la homosexualidad, sino con escapar a estereotipos de género: las chicas creativas suelen ser más dominantes y resistentes que otras niñas, en tanto que los chicos que se revelan como muy creativos suelen ser más sensibles y menos agresivos que sus pares masculinos. No tiene que ver con inclinaciones sexuales, sino con capacidades emocionales.

Comulgo totalmente, y de ahí que sea una persona fuerte, siempre me han dicho que soy muy fuerte y a la par tremendamente sensible. Y, aún, siendo fuerte no soy dura, sino vulnerable, pero también tremendamente luchadora. Soy responsable, a veces incluso pienso que tengo exceso de responsabilidad y al mismo tiempo una loca divertida cuando estoy de fiesta. Seria y con compromiso en las cuestiones importantes y siempre bromista y con una actitud alegre. Tremendamente cariñosa y a la par, si me pongo distante soy la mujer de hielo. Sueño despierta constantemente, pero camino en la realidad. Atrevida y a la par. prudente. Organizada, pero no partidaria de la constante programación. Aúno un lado que siempre se ha concebido masculino muy importante, al ser pragmática, directa y simple en los planteamientos, pero mi cerebro funciona con el lado que se presume femenino conciliador. Muy creativa, mi imaginación es desbordante, la cual aplico constantemente en todas las esferas de mi vida, y al mismo tiempo objetiva. Puedo ser perspicaz, muy intuitiva y en otras ocasiones pecar de ingenua. Enseguida leo a las personas y a veces me cuesta identificar mis propias emociones. Extrovertida y sociable y mucho más pudorosa y vergonzosa de lo que aparento ser. Me encanta compartir buenos momentos, aunque necesito como agua de mayo mis espacios en soledad. Valiente por afrontar mis miedos, aunque he de admitir que he sufrido dos ataques de pánico, el punto más álgido de la ansiedad. Amante de la buena nutrición, del deporte y del ejercicio, el cual práctico casi a diario y al mismo tiempo de los buenos tiberios de comida, vino y licores varios y fumadora. Cuidadora, pero no servicial. Generosa sin ser altruista. Flexible y a la vez tenaz. Exploradora, viajera y al mismo tiempo amo estar en mi casa y cuidar el jardín. Siento amor infinito hacia mis hijos sin perder la perspectiva de mi individualidad como persona, mujer. Romántica y a la vez capaz de tener relaciones divertidas con ausencia total de vínculos emocionales.

Esa tarde del primer paseo en barquito con Andrea, vio a esa Cristina de fiesta, divertida, alegre, bailonga, bromista, bebedora, fumadora, pero observando que mi cuerpo desprendía ejercicio, método y control de la situación. Por la noche, conoció a la exploradora y, al día siguiente, cuando regados con buen vino en la proa del yate estuvimos hablando horas de la vida, los hijos, los padres, de determinadas experiencias, empezó a apreciar mi universo —esas otras Cristinas— del cual ya no se quiere despegar. Y, esa misma noche es cuando yo empecé a observar que Andrea era una persona especial, diferente. Su forma de funcionar en la vida, su escala de valores, los sentimientos que expresaba de sus seres queridos, cómo procesaba mis experiencias de vida que le iba comentando era completamente impropio de un chico que, sin saber su edad, presumía mucho más joven. Con mi marinero la atracción empezó en lo que llamo «conocerse en pantalones cortos», sin ningún atuendo que dé señales de quién eres, de cómo vives, a qué clase social perteneces, tus medios de vida, tu nivel económico, sin datos, ni siquiera saber nuestra edad.

Soy consciente que se están empezando a dibujar ritmos distintos. Cada vez más mi marinero me dice que me necesita allí y yo lo que siento es un deseo de estar a su lado, no una necesidad, por lo que los huecos entre estancias compartidas se están empezando a llenar de emociones diferentes.

Aun así, los elogios que recibo son espectaculares: «Cri, ya sabes, ya te dije que en mis pensamientos nunca ha estado el tener hijos, pero desde que te conozco sí que siento que sería un tesoro, en esta vida tener un hijo contigo».

Estamos en la sexta ola del COVID-19, la menos lesiva pero la más expansiva. Al haber dado un positivo en la Residencia de mi mami, teníamos prohibidas las visitas hasta que recibo un email de que las reanudan. Llamo enseguida a mi hermano Carlos, lo invito a comer lentejas en casa y nos vamos a verla. Le enseño a mi mami un vídeo de una canción de Rocío Jurado y observo que tararea la letra, así que, entre risas y bromas, nos pasamos el ratito cantando canciones de Raphael, Lola Flores y otras folclóricas. Me despido comiéndomela a besos y vuelvo a casa feliz, con ganas de abrazar a la Puchi y con un chute de vida.

Estando en casa, mi mente viaja a la infancia, quiero volver a conectarme con mi mami, y ahí está en la cocina de casa con su radiocasete que se llevaba a todas las dependencias, bien para escuchar novelas radiadas —que, por cierto, me encantaban— o bien, para escuchar música y tararear las canciones mientras cocinaba. Ahora estoy con ella en la calle Gran Vía de Barcelona, vamos a comprar telas. Mi madre escoge un par y el dependiente toma el rodillo de telares, lo hace rodar (ese gesto me encantaba) y empieza a medir los metros que mi madre ha decidido comprar. Llegamos a casa, retira los ornamentos de la mesa del comedor, saca la revista Burda y los papeles de patrones que ha comprado y me toma las medidas. Diseña la ropa, corta los patrones, me los cuelga con agujas, corta la tela, se va a la máquina de coser y al cabo de unas horas entre días ya tengo mi conjunto de ropa. Brutal. Mi abuelo era sastre y mi mami modista. Antes de conocer a mi padre trabajaba en una boutique haciendo vestidos de alta costura. Por favor, qué manos las de mi mami, para todo, para cocinar, para coser, para cuidarnos, para amar. Vienen mis amigas del colegio a hacer los deberes y ahí están las dos fuentes de natillas con galletas esperándonos. Qué buenas. Estamos en la terraza las cinco niñas y mi madre. Susanita,

la pequeña, está dando vueltas en la bicicleta de Carlos, Flora jugando con una muñeca, yo saltando a la cuerda y mis hermanas Pilar y Conchita hablando con mi mami, Eusebio esa tarde no está. Cojo una tiza y dibujo en el suelo el juego de los números en cuadrados para saltar a la pata coja y nos ponemos las niñas -menos la pequeña- y mi madre a jugar entre risas. Esa tarde la tengo grabada en mi mente (es como si estuviésemos dentro de la película Mujercitas). Estoy trabajando de pasante de derecho en un despacho de abogados mientras curso mis dos últimos años de carrera, y me apunto al gimnasio municipal en el barrio de Gracia, en la calle Perill, dónde va mi mami. Martes tarde, toca clase de aeróbic. Vamos juntas. Coincidimos durante dos años. Era sencillamente precioso. A cada persona que se encontraba me presentaba: «Es mi hija Cristina, la quinta de siete. Está a punto de acabar la carrera de derecho. Será una gran abogada», y, lo decía, con tanto orgullo, con tanto. Voy a la facultad de derecho a mirar mi última nota de la carrera, «matrícula de honor en Derecho Mercantil», compro una botella de cava y me presento en casa de mis padres. Le propongo un brindis a mi padre para celebrar que su hija ya es abogada y le pido permiso para llamar a mi madre al fijo de Pineda de Mar: «Mamá, mami, llamo para decirte que tu Cristinita ya es abogada» —frase que le he escuchado a ella decir siempre siendo yo una enana cuando mi padre nos preguntaba que íbamos a ser de mayor y yo me quedaba en silencio escuchando a mi madre decir esa frase— , y una emoción indescriptible nos invade a las dos con unas lágrimas compartidas que fueron sencillamente preciosas. Acudo de visita a casa, entro en la cocina para decirle que tengo que hablar con ella, le tengo que comentar mi decisión de separarme del papi de Pol (voy a cumplir treinta años. Pol tiene no llega a los dos añitos. Es el primer divorcio de sus hijos). Me respeta, me arropa, me abraza, me besa. No juzga. Jamás la he oído juzgar o prejuzgar a alguien.

Recibo el diagnóstico de tumor de parótida izquierda de tres centímetros por dos enganchado al nervio facial, aún no sé si es benigno o maligno (ella superó un cáncer de matriz, la extirpación de un riñón, una intervención de caballo en la espalda, entre otros graves problemas de salud). Me acompaña, me mima y me dice: «Hija, tú vas a salir de esta. No te preocupes. Eres muy fuerte, mucho y además luchadora, muy luchadora. Tu energía te acompañará, te ayudará». Me operé un diecinueve de diciembre, día de mi cumpleaños. El tumor resultó ser benigno, pero crecía muy deprisa y al estar enganchado al nervio facial había muchas probabilidades de quedarme con parte de la cara paralizada, bien los ojos, la nariz o la boca. Estoy en casa antes de saber si es maligno o benigno y pongo las noticias. Escucho que a Tito Vilanova le acaban de operar de lo mismo que me acaban de diagnosticar. Interpreto que este hombre por ser quien es estará en las mejores manos médicas que pueda haber en Barcelona. Busco en Internet el cuadro médico. Le ha operado una Doctora que interviene en el Hospital Clínic y en la Clínica del Pilar (dónde nació Pol. Siento una especial conexión). Llamo al día siguiente. No tiene fechas hasta dentro de meses, pero a los cinco minutos, me devuelven la llamada de que ha habido una anulación esa misma tarde. Allí voy. Le caigo en gracia a dicha Doctora, lo plantea en su equipo médico y me dice que me opera ella. En la programación de la intervención, me explica que ha de alquilar una máquina que solo tienen en el Hospital Clínic para separar el tumor del nervio facial y que hay cierto riesgo de que me quede afectada. Le digo que confío plenamente en ella y que, de, quedarme secuelas en la parte de la boca, la que tenía más riesgo, que solo le pido que no parezca familia de la Duquesa de Alba. Su carcajada fue espectacular. «Con qué sentido del humor afrontas la intervención. Qué buena actitud Cristina». (Como no iba a estar pletórica si después de diez largos días de que me hice la punción salió benigno). Salgo de la intervención de

seis horas en camilla camino de la UCI. No me acuerdo, estoy aún bajo los efectos de la anestesia. Allí estaban Manel y mi mami. Mi madre me explica que cuando los vi en el pasillo saliendo del ascensor hacia la UCI, la miré y me puse a cantar «Gracias por venir» de la Lina Morgan (Ja, ja, ja). Y, con esos recuerdos que me agolpan, acabo la tarde de domingo en que me siento tremendamente afortunada.

Mi marinero ya tiene el barquito y ha constituido la sociedad con Ester «Angel on the Sea» para empezar su nueva andadura profesional. Olé, Andrea, olé. Estas semanas lo está poniendo a punto y luego a botarlo al mar. Es tan bonito. Es un barco de siete metros y medio de madera y a vela, con un motor con quilla para manejarlo, sin timón. Tiene un seudo camarote en que Andrea me ha dicho que dos no pueden dormir estirados, pero uno encima del otro sí («Es perfecto, Cri», me dijo cuando me lo explicaba. Ja, ja, ja). Lo encuentro absolutamente romántico. Italia desprende romanticismo en todos sus lugares y con su idioma y mi marinero aún más, por todos sus poros. Sé que aún queda para que haga buen tiempo, pero yo no me puedo ir de este mundo sin haber pasado una noche con mi marinero en ese barquito, contemplando el cielo estrellado de Cinque Terre. Esta tarde hemos quedado en hacernos videollamada, aún, así le pido que me envíe mensajes de voz. Tiene una voz muy varonil y tanto si habla en italiano como en español con esa musicalidad típica de los italianos, cuando escucho un mensaje de voz, resoplo con los labios de forma automática, como diciendo, te voy a comer.

He aprovechado estas dos semanas para avanzar mucho con las nuevas incorporaciones y definitivamente decido que la letrada no encaja, sigo con el letrado e incorporo a prueba la segunda letrada que entrevisté. He realizado las vistas que tenía programadas este mes y me he organizado para ir, volver a mi querida Italia. Marcho del 2 al 7 de febrero.

Con Pol nunca llegué a tener ese mano a mano sobre Andrea. Una noche, en cuya tarde Pol había estado en casa, me puse a escribir y observé que los archivos de distintos Cinque Terre que había escrito habían sido abiertos desde la última vez que los cerré. Caí en la cuenta de que los debería haber leído Pol. No le dije nada y a los pocos días en una conversación hablando sobre la vida me dijo: «Sabes qué, mami, yo solo le pido a la vida que cuando tenga tu edad, pueda decir que he llegado a vivir la mitad de lo que has vivido tú tan intensamente. Te quiero mucho». Creo que con este mensaje no hacía falta comentar nada más.

Vuelvo a la bella Italia.

Cinque Terra VI

Es 2 de febrero de 2022. Fecha bonita. Aterrizo en el aeropuerto de Florencia a media tarde y allí me está esperando mi marinero con un ramo de flores precioso, todo en tonos violetas, compuesto, sobre todo, de tulipanes aterciopelados. Nos dirigimos a un apartamento monísimo que he contratado en el centro de Florencia, a escasos metros de la Basílica de Santa María de Fiore. Dejamos las maletas y enseguida abrimos una botella de vino toscano que ha traído Andrea. Hay que hacer un brindis, estamos de nuevo juntos. Hemos quedado para cenar con su amiga Alexandra y esta viene acompañada de su compañera de piso. No llevo puesta la tercera dosis de vacuna COVID-19 y, por lo tanto, tengo vetada la entrada a cualquier restaurante. Acabamos en el mercado Central, comiendo una hamburguesa y luego seguimos en una terraza muy agradable con estufitas tomando café, copas y limoncillo. Todos estamos sonrientes y contentos. Tengo una nueva amiga en Florencia. De despedida, nos hacemos fotografías en una sorprendente Florencia vacía, sin turistas con el fondo de la espectacular Basílica.

A la mañana siguiente, después de un buen café, ponemos rumbo a la Spezia. Hemos contratado un apartamento que visualizamos juntos por Internet en mi último viaje. Es un dúplex monísimo, muy bien ubicado en el casco antiguo y con una terracita en la parte superior más que agradable. El comedor cocina tiene una barra de bar y al lado un sofá esquinero. Me encanta.

Sigo sin poder entrar en ningún restaurante, así que hacemos bastante vida en el apartamento, contando con alguna comida en casa de la mama, la encantadora Barbara, que siempre tiene una mirada llena de amor hacia Andrea. Tenemos algún encuentro con amigos de Andrea, encargamos comida para llevar o vamos a comprar al supermercado.

Toca tarde de cine en casa. Mi marinero me propone ver la película Los dos Papas. Retiro la mesa de centro del sofá, despliego un edredón en el suelo y envuelvo la zona con múltiples cojines y un par de mantitas, mientras Andrea busca la película en el ordenador. Guau, me ha encantado. La quiero ver con mis hijos. Como nace, surge la relación entre ellos. Y, como es que no hay nada casual sino causal, que es algo que siempre he tenido muy presente en mi conciencia. Nada pasa porque sí, todo tiene un orden cronológico universal espectacular.

El buen vino y el amor nos acompañan en todas las veladas. Tengo ganas de ir a navegar, así que mi marinero le pide el barquito a su papi y para allí vamos. Lo que en principio tenía que ser una salida a buena hora por la mañana, se convierte en casi una salida al mediodía. Hemos quedado previamente con Ori para hacer un café en el paseo marítimo, pero el café se convierte en dos aperitivos y varias conversaciones, de aquellas en las que te sientes a gusto y en las que no te das cuenta del tiempo que transcurre. Me encanta la amistad de estos dos hombres y se lo hago saber a los dos en voz alta. Qué relación tan sana y tan bonita. La navegación fue muy agradable, como siempre, aunque he de reconocer que ya quiero navegar en el barquito de madera de Andrea, en algo suyo.

En el último día, mi marinero invita a comer a los amigos, viene Ale con su novio. Prepara pollo

al curri. Por la mañana recibo un mensaje del Papi de Máxima. Se ha muerto Julián, el Aita, el dueño de un restaurante en Barcelona, llamado el Taktika Berri. No ha sufrido, le ha dado un infarto. Me quedo perpleja. Adoro a los Aitas, tanto a la Ama como al Aita y a sus dos hijos Iker y María, y tengo infinidad de recuerdos familiares y sociales con ellos. Los conozco hace muchísimos años. La comida es distendida y divertida. A los postres se suma Ori con su primo Mikri. Pasamos la tarde en la terraza tomando Vodka con naranja, con un zumo natural que ha preparado mi marinero. Escuchamos música, comentamos anécdotas, experiencias, viajes, compartimos risas. Una tarde de copas entre amigos me parece la forma más sincera de brindarle un homenaje al Aita en la distancia. Él era un disfrutón de la vida. Esa noche tenemos cena en casa del papi de Andrea y también viene su hermana. Es hora de marchar y le digo a mi marinero que no voy, que quiero estar sola. Se va él. Noto algo de enfado.

A su regreso constato su mal humor. Ya han pasado más de tres horas y justo mi marinero me encuentra recién levantada. Le dejo que se desahogue y, como es la última noche y no tengo ninguna intención de que se acabe así, le intento dar la vuelta y le propongo hacerle el amor varias veces como despedida. Acepta.

Regreso a Barcelona vía Florencia y en el aeropuerto es la primera vez que mi marinero no se despide como siempre. Hay algo entre nosotros que no acaba de sincronizarse; aun así, sé que nos amamos profundamente.

Cri 07/02/2022

Entre el sexto viaje a Cinque Terre y el tercero a Valldoreix-Barcelona.

Sin hablarlo entre los dos, se produce un paréntesis de varios días. Es distinto en cada uno. El mío es porque necesito respirar, y el suyo es porque sabe de mi necesidad y eso, en cierto modo, le atormenta.

Soy compleja. Estas tantas Cristinas que habitan en mí a veces no son fáciles de gestionar. Es como si lo quisiera todo en todos mis registros y eso solo me lo puedo exigir a mí misma, pero no a los demás. Intento en este paréntesis reflexionar, pero me doy cuenta de que no quiero hacerlo. Así que de repente, sin preaviso alguno hago al mediodía de un día cualquiera una videollamada a Andrea. Lo cojo en casa de su mama y a punto de comer, pero noto que se le iluminan los ojos al verme y me dice: «Dime, dime, Cri».

«Mi marinero, ¿qué te parece si te vienes del 1 al 4 de marzo, y nos vamos a esquiar a Baqueira Beret? ¿Te haría ilusión? Andrea no da crédito. Te lo digo en serio. Es entre semana. Las pistas son las mejores de Cataluña. El hotel que he mirado es ideal. Tú me puedes hacer de monitor; en casa hay equipo de esquí para ti, el de Polete, yo cogeré los esquís de Máxima y creo que puede ser una experiencia compartida maravillosa». Un sí en mayúsculas es la respuesta que recibo de Andrea. Qué bien.

Me organizo la agenda de trabajo, las reuniones, contrato el hotel, busco en el trastero el material de esquí y espero con tremenda ilusión que llegue el día de nuestro reencuentro. Aviso en casa, les digo a mis tesoros que me llevo a Andrea a la Vall D'Arán, y los dos reaccionan de maravilla.

Con Máxima planeo cómo encajar mi salida con su celebración de cumpleaños. Es el día 6 de marzo, cumple quince años (mi edad. Ja, ja, ja). Y quiere invitar a sus amigas a casa, hacer algo y a su amiga Ari la quiere invitar todo el fin de semana del viernes 4, que es el día en que regreso hasta el domingo. Le digo que ningún problema, que el viernes ya estaré devuelta por la tarde para ir a comprar y tenerlo todo preparado para la llegada de Ari. Con las otras amigas me hablo por lo privado porque le están preparando una fiesta sorpresa en casa a Max el sábado tarde, que sé que le hará una ilusión tremenda.

Lo he de reconocer, planear viajes, desplazamientos sobre la marcha, inventados de la nada, es uno de mis placeres preferidos. Disfruto del viaje ya desde que se me ocurre la idea, por lo que la ilusión me invade desde el minuto cero.

En las comunicaciones siguientes, Andrea me pregunta si ya he reflexionado y le digo que no pienso reflexionar nada, y le envío dos canciones. Una de Fangoria que trata de tomarse la vida como Carpe Diem («burlando al provenir. Lo que será, será»), y otra del Arrebato que se llama Gente Luminosa («me quedo con esa magia de una lágrima compartida […] Qué guapa es la gente luminosa, la que baila porque sí, la que sonríe a todas horas, con la que respiras lento, la

que te regala tiempo y si no lo tiene, lo fabrica para ti») y con la que me siento totalmente identificada. Andrea me responde con corazones y siempre diciéndome TE AMO.

Valldoreix- Barcelona III

Tengo una vista en el Juzgado de Familia de Primera Instancia de Barcelona. El juicio me ha ido muy bien. Salgo apresurada al aeropuerto de Barcelona, T-2. El vuelo de mi marinero llega a las 14.05, justo a la hora en que aparco el coche en el estacionamiento del aeropuerto. Nos reencontramos y ponemos rumbo a Baqueira Beret, Hotel Montarto. La ruta elegida por el Maps decide ir por el Puerto de la Bonaigua. Buena ruta. La carretera está poco transitada. El viaje se presume agradable. Conduce Andrea.

En ese trayecto hablamos de muchas cosas. Hay bromas, pero, sobre todo, destaco buena actitud de los dos, predispuestos a saborearnos mutuamente. Paramos a medio camino para tapear algo. Tenemos ganas de llegar, dejar las maletas e ir a cenar tranquilamente. Escogemos cenar en el restaurante del hotel. La camarera, a la pregunta de Andrea de si habla italiano, le contesta que sí. Acabamos de sentarnos, y como siempre, ya hay una especial sintonía de nuestra mesa con todo el entorno, el local, la gente de la barra, los camareros que nos sirven. Mi marinero me pregunta: «¿Qué hago contigo?». Y sin pensarlo, le digo que me disfrute. «Creo, mi marinero, que sé cómo podría tenerte enamorado hasta que yo tuviese ciento cinco años. En cambio, te miro y te encuentro tan lleno de vida. Una vida que, por tus cualidades personales, tu forma de sentir y de amar, puede aportarte muchísimas experiencias, emociones, viajes, sentimientos que pueden ir alimentando tu alma. Y eso, si te llega, lo tienes que vivir, experimentar. Es por eso que prefiero vivir el presente de forma intensa, amarnos hasta el infinito, pero sin compromisos de futuro. Y, así, de esta forma, el provenir ya se irá dibujando por sí solo. Y eso no es incompatible con ir haciendo planes, tener pequeños proyectos, ilusiones. Yo, me muero de ganas de navegar en tu barquito contigo, y aún lo has de botar en el mar. Para mí, el amor incluye generosidad, y yo no te quiero retener, quiero compartir y disfrutarte». Mi marinero me escucha y espeta «Eres espectacular, Cri». La cena transcurre muy agradable. Nos tomamos chupitos en la terraza a pesar del frío de nieve y subimos a la habitación a fusionarnos.

Primer día de esquí. A las 9.30 ya estamos en pistas. A pesar de que mi marinero puede bajar por todas las pistas, se queda a mi lado siempre. Me espera en las zonas con más pendiente. No puede orientarme como monitor, porque no tiene técnica, pero su compañía me da seguridad. El tiempo empieza nublado, pero luego sale un sol radiante. Las pistas están bastante abarrotadas, es época de Semanas Blancas de colegios, y hay muchas familias y también cursos de esquís para enanos (niños y niñas). A media mañana tomamos una cerveza y nos retiramos hacia las 15 horas, ya cansados y con un vuelco del tiempo. Está nevando.

En el hotel, hay servicio de traslado a las pistas. Es una furgoneta con capacidad para ocho personas. El conductor se llama Carlos. Solo entrar en la ida, no sé por qué empiezo a interactuar con él. Noto que tiene acento del sur y le digo que mi padre era sevillano y que Andrea, que es mi monitor de esquí, es de Italia. Empieza Carlos a decir que Andrea es un nombre italiano, pero que no sabe qué significa. Le digo que «hombre fuerte». Se suceden varias risas en la furgoneta. Los demás acompañantes ya conocían a Carlos, pero no hablaban con él, y yo, sin conocerlo,

consigo que ese pequeño trayecto de apenas cinco minutos se convierta en un momento ameno, divertido. Cuando recogemos los esquís, ya Carlos está haciendo broma con el «hombre fuerte» y a mí llamándome la «lista sevillana» por tener un monitor de esquí fuerte y joven. Ja, ja, ja. Previamente, al alquilar las botas de esquí en la tienda del hotel para mi marinero, y ajustarnos los pares de esquís a las botas, ocurrió lo mismo con Ricardo, un dependiente muy amable y simpático. Hicimos muchas bromas y comentarios con él.

A pesar de que habíamos planeado tomar un desayuno fuerte y contundente y no comer, regresamos muertos de hambre. Así que nos damos una ducha y vamos camino a VIELHA. Muchos restaurantes están cerrados, pero quiero identificar un local en el río donde preparan los mejores gin-tonic del mundo. Lo localizamos y vemos que abre cada día a partir de las 19 horas. Genial. En ese pequeño paseo he divisado una cafetería que tiene buena pinta. Menudo acierto. Qué boquerones tan buenos, por favor. A Andrea le pido una cazuela de fabada asturiana y para mí unas alcachofas con foi. Todo regado con un vino de la tierra que nos recomiendan. Nos sienta genial la comida. A media tarde nos vamos al hotel. Tenemos ganas de fusionarnos otra vez. Ratito que acaba con una minisiesta de veinte minutos si llega.

Un compañero del gimnasio, que va a dicho hotel en familia, me ha recomendado un restaurante que está a cincuenta metros del hotel y allí nos dirigimos. Está completo, pero en la zona de carnes a la piedra, ha fallado una mesa de dos personas y ahí nos colocan. Mesa muy pequeña, justa para albergar tantos platos, pero ideal para una cena de dos bien juntitos. Después de un primer plato de ensaladas, llegó la bandeja de surtido de diferentes carnes y amenizados con buen vino de la tierra, pasamos una velada ideal. Mi marinero me habla mucho del barco, de su sociedad con Ester, de pensamientos, preocupaciones, deseos. Se nota que está nervioso y a la par muy ilusionado con su nueva andadura profesional. Es muy gratificante ver la ilusión y energía que desprende.

En el segundo día de esquí, me porto mal a primera hora. Me siento un cangrejo (empecé a esquiar a mis 50 años), que en vez avanzar, retrocedo y ese mal humor me provoca que aún esquíe peor. Mi marinero me dice de ir a tomar una cerveza a Beret y acierta en hacer un mini descanso, dónde le digo que el problema es mi actitud y que voy a cambiar de dinámica. Dicho y hecho, el resto de la mañana fue genial, además de que hacía un día totalmente radiante de sol, sin nubes, por lo que aprovechamos para estar en pistas hasta más tarde, justo hasta que mis piernas ya no podían más. En el bar mi marinero recibió una llamada importante, de una ingeniera que le va a arreglar la burocracia del certificado que le falta para que ya estén en orden todos los papeles legales de su barquito. Estaba radiante de felicidad. Le dije que esperaba que la ingeniera fuese gorda y fea, porque sintiéndose tan agradecido, me temía que le quisiese compensar en especies. Ja, ja, ja.

Ese día sí que no comimos y después de hacer un aperitivo de boquerones en nuestro café de Vielha, nos fuimos a cenar al restaurante del río a las 19 horas, la hora en que abrían. Solo tenían una mesa de dos disponible hasta las 21.30h, y allí nos sentamos. Qué cena más buena, que sitio más agradable y que buena compañía es Andrea para todo.

Cuando empezó a llegar gente con mesa reservada, salimos a la puerta para tomarnos el gin-

tonic. El dueño es un neófito de la materia y hace que tomarse un gin-tonic sea una total experiencia. Sin darnos cuenta se agolpa un grupo de amigos-parejas franceses que acababan de llegar para pasar unos días, tal y como hacen cada año y, al unísono, los dos, uno por cada lado, empezamos a hablar con unos con otros, en diferentes idiomas, lenguaje gestual, expresiones y así fue como esa primera copa se convirtió en una segunda, y en una tercera compartiendo un momento con dichas personas sencillamente entrañable, con muchas risas, bromas, vivencias, experiencias. Fue un broche al cierre del día absolutamente genial.

Mi marinero parte a Italia a las 7.30 de la mañana del sábado, pero sabe que yo el viernes a la tarde tengo invitadas de la Puchi a pasar el fin de semana en casa para celebrar su cumpleaños, y no puedo hacer noche con él. Lo dejo al principio de las Ramblas, lugar donde está el hostal que ha contratado para pasar esa noche, previamente organizando el quedar por la tarde noche con mi hermano Carlos para que vaya a cenar y de copas. Llego a casa, me ducho, voy a varios sitios a comprar, preparo la cena. Me llama la Puchi diciendo que en vez a media tarde llegará sobre las 22:00h porque le va a enseñar a su amiga Sant Cugat, y entonces le digo: «Puchi, perfecto. Pero, entonces os dejo la mesa preparada y la cena hecha y yo me voy a Barcelona a despedir a mi marinero. Ya llegaré». Qué decisión más acertada. Solo llegar al Restaurante Ocaña situado en la plaza Real de Barcelona, dónde en la terraza está sentado mi marinero con mi hermano Carlos, al observar la luz y el brillo de sus ojos al verme, me entra un subidón de amor. Aviso de que esa noche estoy especialmente cariñosa y romántica. Mi marinero está muy divertido y como, no sé cómo decirlo, marcando un territorio conmigo, como si le estuviese poniendo fronteras a su amor, midiéndose. En ese momento caigo en la cuenta de que lo que me gusta de él, es precisamente como me ama, que no quiero que me ame de otra forma, que yo no soy nadie para decidir por él, que la libertad que tanto defiendo es precisamente esa, la de amar como uno quiere. Me viene a la memoria una frase que me escribió mi amiga María Gel: «¡Qué bonito! Estas viviendo una preciosa historia, y cuando él te muestre sus sentimientos, envuélvete con ellos, deja que acunen tu alma».

Creo que esa noche ha sido en la que me he comido más a mi marinero con los ojos. No podía apartar mi mirada de él, observarlo. Estaba totalmente emocionada y encantada de haber decidido pasar la noche con él. Del restaurante Ocaña cambiamos a un bar musical dónde trabaja la Vicenta. Allí hicimos la primera copa y unos chupitos y nos adentramos a bailar en la parte inferior del local.

Después nos fuimos los cuatro al Carpe Diem a encontrarnos con un amigo de mi marinero, Eduardo, y su novia (guapísima) que llegaban a Barcelona esa misma noche desde la Spezia. No sé a qué hora nos fuimos a dormir. Solo sé, que, en esa cama de ese hostal, a altas horas de la madrugada, mi marinero se desnudó el alma desgarrándose el corazón y con una voz totalmente quebrada y unos ojos con unas lágrimas tan bonitas como pétalos de rosas me dijo, sin yo preguntarle nada, que él no me sabía amar de otra forma, que él me sentía como un todo y quería entregarme todo su ser. La declaración de amor más brutal y sentida que me han hecho en mi vida.

Cri (04-03-22)

Entre el tercer viaje a Barcelona y el Cinque Terre VII

Llego a casa hacia las 9 de la mañana. Me ducho y se despiertan las niñas. Este fin de semana hay fiesta de cumpleaños de Máxima todo el fin de semana. Después de desayunar, les propongo, como casi siempre que viene Ari a casa, ver una película de terror. Elegimos A ciegas una película trepidante, buenísima. Gritos, excitación, nervios, risas, bromas. Rato muy divertido. Comemos y hago tiempo, porque sé, que más tarde vienen seis amigos de Max del colegio a hacerle la fiesta sorpresa. Llegan. Máxima está muy sorprendida y radiante de felicidad. Traen muchas bolsas con preparativos. Se quedan todos a cenar, y luego me plantean quedarse a dormir. Por supuesto, Puchi.

A medianoche Ari me busca en la cocina. Viene a darme un abrazo muy fuerte y muy sentido. «Crisss, dime que sí, dime que este verano te vendrás un fin de semana a Roda de Barà. Pero, no digo que vengas a traer a la Puchi, sino que te quedes tú también». «Gracias, Ariii. Bueno, me tendrás que invitar formalmente. Ya sabes que me encanta Barà». «A mí, me encantas tú, Cristina». Y se va con una mirada llena de cariño. Guau, que momento más chulo, entrañable.

El domingo, una vez se han ido todos los invitados dándome infinitas gracias, lo seguimos compartiendo Puchi y yo, con muchos ratitos de sofá. Estamos cansadísimas.

Ahora, las conversaciones con mi marinero giran en torno al barquito y todo lo que conlleva su nueva andadura empresarial. Está haciendo los últimos retoques, obteniendo licencias y arreglando toda la parte burocrática para botarlo en el mar, practicar un poco con él y ya empezar a dar paseos con turistas. Por mi parte, en el despacho se respira un ambiente de calma. Tengo muchos trabajos pendientes y me he propuesto hacerlos en lo que queda de mes para poder desplazarme otra vez a Italia. Qué ganas de volver que tengo, por favor.

Pol, que sigue en casa de forma provisional unos dos meses hasta en tanto no encuentre un nuevo piso de alquiler, me dice que ya tiene el Plan de negocio, de una idea que me comentó que le ronda en la cabeza desde hace unos meses, en que me pidió que le ayudase en el registro de una marca comercial. Se lo pido. Lo leo. Me quedo gratamente sorprendida de lo bien que está planteada y sobre todo de lo ágil, dinámico y fresco que desprende el enfoque del negocio. Solo le aprecio en falta una partida a considerar sobre los costes de explotación de este. Lo demás está impecable.

A los pocos días le pido a Pol a ver si puede ir a buscar a su hermana a atletismo, porque a mí me ha salido una reunión importante esa tarde. Me contesta que no puede porque tiene reunión con el banco para obtener financiación de su proyecto empresarial. No me había dicho nada. Al regresar a casa, estoy expectante de que me cuente cómo le ha ido. A los dos días, sin poder esperar vernos en casa, a media mañana me envía este WhatsApp: «Mama, te escribo para decirte que a tu hijo se le ha concedido la financiación de 30.000 euros solicitada en Caixa Bank». «Guauuu Polete. Enhorabuena». Esto pinta francamente bien. Me siento contenta, orgullosa. Pol tiene veinticinco años y ya tiene inquietudes de emprendedor. Muy bien, Pol, muy

bien. A los pocos días me pasa un vídeo de un piso y me confirma que el día 1 de abril hará la mudanza para instalarse.

Es miércoles 16 de marzo. El barquito de mi marinero se bota en el mar. Le acompaña su papi y su mejor amigo, Ori. Me hubiese encantado estar allí. Me envía fotografías. Está exultante de felicidad. Bien, Andrea, biennn. Bravo.

Llamo a la residencia de mi mami y fijo que iré cada miércoles por la tarde a visitarla. Tengo muchas ganas de estar con ella. Le empieza a fallar bastante la memoria, pero aún es consciente de muchísimas cosas que vale la pena compartir, recordar. Me gusta mucho hacerla reír. Su risa me transmite paz, calma y felicidad, al igual que la de mis hijos cuando eran pequeños. Porque una persona cuando es mayor se convierte en un niño pequeño, al que hay que cuidar, proteger y amar de forma incondicional.

Me escribe el tío de Max, en su casa de Menorca, es donde pasamos parte de los veranos Máxima y yo. Me dice que cuenta conmigo para este verano y que se ha comprado un velero y que quiere reservarse una semana para rodear la isla y hacer una escapada a Ibiza y que, para ello, también cuenta conmigo.

Llega el viernes y después de una semana intensa de trabajo quedo con mi amiga Carla para cenar e ir a tomar algo. Ese primer propósito se convierte en un fin de semana de no parar, en el que dormimos a lo sumo cinco horas durante todo el fin de semana, en el que además de conocer lugares nuevos para nosotras en Sant Cugat no paramos de reír. Fue sencillamente espectacular. Quedamos en no querer saber nada la una de la otra durante unos días. Ja, ja, ja. Estábamos exhaustas.

Embriagada de todas estas sensaciones de bienestar, solo me queda poder organizarme para irme a mi querida Italia. Dicho y hecho. Me voy del 23 de marzo al 1 de abril. Me llevo el ordenador para teletrabajar. Esta vez viajo vía Pisa, cuyo aeropuerto está muy cercano de la Spezia, sobre todo en comparación con los demás. He contratado otro apartamento en el Centro de la Spezia y me da que va a ser el mejor de todos en los que he estado.

Regreso a la bella Italia.

Cinque Terre VII

No escribí al regresar de este viaje mi particular carta.

Entre el Cinque Terre VII y el Cinque Terre VIII

Mi mente viaja a momentos con mi marinero. En su segunda estancia en Barcelona, por Navidades, me puse distante a raíz de una pregunta suya. No le bastó con que le dijese que le amaba y que era «mi vida más bonita», es como si necesitara que verbalmente le sellara nuestro amor para siempre y ello me produjo tomar cierta distancia. Lo que vino después ya está escrito y aunque se recondujo la situación muy favorablemente para los dos, ese hecho no nos dejó indiferente.

Cuando recibí las fotografías del velero que se ha comprado mi excuñado en Menorca en el que me invitaba a navegar este verano, rodear la isla y hacernos una escapada a Ibiza, fui consciente, de que empezaba a ser complejo el disfrutar, explorar de forma individual, familiar, con amigos, si todos mis espacios libres estaban con destino en Italia.

En ese momento es cuando escribí parte de esta historia.

En mi último viaje a Italia escrito, es decir, el Cinque Terre VI, tenía la intención de conversar sobre el presente con mi marinero y explicarle cómo veía nuestra relación, que no es otra, de la que siempre he manifestado, un romance. Pensé que la primera noche en Florencia sería un buen marco para conversar, pero él había organizado cena con una buena amiga y no fue posible encontrar ese momento de intimidad.

En la segunda noche sacó el tema de nuestro futuro. No lo pudo evitar. He de reconocer que hice mal la pregunta: Quieres hablar de futuro, pues dime, ¿qué me puedes ofrecer? De hecho, la pregunta la hice fatal, porque tendría que haber hablado de mí, de lo que puedo ofrecer yo.

La última noche le fallé. A Andrea le hacía mucha ilusión que fuésemos a cenar a casa de su Papi por el hecho de que venía su hermana, a la cual ya conocía, pero aún no había coincidido con ella en un espacio familiar. Por mi parte, después de haber estado haciendo mi especial homenaje a Julián, me apetecía estar sola.

En cualquier caso, si soy sincera y aun siendo consciente que mi percepción de esta historia era de un romance, entendido como una historia de amor apasionada e intensa que normalmente suele ser breve, en mi interior se dibujaba la posibilidad de que, si pasábamos el ciclo de un año, en vistas al año próximo podríamos alquilar juntos una vivienda en la Spezia y llevarme allí mi segundo coche para utilizarlo en los desplazamientos, pero eso era un dibujo en que aún no constaba ni una línea pintada. Solo un pensamiento. Lo que sucedió es que ese pensamiento en uno de mis viajes, paseando por la orilla del mar al atardecer, se lo transmití a él y mi marinero empezó a pintar ese cuadro cuando yo apenas había trazado la primera línea de ese dibujo.

El viaje a Cinque Terre VII no fue como los demás. Ya me lo dijo Andrea, él va con todo o no va. Así que en ese viaje conviví con mi marinero, pero sin serlo. En ese instante tomé aún mayor conciencia que gran parte del amor que despertaba en mí mi marinero era precisamente la forma

en que me amaba, me trataba, me mimaba, cuidaba de todos los detalles, me hacía sentir su estrella y si no iba a compartir esa forma de amarme, no tenía sentido que fuese a su encuentro.

Pero, no quería, poner fin a «lo nuestro» en aquel viaje, así que le plantee que volvería en breve. No nos merecíamos un final así, este, en todo caso, tendría que ser siendo él mi marinero y yo su dueña, yo la «mami» y él «mi bebé».

Andrea estaba desilusionado por no tener dibujada una línea de futuro en común y yo no estaba predispuesta a proyectar esa línea al considerar que el camino se hace al andar y que lo importante no es lo que digas sobre el futuro, sino lo que haces en el presente para construirlo. Sea lo que fuere, el quebranto de lágrimas de Andrea aquella última noche en Barcelona era precisamente por ello. Él no sabía amarme de otra manera.

Era muy consciente, además, creo que más que él, de lo que le iba a representar el trabajo con su barquito para pasear a los turistas, en el sentido que iba a estar cuatro meses sin ningún día ni espacio libre y en esa consciencia estaba también mi vida, el querer destinarles tiempo a mis hijos, a planificar viajes con ellos, a estar presente en su día a día en mi tiempo libre. Además de un hecho importante y es que empezaba la temporada alta de esa zona, y los precios se disparan, por lo que tampoco me podría permitir ir con la frecuencia a la que nos habíamos acostumbrado.

En sus estancias en Barcelona, y aunque esta es tierra de mar y existen costas preciosas, pensé que mi marinero si algún día me acompañase en mi día a día, aquí se ahogaría, porque el tema no es tener un mar cerca, es que él vive en el mar, es por ello que mi primera línea del dibujo acontecía por estar en ese marco, junto al golfo del poeta.

Dicho todo esto, siempre he pedido el que no piensen por mí, y eso es justamente lo que yo hice por mi marinero al expresarle aquella noche que tenía mucha vida para sentir nuevas experiencias. Y, quién era yo, para decidir por él; quién era yo, para diseñar que su destino conmigo tenía límite en el tiempo por su juventud; quién era yo para ponerle barreras a su amor. Si, precisamente su forma de amarme era de las cosas más bonitas que me estaba brindando la vida.

En literatura, un romance es, según la Wikipedia, «un tipo de poema característico de la tradición hispánica, ibérica e hispanoamericana compuesto usando la combinación métrica homónima (octosílabos rimados en asonante en los versos pares). Se dice en cuanto a sus orígenes que era un poema característico de la tradición oral española, muy popular durante el siglo xv, cuando se hicieron recopilaciones de los romances en los libros denominados "romanceros", aunque la mayoría de los investigadores consideran que se transmitía oralmente desde varios siglos antes. Son generalmente poemas narrativos de una gran variedad temática, según el gusto popular del momento y de cada lugar, pueden contener otras temáticas y ser cantados con ritmos locales. Según esta hipótesis fue concebido como poema para ser cantado o declamado por los trovadores o juglares que llevaban composiciones propias o de terceros a los pueblos donde llegaban.

Sin embargo, otros investigadores, como el hispanista Daniel Eisenberg ha puesto en tela de juicio el origen del romance como composición oral, basándose en Cervantes, un "informante

ideal", quien comenta que los romances estaban escritos antes de existir como textos orales, y no se veían como poesía, sino como historia.

El más antiguo de los romances que conservamos hoy, el de Gentil dona, gentil dona, se copió en Bolonia en el cartapacio del estudiante mallorquín Jaume de Olesa hacia el 1421 por regalo de su tío Jacobo Cupini, el cual se conserva en la Biblioteca Nacional de Florencia».

Si se bucea en internet (Amor romántico. WikipediA. La enciclopedia libre) sobre la apreciación del romance en el mundo de la pareja, puedes encontrar todo tipo de apreciaciones, «la del Diccionario Collins, que describe el amor romántico como una intensidad e idealización de una relación amorosa, en el que el otro está imbuido de una extraordinaria virtud, belleza, etc., de modo que la relación anula todas las demás consideraciones, incluidas los materiales.

Las teorías de los técnicos en psicología sobre el proceso del amor romántico arrojan multitud de valoraciones. De entre ellas, el antropólogo John Townsend en su libro Lo que quieren las mujeres, lo que quieren los hombres, lleva la base genética del amor un paso más allá al identificar cómo los sexos son diferentes en sus predisposiciones. La recopilación de Townsend de varios proyectos de investigación concluye que los hombres son susceptibles a la juventud y la belleza, mientras que las mujeres son susceptibles al estatus y la seguridad. Estas diferencias forman parte de un proceso de selección natural en el que los hombres buscan muchas mujeres sanas en edad de procrear para tener descendencia, y las mujeres buscan hombres que estén dispuestos y sean capaces de cuidar de ellas y de sus hijos».

Dicho lo cual, extraído de lecturas que están al alcance de todos, lo que puedo aportar, después de descubrir en tiempo real que el primer romance literario, que no es solo poesía, sino es una historia, está en la Biblioteca de Florencia y que obedece a un regalo hecho en la maravillosa ciudad de Bolonia, la cual descubrí con mi marinero, que no he tenido mayor acierto al definir esta historia de amor con dicho género. Debiendo añadir que, si ahora nos planteamos que es lo que será verdad o mentira de todos los hallazgos que encontramos en la red, mi inquietud radica en cuanto de verdad habrá en los textos que nos han hecho estudiar y aprender durante todos los siglos de nuestra existencia, que se han adueñado de nuestra mente convirtiéndose en creencias que hacemos propias y nos supeditan hasta en el amor, pues un romance no tiene nada que ver con búsquedas, ni bases genéticas, ni estados mentales irreales, ni tiempo de duración es simplemente la unión de dos almas que se cruzan en su paseo por la vida de una forma tan auténtica y genuina en la que las dos tienen cada día un único sueño, querer detener el tiempo.

Quizás el intelecto, si ese que es nuestro principal traicionero, hizo que quisiera nombrar a esta historia de amor, como un romance, precisamente por la creencia impuesta que tiene límite de tiempo, buscando el forzar el encuentro de las palabras que provienen de mi mente con las de mi corazón, sin recordar que ambos hablan de una dimensión diferente de nuestro ser y se unen sin esfuerzo cuando todo es auténtico. Igual Andrea encontró antes que yo la armonía y el equilibrio entre ambos, la ruta y el mapa entre ellas, no en vano, de los dos, él es el marinero.

Qué bonito y qué auténtico lo vivido con Andrea, incluso los desencuentros. Revivo todos nuestros códigos, escucho nuestras canciones «vivir lo nuestro», «amo cuando vienes, odio cuanto te vas. Tú vibras diferente a las demás, tú estás hecha pa'mí», «qué guapa es la gente

luminosa». Paseo mentalmente por esas lindas callejuelas con las flores que las arropan de los distintos y emblemáticos pueblos visitados, los visualizo desde tierra y, sobre todo, los contemplo desde el mar, acaricio de nuevo el recuerdo de la brisa, sus aromas, me retiro dulcemente el cabello de la nuca y siento, otra vez, que sigo envuelta en la tremenda magia de nuestras lágrimas compartidas.

Regreso a la bella Italia.

Cinque Terre VIII

Esos ojos no son de este mundo. El iris negro está rectangular, muy fino, como si fuese un felino. Su color se ha vuelto verde brillante, eléctrico, regado de pinceladas grises y amarillas. Brillan tanto que tienen un efecto espejo brutal, y yo viéndolos, disfrutándolos, mientras nos tomamos el segundo mojito con vistas al mar en la playa de Camogli (Genova) antes de coger el tren de regreso a la Spezia.

Durante el día nos ha acompañado un sol radiante. Nos hemos levantado pronto y a buena hora de la mañana hemos emprendido camino hacia nuestro destino. La parada ha sido en Camogli-San Fructuoso.

Después de un corto trayecto por ese encantador pueblecito, vas a dar a un puerto de pescadores con unas vistas muy agradables y ahí, se hace la primera parada para disfrutar de una obligada tostada con anchoas, a la que hemos añadido un plato de huevos fritos con beicon, vino blanco y apperol.

Mi marinero hacía mucho tiempo que no iba a este pueblo, así que nos hemos dejado aconsejar por la gente del lugar y hemos cogido un barco que nos llevaba a una cala a media hora de distancia náutica. Es una pequeña playa de piedras negras que está franqueada por un monasterio que cubre todo su dorso y a cada lado un restaurante. Después de tumbarnos entre piedras y muy poca arena un rato al sol, hemos comido en la terraza del restaurante La Punteta de San Fructuoso, con unas vistas muy bonitas y tras coger a Sagitario (no podía tener otro nombre), el barco que nos devolvía a Camogli, hemos pensado al unísono que una copa antes del regreso nos sentaría bien. De esa playa me he traído cinco piedras, son grises muy oscuros y en medio tienen una línea blanca que las cruza, como si estuviese pintada, pero son así al natural. Ahora ya estarán siempre en mi cuarto de baño, al lado de la bañera.

En el primer sorbo del segundo mojito observo que los ojos de mi marinero se están transformando en dos luceros llenos de vida y así es como me siento cuando estoy con él, absolutamente llena de vida. Siento muchísima complicidad entre nosotros, propia del horóscopo que nos une y de la capacidad emocional que albergamos cada uno en nuestro interior. En momentos así, desearía poder detener el tiempo. Sí, poder detener el tiempo es algo que he pensado en infinidad de ocasiones en compañía de mi marinero.

Llegada vía Florencia el día anterior y sin pasar por la ciudad, directos a la Spezia. Después de hacer la entrada en el apartamento, hemos ido a navegar, con la barquita de mi marinero. ¡Qué bonita es! ¡Qué cosita tan auténtica! Es preciosa, toda de madera, romántica, idílica. ¡Cómo la trata, la cuida, la mima! La ruta elegida era hacia Lerici. Mi marinero quería calcular el tiempo de duración de la llegada a esos pueblecitos para sus próximas salidas con turistas por San Terenzo, Lerici, Tellaro y hemos simulado que yo era una de ellas y él me tenía que hacer de guía turístico, explicándome la historia de esos lugares en castellano. Después hemos cambiado el rumbo hacia Portovenere, cargado de provisiones, de vino, y nos hemos dado un baño en un

mar de agua helada a la par que limpia, nítida y muy refrescante. Mi primer baño del 2022. Hemos picado algo de comer, pero regresamos con hambre. Mi marinero me quiere llevar a cenar a un restaurante que está especializado en carne. Y allí vamos. Tienen gallega vieja, qué gracia. Es un restaurante que está en una colina de la Spezia, muy sencillo. No te esperas que tengan tan buena materia prima. La velada transcurre ideal. La carne, buenísima. Postres de sorbete con vodka, cafés, limoncillo y de regreso a casa. Me invita, mi marinero, en el restaurante.

Estoy sentada en una especie de montículo que hace las funciones de mirador. Es un camino de montaña al lado de la casa de la mami de Andrea, donde mi marinero va a correr. Ha cogido una botella de vino y me ha llevado hasta allí, para hacer algo de tiempo hasta la hora de comer con Barbara y Toni. Me he transportado a mis quince años, cuando íbamos el grupillo de Pineda de Mar a la montaña de Santa Susana, a jugar, a reír, a estar con los amigos. Las vistas de la Spezia son fabulosas. Conservo la imagen de un escúter, una botella de vino tinto, dos vasos de plástico y dos personas sentadas en un escalón de piedra, valorando ese lugar, como aquel que se concede un lujo inesperado. «Joven, me siento tan joven cuando estoy contigo, amore, ¡tanto!».

Conduce mi marinero, a su lado Toni, y detrás la mama, Peni y yo. Durante todo el trayecto acaricio la cabeza de la perrita y esta se muestra tranquila, encantada. Si no recuerdo mal, el destino es Fiascherino, donde nos acontece una velada en la terraza de un restaurante con unas vistas muy bonitas y la buena compañía de Barbara y Toni, que son un encanto de personas. De regreso, paramos a comprar provisiones de exquisiteces para unos amigos de Toni y Barbara. Yo, ya he estado en ese lugar con Andrea. Sí, es la masía Bosoni en Luni. Recuerdo cómo al camarero que nos iba a hacer una pequeña degustación de vinos, me presentó como «Mi mami de España» y enseguida yo reaccioné con: «él es mi bebé».

Ninguna de las noches hemos salido con los amigos, nos hemos quedado en el apartamento. Tenía infinitas ganas de hacer el amor con mi marinero, de sentirlo, de abrazarlo, de fusionarme con él, de volver a escuchar, retumbando en las paredes de la habitación esos tremendos latidos de su corazón. Creo que los dos necesitábamos este encuentro y creo que los dos sabemos que será nuestro sello.

Me agolpa, me viene a visitar una poesía que me memoricé cuando tenía quince años, de José Ángel Buesa.

Te digo adiós y te quiero todavía

No sé si he de olvidarte, pero te digo adiós

No sé si te quería no sé si me querías

O tal vez, nos quisimos demasiado los dos

Este cariño dulce, apasionado y loco

me lo sembré en el alma para quererte a ti

No sé si te amé mucho o si te amé poco

Pero, si sé que nunca volveré a amar así

Me queda tu sonrisa dormida en mi recuerdo

Y esta me dice, que no te olvidaré

Pero, al quedarme sola sabiendo que te pierdo

Quizás empiece a amarte, como jamás te amé

Te digo adiós y quizás con esta despedida

mis más hermosos sueños duerman dentro de mi

Pero, te digo adiós para toda la vida

aunque toda mi vida, siga pensando en ti

En mi última noche le expreso:

Si en algún momento no te he sabido transmitir lo que te valoro, te pido mil disculpas. Tu generosidad me parece fascinante. Tu forma de hacer que lo difícil para ti se convierta en un gesto sencillo, es abrumador. Desde el conducir muchos kilómetros para venirme a recoger y llevarme a cualquier aeropuerto, desde intentar siempre invitarme a algo, el compartir gastos, el haberme hecho partícipe de tu entorno, haciéndome sentir que soy una más. El querer enseñarme lugares que no conozco, pueblos con tremendo encanto. Tu manejo de la situación en nuestras compartidas veladas. El intentar que siempre estemos en el mar, que es tu hábitat, y sabes que a mí me fascina y me produce una especial calma. Todos y cada uno de los detalles y gestos que me has profesado. Tus matices, tus caricias, tus millones de besos. Las hermosas rosas que he recibido como un genuino regalo. Tus mensajes de amor, tu forma de amar. Todo en ti es auténtico, maravilloso.

No sé si hemos perdido «lo nuestro». Lo único que sé es que no quiero que nuestra historia de

amor se acabe tal y como la hemos sentido. Me encantaría poder detener el tiempo. TE AMO, MI MARINERO.

Aquella noche noté que me lloraba el alma.

Tu Cri (15/05/2022)

Entre medio año y un año después

Muy pocas veces se entiende por qué un entrenador de éxito deja de serlo de forma voluntaria cuando ha llevado a su equipo a lo más alto. En cambio, a mí me parece una forma más que elegante de finalizar su relación. Estoy haciendo un símil.

Es abril del 2023 y he decidido escribir a mi marinero para decirle que he retomado el libro para montar su composición y que quiero volver a la bella Italia. Le digo que guardo muchos recuerdos con él y que son todos tan bonitos. Enseguida me contesta, con un «te echo de menos» y me propone que sea en mayo, así podrá estar más libre en el trabajo.

La temporada del verano del 2022 con su barquito de madera le fue espectacular, aunque acabó exhausto, su jornada era de lunes a domingo de 6 de la mañana a 00:00h de la noche, pases de día, pases de tarde para contemplar la puesta de sol, comprar enseres, preparar el barquito, limpiarlo después de cada paseo. Fue tan intenso, que como buen empresario este verano 2023 ha decidido contratar a un marinero que haga esas funciones y él volver a trabajar en un yate, ahora que es capitán, trabajo que le permite conocer nuevos mares, tener un contrato todo el año y estar en contacto con el mar, estando en su tierra prácticamente todo el año, excepto tres, cuatro meses que es el tiempo que suelen navegar.

Mi verano 2022 fue absolutamente divertido y entretenido. Estuve en Mallorca en el mes de julio con mi hija Máxima y una amiga del colegio. Lo anecdótico de este hecho se detalla en las próximas líneas, en mi particular forma de recibir el año nuevo con mis diciembres. Después, en agosto llegó Tarifa unos días con el tío de Máxima, Carles. No pudo llevarse el velero a Menorca por falta de amarre y me propuso escaparnos una semana a Tarifa, la cual fue sencillamente espectacular en la que he de destacar que hicimos un grupo de amigas de Madrid que ya han entrado a formar parte de nuestras vidas, unas chicas maravillosas. Y, para finalizar, unas semanas en la preciosa isla de Menorca, con la mejor compañía del mundo: mis hijos Pol y Máxima, y se sumó Ari, la amiga de Max, con la que pasamos unos momentos llenos de risas y cariño espectaculares.

Entrado el invierno, mi marinero me propuso venir a Barcelona; andaba algo perdido emocionalmente. Coordinamos y se vino tres días, del 9 al 12 de diciembre, a caballo entre su cumpleaños y el mío. Le enseñé el mercadillo de pesebres de la ciudad condal, a destacar la figura de los diferentes y múltiples caganés, paseamos por la alumbrada Barcelona en Navidad, comimos por el Born en un restaurante vasco un chuletón inmenso, cenamos con amigos y estuvimos muchas horas conversando, en que varias veces me repetía «no sabes cuánto echaba de menos estas conversaciones, Cri. Cuánto me sumas. Es como estar en un aprendizaje constante. Mil gracias».

Fue un reencuentro magnífico de dos personas que, aunque ya derivaron la intensidad de su romance, siguen con un vínculo de afecto y cariño y se quieren con y desde el alma. De hecho, la segunda noche, Andrea mientras se fusionaba en un fuerte abrazo me preguntó: «Cri, ¿aún me

quieres?». «Te quiero muchísimo Andrea».

Es diciembre, hace escasos días se ha marchado Andrea y me invade la inspiración. Escribo mi particular diciembre

Diciembre de 2022

Cristina, ¿cómo se hace?

Es la pregunta que me hizo David, alias el «Refraner», hará algunos meses compartiendo un gin-tonic en un bar de copas.

Aquella noche había ido a cenar con mi hermano Carlos al TAKTIKA BERRI un entrañable y fantástico restaurante familiar que me emana innumerables recuerdos, sentimientos y calor de hogar. Solo entrar me encontré a mi hija Máxima, que tendría que estar cenando en casa de su papi, acompañada de su tiet Carlets que acababa de llegar de su residencia en Estados Unidos y la había invitado a cenar. Compartimos los cuatro mesa y mantel, no sin antes darnos cuenta de que había una mesa con un gran grupo de amigos, a los cuales, tanto mis hijos como yo adoramos. En los postres, Máxima me preguntó si nos podíamos unir a ellos, y yo le invité a que se levantase y lo preguntase directamente, y efectivamente con ellos finalizamos nuestra velada en el restaurante entre risas, abrazos recordando entrañables momentos y de allí emprendimos mi hermano y yo el camino a seguir compartiendo, entre copas, un rato más.

Sentada en la barra, se me acercó David y, entre halagos y elogios sobre el interior de Máxima, él que acababa de ser papá, me dijo: «Qué bien lo has hecho»; y formuló esa pregunta. «Cristina: ¿cómo se hace?».

En aquel momento me vino el recuerdo de un viaje con Pol y Máxima a Indonesia que hicimos un mes de mayo de hace cuatro años, en el que, en el último día compartiendo habitación con Máxima en una casa muy acogedora en pleno arrozal, antes de acostarnos, me dijo: «Mami: te voy a hablar en nombre de Pol y mío para decirte que agradecemos muchísimo este magnífico viaje que estamos haciendo. Somos conscientes ´de que tu esfuerzo, no solo económico sino de organizarte en el trabajo, ha sido muy grande, enorme. He aprendido muchísimas cosas de esta cultura. Quiero volver cuando sea mayor de edad con mi querida amiga Ari (en esa fecha tenía once años) a este hermoso país. GRACIAS. TE QUEREMOS», y se echó a mis brazos para fusionarse en un maravilloso abrazo.

En aquel instante no contesté a la pregunta de David y esta me ha seguido retumbando en mi mente estos meses y ¡cómo no!, tenía que ser en diciembre, mes en el que me siento especialmente unida a mi madre, que hallara la respuesta.

DÉJALOS CRECER. Fortalece sus habilidades y ayúdale a identificar y a mejorar sus debilidades. Escucha, atiende su don, y colabora en que lo potencie hasta dónde él quiera o sueñe con alcanzar. Si tienes más de uno, no los trates igual, cada cual tiene sus propias

particularidades, formas de sentir, de expresar. Invita, desde bien pequeño, a sus amig@s a casa, no hay mejor forma de conocer el entorno con que se rodea que compartiendo momentos de juego y de ocio entre ellos. Motívalo en cualquier tipo de actividad física. No castigues, exponle cualquier situación que se dé y enséñale lo que se gana o se pierde con uno u otro comportamiento, haz que recobre su identidad y así aprenderá a rectificar por sí mismo. Cuida y abriga sin sobreproteger. Intenta que no pierda la imaginación, la creatividad es una de las cualidades del ser humano que más le va a servir en la vida adulta en cualquier ámbito. Si quieres que no destine demasiado tiempo a las pantallas, proponle un plan alternativo que sea atractivo según sus gustos y aficiones y verás cómo él mismo ya canaliza el tiempo en querer practicarlo. Si le haces una promesa, por muy nimia que sea, cúmplela, es una manera muy directa de interiorizar el valor de la palabra. Respeta su personalidad y bríndale su propio espacio. Viaja con él todo lo que puedas, que su mente se vaya impregnando de paisajes diferentes, otras razas y culturas, diversas gastronomías y formas de vivir. Comunícale con gestos, palabras, miradas, tu amor, así él también aprenderá a expresar a sus seres queridos que los quiere. No te olvides en su formación de los vínculos con nuestros mayores, en gran medida en las líneas ascendentes se dibuja su concepto de familia.

Presérvalo de los conflictos de los adultos, pero en cada llanto, momento de tristeza o de decepción estate a su lado para que sepa, primero identificar y abrazar esas emociones y, después, desprenderse de ellas. Aprovecha desde un cuento, una película, una noticia para transmitirle valores, las enseñanzas que implican emociones nunca se borran de la memoria. Y, sobre todo, ÁMALO INCONDICIONALMENTE, esa clase amor si se siembra en la infancia es la base más sólida para que crezca sano de mente y corazón.

Llevo meses compartiendo con mi hijo Pol su proyecto de montar un negocio propio a sus veintiséis años de edad. Me enseña su Plan de negocio para comentarlo, lo acompaño a visitar y negociar posibles locales, analizar distintas vías de financiación. Me presenta como su madre y acto seguido añade, «bueno también es mi abogada, con ella tendréis que tratar». Ja, ja, ja. Ya es algo cotidiano que de vez en cuando tengamos alguna salida con sus amigos o los míos a cenar, reír, bailar y es un clásico que en las fiestas que organiza en casa, sus amig@s insistan en «Cristina, ni se te ocurra irte, quédate». Máxima, antes del verano me dijo que tenía una buenísima noticia para mí, y es que entre todas las mamis del mundo había sido elegida por ella y sus amigas para ir a Mallorca una semana en el mes de julio para hacer, junto a los compañeros de clase que estaban allí, de «adulta responsable». Ja, ja, ja. No lo dudé, esa experiencia ya está grabada en mi corazón, al igual que la de invitar a Menorca a su queridísima amiga Ari para estar con nosotras y Pol. No es atípico que, si un amig@ de cualquiera de los dos esté atravesando una mala época o inquietudes personales, les pidan de venir a casa a verme, es como si tuviesen la certeza que esa charla les va a aportar crecimiento personal.

No sé David que más transmitirte, simplemente añadir con tremendo orgullo y sincero agradecimiento a la vida el que me haya permitido participar activamente y desde el primer instante en la existencia, crecimiento y desarrollo de dos personas que son DOS AUTÉNTICOS TESOROS, a los cuales amo incondicionalmente y adoro; que considero que estoy en mi mejor momento de relación con ellos y también en la mejor versión de mí misma, aunque soy consciente que simplemente este es un estado de maestra-aprendiz, símil de una karateka cuando

consigue el ansiado cinturón negro, en el que toma conciencia que ese logro no es el final del camino, al revés, es el inicio del mismo.

¡Feliz año 2023!

Mi hermano Carlos se llama con Andrea y en una noche loca de cena con amigos por el Poble Sec, ya con muchos chupitos encima, se le ocurre montar una fiesta en casa, proponer que cocina él un pollo rustido y monta un grupo de lo más variopinto en el que incluye a mi marinero y a su mejor amigo Ori. El grupo lo bautiza en el chat como LA POYARDA.

Fijó la fecha del 28 de enero y Ja, ja, ja Ori y Andrea vinieron a casa ese fin de semana a la gran fiesta de LA POYARDA, en la que también estaban mis hijos Pol y Máxima. Divertida, graciosa, amena, loca y fantástica, esa es la definición. Me encantó tener a esos tremendos dos amigos, que se quieren con locura de invitados en casa y poderles ofrecer lo que tengo, lo que soy. Fue una visita fantástica, entrañable. Con los otros amigos de la fiesta me veo a menudo, en especial con Dimitri y María, una pareja encantadora, y siempre me comentan la buena impresión que les causó Andrea: «Esta persona vale mucho, Cristina». Lo sé.

El 30 de enero, Pol, el chef, firmó el contrato de arrendamiento de un local para su negocio. Es una nueva marca digital de tortillas. Se llama tort, ofrece tortillas take away/delivery y también las puedes degustar en un local fantástico que ha decorado con un aire fresco, juvenil ubicado en el corazón de la Ciudad Condal, en la calle Amigó, 33. Lo ha inaugurado el 30 de marzo. Estos momentos y otros los tengo relatados en MI BITACORA PERSONAL.

Tort. El restaurante de Pol

Hace meses que Pol llevaba barajando la idea de montar un negocio propio. Un día, sobre principios del 2022, me vino a casa con un planteamiento, montar la competencia de VICIO, una marca de hamburguesas que nació en la pandemia y la está petando entre los jóvenes. Dicha idea inicial fue derivando en otras hasta que llegó la definitiva, montar un delibery y take away, pero con tortillas de patatas, con una idea original entre ellas en la ciudad de Barcelona: «la tortilla burger» (una deliciosa tortilla de patatas de diferentes sabores en formato de hamburguesa). De ahí nace su marca. TORT.

Después de ver diferentes locales, me llamó la atención un anuncio de un local en la calle Amigó. Estaba muy alto el precio en aquel momento, pero un mes después se rebajó considerablemente.

Hemos estado varios meses con una negociación muy intensa, con sorpresas, sobre saltos, pero al final el 30 de enero firmamos el contrato de arrendamiento y la cesión de la actividad de restauración a favor de Pol. Mi niño ya tiene su local. Durante estos meses, hasta la inauguración, se va a dedicar a poner el local a punto, comprar cierto mobiliario, registrar las marcas, el diseño, contratar el packaging, crear el Instagram @prefierotort y realizar la campaña

de marketing en redes sociales.

Es una pasada. Espero que vaya muy bien, la experiencia para Pol ya está siendo brutal desde el inicio, es como realizar un máster práctico acelerado. Me ha impresionado la claridad de Pol de cómo enfocar el negocio, el conocimiento de todas las partidas que tiene que tener en cuenta para su viabilidad, el target del usuario al que quiere llegar. Todo con una precisión increíble. Max lo ha vivido en primera persona y estoy segura de que dicho local se convertirá en punto de encuentro con sus amigos cuando queden por Barcelona.

Ya iré explicando, porque seguro que este tema nos va a aportar a todos cantidad de anécdotas y experiencias.

En febrero se fue de esta vida David. Mi patito, el chichi-cul. Ese día por la mañana estaba en el despacho y vi una llamada perdida de mi amigo Abel, el capitán, el escritor y mi mente pensó que se había muerto David (no tuve ningún otro pensamiento). Al cabo de un rato, en su segunda llamada, cuando le cogí el teléfono, le di yo la noticia y me dijo: «¿Lo sabías, ¿quién te lo ha dicho?». «Nadie, Abel, no sé por qué al ver una llamada tuya perdida lo intuí».

Es la tercera persona que se me va siendo joven, en este caso mi mejor amigo desde la adolescencia durante muchos años de mi vida. Relación maravillosa de la que guardo innumerables recuerdos de anécdotas, experiencias, vivencias, aprendizajes, infinidad de risas y un viaje a Guatemala que para mí representó un punto de inflexión muy importante en mi vida. TE QUIERO DAVID, BUEN VIAJE A LA ETERNIDAD QUERIDO AMIGO.

En ese estado de nostalgia empecé a ojear los álbumes de piel de fotografías de viajes con David y con una sonrisa de agradecimiento a la vida por los momentos compartidos, me apareció otra fotografía del 2007 en Brasil con los papás de Máxima y de Pol, y la publiqué en mi Instagram con el siguiente texto:

A partir de mis 15 años con Jordi, el papi de Pol, aprendí a amar. A partir de mis 30, con el papi de Máxima aprendí a vivir. Es por ello que desde hace muchos años vivo amando.

Estando embarazada de Máxima, Xesco me planteó cambiar de vida e irnos a vivir a Trancoso (una aldea en el estado de Salvador de Bahía/Brasil). Solo le puse una condición, contar con Jordi. Así que lo llamé, lo invité a comer, le expliqué que venía una hermanita de camino para Pol, que en uno de mis viajes a Brasil me enamoré una noche de un cielo y pensé que allí podría vivir…

Tengo grabada su respuesta:

«Cristina, dónde hay que firmar. Me vengo».

Esta fotografía es recuerdo de Brasil 2007, aunque es mucho más que eso. Es respeto, cariño,

compromiso, compartir, aventura, lealtad, vida, amor. No sería quien soy sin ellos.

Se acerca el cumpleaños de Máxima, luego, vendrá el de Pol. Cada día siento más orgullo de estos dos tesoros y una forma de celebrar la vida es agradecer a quiénes te han aportado la más importante de la tuya. GRACIAS POR EXISTIR.

A primeros de marzo nos fuimos Pol, Máxima y yo a esquiar a Andorra a las pistas de Granvalira, aprovechando la semana blanca del colegio de Máxima y el hecho de que Pol cuando inaugure su negocio dispondrá de escaso tiempo libre. Fueron unos días preciosos de compartir. La nieve estaba en perfecto estado por las últimas nevadas y nos hizo un tiempo espectacular.

Hoy es 23 de abril del 2023, especialmente bonita la festividad de Sant Jordi en Barcelona. Día precioso en que la ciudad se baña de rosas y está repleta de paradas vendiendo libros y sus gentes forman bellas y onduladas mareas en movimiento constante por sus calles, pasajes y paseos, así que es el día escogido para acabar, aglutinar y componer mis distintos archivos en «Cartas a mi marinero», y es que esta festividad no solo se celebra, se vive y se siente, también se respira. Es domingo y le he propuesto a Máxima ir a pasear por la ciudad condal y comer unas deliciosas tortillas burgers en tort (@prefierotort), el establecimiento de Pol, previamente iremos a visitar a mi mami para llevarle una bonita rosa roja.

Las rosas y la escritura han estado muy presentes en mi romance con mi marinero, quizás son los dos elementos que más han envuelto nuestra relación contando con un fondo precioso, el mar de la bella Italia.

En estos días previos releyendo las cartas a mi marinero me he vuelto a emocionar y de qué manera (es cuando le escribí para volver a la bella Italia obteniendo aún mejor respuesta «te echo de menos») y es que lo acontecido con Andrea —que siempre será mi marinero— ha sido lo más parecido a vivir envuelta en una maravillosa y fabulosa fábula en el que muchísimas veces he deseado poder detener el tiempo y no despertarme jamás aun siendo consciente que no estaba durmiendo. En cada lectura de todas y cada una de ellas, se me agolpaban a modo de diapositivas todos los momentos compartidos. Recuerdo absolutamente todos los apartamentos contratados de confort modesto, incluso algunos austeros, en el casco antiguo de la Spezia dónde he sentido que en esos momentos mi vida era un verdadero e inigualable lujo. Esa primera y enorme rosa amarilla con tonalidades rojizas en sus puntas. Los siguientes hermosos ramos de rosas recibidos en cada encuentro, invadida del nerviosismo de una quinceañera. Las ciudades conocidas en los distintos aeropuertos, el trayecto de después hacia la Spezia dónde la ilusión y una enorme sonrisa eran nuestro atuendo. Los paseos por esos singulares y románticos pueblecitos con sus altos en el camino, donde abrazábamos conversaciones de nuestra más profunda intimidad con sus maravillosos «Dime; dime, Cri». Los auténticos e inolvidables momentos de navegación que son casi indescriptibles, con sus silencios, la piel con piel, la brisa del mar.. Los trayectos en escúter a una mano, porque la otra siempre arropaba mi pierna. Nuestra hora de italiano y las restantes suyas de castellano unidas por un único lenguaje. Las miradas cómplices de la mama. Sus lindas camisas de lino. Los genuinos encuentros con familiares y amigos. La fotografía de la portada. Sus platos cocinados de pasta a la italiana y mi acompañamiento con dos copas de vino.

Nuestras canciones y códigos. Los festivales de pasión que nos hemos profesado. La delicadeza del apartarme el cabello de la nuca. La tarde de Titanic a la italiana. Sus latidos del corazón retumbando por todos los rincones de la habitación después de hacer el amor. Las infinitas bromas, risas, sonrisas y carcajadas que nos han arropado en cada encuentro y los espectaculares momentos de emoción por nuestras lágrimas compartidas. Y con ello mi mente —ahora, arropada con mi corazón y desde el alma— vuelve a expresar: «Qué bueno, Cri, que tu vida haya transcurrido por aquí, la bella Italia».

Acabadas estas líneas, le pasaré el archivo a Mari Gel para que escriba el prólogo. No sé si solo haré dos ejemplares para que estén en la Spezia y Valldoreix o lo acabaré editando para su publicación.

Si algún día me lees, será porque me animé por la segunda opción. En ese caso, solo desearía que al descubrir mis relatos te adentres en tu corazón y sientas la grandeza de vivir desde el amor. Y, si quieres, atrévete a compartir en cristinaogazon@serveisisede.com, que a buen seguro recibiré más de lo que te doy.

Cristina Ogazón

23/04/2023

Bibliografía

• Udumbara, una flor de leyenda (03/03/2017) en New Garden System

• Blog Gaby Vargas: Tú, ¿en qué frecuencia resuenas? 12/04/2019

• Romance (poesía). Amor romántico. Golfo de los poetas. WikipediA. La enciclopedia libre

• Personalidad Compleja ¿Por qué los innovadores son contradictorios?, por Sebastián Campanario para LA NACIÓN 29/08/2015

• La mente es maravillosa. «Una sonrisa como paraguas para la vida»

• Blog de Macarranozo (16/01/2013. El experimento de Dutton y Aron «La teoría de la atracción errónea»)